

LOPEZ de GOMARA

The image shows the front cover of an antique book, bound in dark green leather. The cover is intricately decorated with gold-tooled patterns. A wide, repeating border of stylized floral and scrollwork motifs frames the entire cover. In the center, a rectangular label with a decorative border contains the title 'LOPEZ de GOMARA' in a black, Gothic-style font. The label is surrounded by large, ornate gold-tooled flourishes, including stylized letters and floral designs. The spine of the book is visible on the left, showing gold-tooled bands and a small white label near the bottom.



UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

128

UNIVERSITY OF TORONTO
P1230
L6
v. 1

128

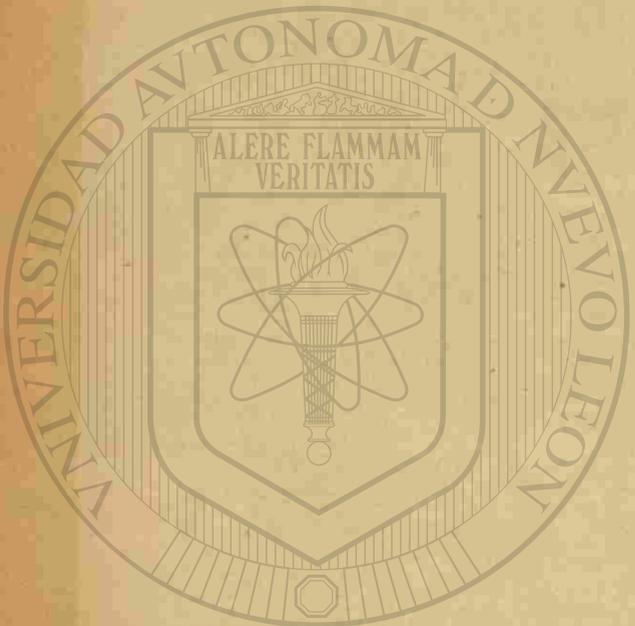
128

128

128

128

7+



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Esta obra la compré a Fr. José y es de la propiedad de

Emeterio Valverde Tellez. Fruto.

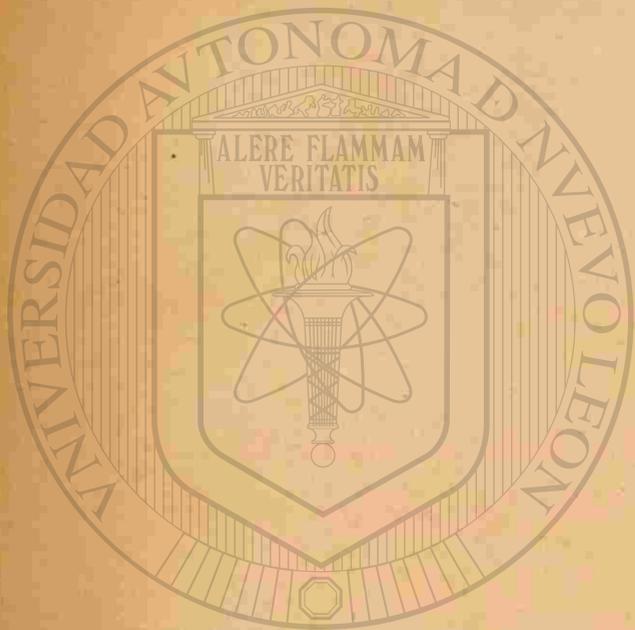
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	972.02
Núm. Autor	267
Núm. Adg.	6
Procedencia	
Precio	
Fecha	
Clasificado	
Adquirido	

942.02



UANL

CONQUISTA DE MÉJICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



®

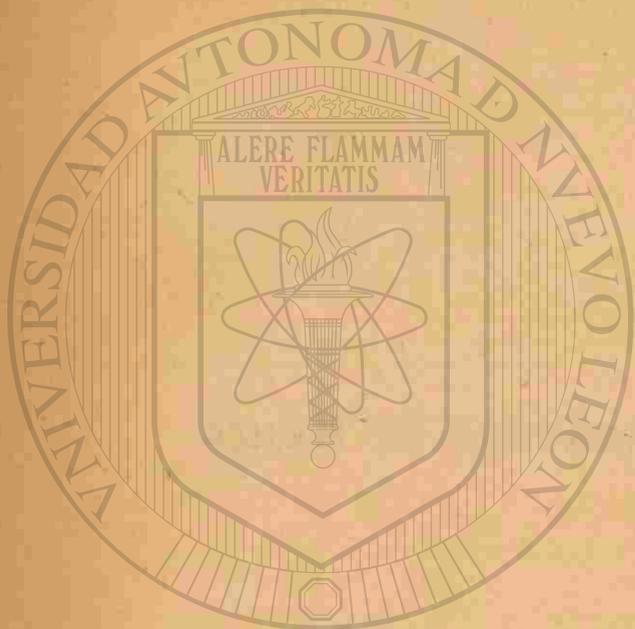
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

CONQUISTA

DE MÉJICO

TOMO I



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tollax

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

BARCELONA

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

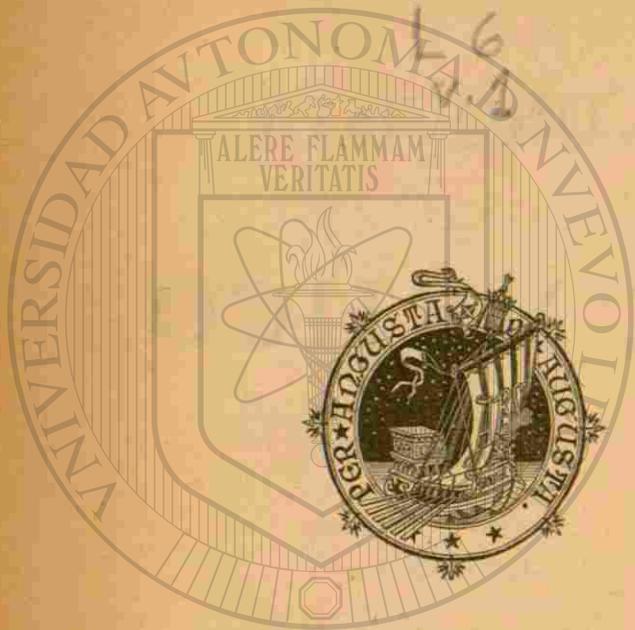
1887

267



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
"ALFONSO NEYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO
038126

F 1230



AL MUY ILUSTRE SEÑOR

DON MARTÍN CORTÉS, MARQUÉS DEL VALLE,

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Ninguno debo intitular, muy ilustre Señor, la *Conquista de Méjico*, sino á vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo, herede también la historia. En lo uno consiste la riqueza, y en lo otro la fama; de manera que andarán juntos honra y provecho. Mas empero esta herencia os obliga á seguir mucho lo que vuestro padre Fernando Cortés hizo, como á gastar bien lo que os dejó. No es menor loa ni virtud, ni quizá trabajo, guardar lo ganado, que ganar de nuevo, pues así se conserva la hacienda, que sostiene la honra, para conservación y perpetuidad de lo cual se

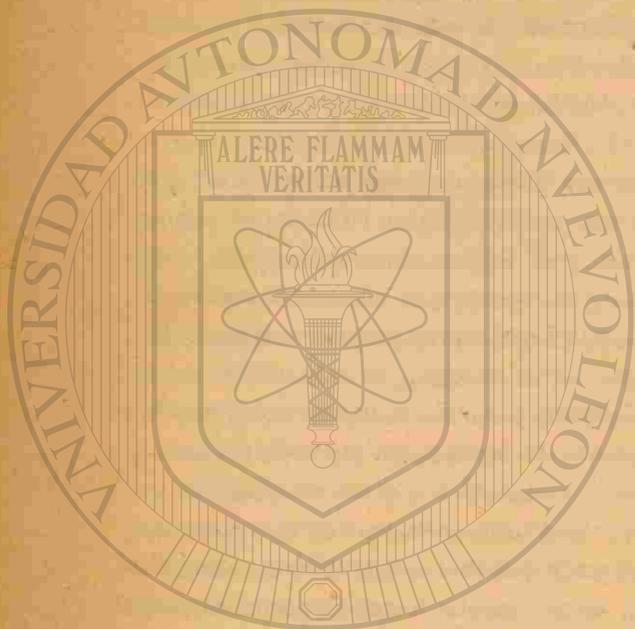
Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

41860

000267

inventaron los mayorazgos; ca es cierto que con las muchas particiones se disminuyen las haciendas, y con la disminución de ellas se apoca y aun acaba la nobleza y memoria; aunque también se han de acabar tarde ó temprano los mayorazgos y reinos, como cosa que tuvo principio, ó por falta de casta ó por caso de guerra, donde siempre suele haber mudanza de señoríos. La historia dura mucho más que la hacienda, ca nunca le faltan amigos que la renueven, ni le empecen guerras; y cuanto más se añeja, más se precia. Acabáronse los reinos y linajes de Nino, Darío y Ciro, que comenzaron los imperios de asirios, medos y persianos; mas duran sus nombres y fama en las historias. Los reyes godos de nuestra España, con Rodrigo fenecieron, mas sus gloriosos hechos en las crónicas viven. No deberíamos poner en esta cuenta los reyes de los judíos, cuyas vidas y mudanza contienen grandes misterios; empero no permanecieron mucho en el estado de David, varón según el corazón de Dios. Son de Dios los reinos y señoríos: él los muda, quita y da á quien y como le place; que así lo dijo él mismo por el Profeta; y también quiere que se escriban las guerras, hechos y vidas de reyes y capitanes, para memoria, aviso y ejemplo de los otros mortales; y así lo hicieron Moisés, Esdras y otros santos. La conquista de Méjico y conversión de los de la Nueva España, justamente se puede y debe poner entre las historias del mundo, así porque fué bien hecha, como porque fué muy grande. Por ser buena la escribo aparte de las otras, para muestra de todas. Fué grande, no en el tiempo, sino en el hecho; ca se conquistaron muchos y grandes reinos con poco daño y sangre de los naturales; y se bautizaron muchos millones de personas, las cuales viven,

á Dios gracias, cristianamente. Dejaron los hombres las muchas mujeres que tenían, casando con una sola; perdieron la sodomía, enseñados cuán sucio pecado y contra natura era; desecharon sus infinitísimos ídolos, creyendo en nuestro Señor Dios; olvidaron el sacrificio de hombres vivos, aborrecieron la comida de carne humana, soliendo matar y comer hombres cada día; ca estaban tan cautivos del diablo, que sacrificaban y comían mil hombres algún día en solo Méjico, y otros tantos en Tlaxcallan; y por consiguiente en cada gran ciudad cabeza de provincia, crueldad jamás oída y que desatina el entendimiento. Permanezca pues el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra, convirtió tantas personas, derribó tantos dioses, excusó tanto sacrificio y comida de hombres. No encubra el olvido la prisión de Moteczuma, rey poderosísimo; la toma de Méjico, ciudad fortísima, ni su reedificación, que fué grandísima. Esto basta por memorial de la conquista: no parezca loar mi propia obra si todo lo trato, pues quien la considerare, sentirá más de lo que yo pueda encarecer en una carta. Solamente digo que vuestra señoría, cuya vida y estado nuestro Señor prospere, se puede preciar tanto de los hechos de su padre como de los bienes, pues tan cristiana y honradamente los ganó.



CONQUISTA DE MÉJICO

Nacimiento de Fernando Cortés

Año de 1485, siendo reyes de Castilla y Aragón los católicos don Fernando y doña Isabel, nació Fernando Cortés en Medellín. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano: entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenían poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontece sino en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conocían en ellos, mas aun ellos mismos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron á ser muy bienquistos y amados de todos. Ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fué devoto y caritativo. Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de jinetes por

su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara; el cual se quiso hacer maestro de su orden contra la voluntad de la reina, á cuya causa le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestro de Santiago. Crióse tan enfermo Fernando Cortés, que llegó muchas veces á punto de muerte; mas con una devoción que le hizo María de Esteban, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devoción fué echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese, y salió san Pedro, en cuyo nombre se dijeron ciertas misas y oraciones, con las cuales plugo á Dios que sanase. De allí tuvo siempre Cortés por su especial abogado y devoto al glorioso apóstol de Jesucristo san Pedro, y regocijaba cada un año su día en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase. Á los catorce años de su edad lo enviaron sus padres á estudiar á Salamanca, do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Núñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volvióse á Medellín harto ó arrepentido de estudiar, ó quizá falto de dineros. Mucho pesó á los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y de honra entre todas las otras, pues era muy buen ingenio y hábil para toda cosa. Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas; por lo cual determinó de irse por ahí adelante. Ofrecíansele dos caminos á la sazón harto á su propósito y á su inclinación: uno era á Nápoles con Gonzalo Hernández de Córdoba, que llamaron el Gran Capitán; el otro á las Indias con Nicolás de Ovando, comendador de Lárez, que iba por gobernador. Pensó cuál de los dos viajes le estaria mejor, y al cabo acordó de pasar á Indias, porque le conocía Ovando y lo llevaría encargado, y porque también se le acodiciaba aquel viaje más que el de Nápoles, á causa del mucho oro que de allá traía. Mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota

que tenia de llevar, entró Fernando Cortés una noche á una casa por hablar á una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recién casado, que, como le vió caído cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó. Quedó malo de la caída, recrecieronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano, determinó de pasar á Italia, según ya lo había primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó á Italia, sino andúvose á la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse á Medellín con determinación de pasar á las Indias: diéronle sus padres la bendición y dineros para ir.

La edad que tenía Cortés cuando pasó á las Indias

Tenia Fernando Cortés diez y nueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó á las Indias, y de tan poca edad se atrevió á ir por sí tan lejos. Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de otras cuatro, con mercadería; las cuales tuvieron próspera navegación de San Lúcar de Barrameda hasta la Gomera, isla de Canarias, donde se proveyeron de refresco y comida suficiente á tan largo camino como llevaban. Alonso Quintero se partió, de codicioso, una noche sin hablar á los compañeros, por llegar antes á Santo Domingo y vender más aína ó más caro sus mercadurías que ellos; pero luego que hizo vela, cargó tanto el tiempo, que le quebró el mástil de la nave; por lo cual le fué forzado tornar á la Gomera, y rogar á los otros lo esperasen, que aún no eran partidos, mientras él

adobaba su mástil. Ellos lo esperaron, y se partieron todos juntos, y caminaron á vista unas de otras gran pedazo de mar. Quintero, que vió el tiempo hecho, se adelantó otra vez de la compañía, poniendo, como de primero, la esperanza de la ganancia en la presteza del camino; y como Francisco Niño de Guelva, que era el piloto, no sabía guiar la nao, llegaron á cabo y á tiempo que no sabían de sí, quanto mas donde estaban. Marayillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros, y ni sabían el camino hecho ni por hacer. El patrón echaba la culpa al piloto, y el piloto al patrón; ca, según pareció, iban reñidos. Ya en esto se apocaban las viandas y faltaba el agua, ca no bebían sino de la que llovía, y todos se confesaron. Unos maldecían su ventura, otros pedían misericordia, esperando la muerte, que algunos tenían tragada, ó ir á tierra de caribes, donde se comen los hombres. Estando pues en esta tribulación, vino á la nao una paloma el Viernes Santo, ya que se quería poner el sol, y sentóse en la gavia. Todos la tuvieron por buena señal; y como les pareciese milagro, lloraban de placer: unos decían que venía á consolarlos, otros que la tierra estaba cerca; y así, daban gracias á Dios, y enderezaban la nave hacia donde volaba el ave. Desapareció la paloma, y entristecieron mucho; pero no perdieron esperanza de ver presto tierra; y así, luego la misma Pascua descubrieron la isla Española; y Cristobal Zorzo, que guardaba, dijo: «Tierra, tierra;» voz que alegre y consuela los mareantes. Miró el piloto y conoció ser la punta de Samaná, y dende á tres ó cuatro días entraron en Santo Domingo, que tan deseado tenían; donde ya estaban muchos días había las otras cuatro naos.

El tiempo que residió Cortés en Santo Domingo

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés á Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó, é informó del estado de la isla y de lo que debía hacer. Aconsejóle que avecindase allí, y que le darian una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que más quería ir á recoger oro. Medina le dijo que lo pensase mejor; ca el hallar oro era dicha y trabajo. Volvió el Gobernador, y fué Cortés á besarle las manos y á darle cuenta de su venida y de las cosas de Extremadura, y quedóse allí por lo que Ovando le dijo; y dende á poco se fué á la guerra que hacía Diego Velázquez en Aniguaigua, Buacaiarima y otras provincias que aún no estaban pacíficas, con el alzamiento de Anacoana, una viuda, grande señora. Dióle Ovando ciertos indios en tierra del Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara, donde vivió Cortés cinco ó seis años, y se dió á granjerías. Quiso en este medio tiempo pasar á Veragua, que tenía fama de riquísima, con Diego de Nicuesa, y no pudo, por una postema que se le hizo en la corva derecha, la cual le dió la vida, ó á lo menos le quitó de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, según en la historia contamos.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas cosas que acontecieron en Cuba á Fernando Cortés

Envió el almirante don Diego Colón, que gobernaba las Indias, á Diego Velázquez que conquistase á Cuba, el año

de 11, y dióle la gente, armas y cosas necesarias. Fernando Cortés fué á la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del rey; y aun el mismo Diego Velázquez se lo rogó, por ser hábil y diligente. En la repartición que hizo Diego Velázquez después de conquistada la isla, dió á Cortés los indios de Manicarao, en compañía de su cuñado Juan Xuárez. Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fué la primera población de aquella isla. Crió vacas, ovejas y yeguas; y así, fué el primero que allí tuvo hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó á ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba. Tuvo gracia y autoridad con Diego Velázquez para despachar negocios y entender en edificios, como fueron la casa de la fundación y un hospital. Llevó á Cuba Juan Xuárez, natural de Granada, tres ó cuatro hermanas suyas y á su madre, que habían ido á Santo Domingo con la virreina doña María de Toledo, el año de 9, con pensamiento de casarse allá con hombres ricos, ca ellas eran pobres; y aun la una de ellas, que había nombre Catalina, solía decir muy de veras cómo tenía de ser gran señora, ó que lo soñase, ó que se lo dijese algún astrólogo, aunque diz que su madre sabía muchas cosas. Eran las Xuárez bonicas; por lo cual, y por haber allí pocas españolas, las festejaban muchos, y Cortés á la Catalina, y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso; ca no la quería él por mujer, y ella le demandaba la palabra. Diego Velázquez favorecía la por amor de otra su hermana, que tenía ruin fama, y aun él era demasiado mujeril. Acusábanle Baltasar Bermúdez, Juan Xuárez, dos Antonios Velázquez y un Villegas para que se casase con ella; y como le querían mal, dijeron muchos males de él á Diego Velázquez acerca de los negocios que le encargaban, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color de ello; porque muchos iban á su

casa, y se quejaban del Diego Velázquez, porque ó no les daba repartimiento de indios, ó se lo diera pequeño. Diego Velázquez creyó esto, con el enojo que de él tenía porque no se casaba con la Catalina Xuárez, y le trató mal de palabras en presencia de muchos, y aun lo echó preso. Cortés, que se vió en el cepo, temió algún proceso con testigos falsos, como suele acontecer en aquellas partes. Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana, descolgóse por ella, y fuése á la iglesia. Diego Velázquez riñó á Cristóbal de Lagos, diciendo que soltara á Cortés por dineros y soborno, y procuró de sacarlo por engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendía las palabras y resistía la fuerza; empero descuidóse un día, y cogiéronle paseando delante la puerta de la iglesia, Juan Escudero, alguacil, y otros, y metiéronlo en una nave so sota. Entonces favorecían muchos á Cortés, sintiendo pasión en el Gobernador. Cortés, como se vió en la nave, desconfió de su libertad, y tuvo por cierto que lo enviarían á Santo Domingo ó á España. Probó muchas veces á sacar el pie de la cadena, y tanto hizo, que lo sacó, aunque con grandísimo dolor. Trocó luego aquella misma noche sus vestidos con el mozo que lo servía; salió por la bomba sin ser sentido; colóse de presto por un lado del navío al esquife, y fuése con él; mas porque no le siguiesen, soltó el barco de otro navío que allí junto estaba. Era tanta la corriente de Macaguangua, río de Barucoa, que no pudo entrar con el esquife, como remaba solo y cansado, ni aun supo tomar tierra, temiendo ahogarse si trabucaba el barco. Desnudóse, y atóse con un tocador sobre la cabeza ciertas escrituras que tenía, como escribano de ayuntamiento y oficial del tesorero, y que hacían contra Diego Velázquez; echóse á la mar, y salió nadando á tierra. Fué á su casa, habló á Juan Xuárez, y metióse otra vez en la iglesia con armas. Diego Velázquez envió á decir entonces á Cortés que lo pasado fuese pasado, y fuesen amigos como primero, para

ir sobre ciertos isleños que andaban alzados. Cortés se casó con la Catalina Xuárez, porque lo había prometido y por vivir en paz, y no quiso hablar á Diego Velázquez en muchos días. Salió Diego Velázquez con mucha gente contra los alzados, y dijo Cortés á su cuñado Juan Xuárez que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta, y él salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta, se fué con el cuñado á una granja do estaba Diego Velázquez con solos sus criados, que los demás estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aún no habían venido todos, como era la primera jornada. Llegó tarde, y á tiempo que miraba Diego Velázquez el libro de la despensa; llamó á la puerta, que abierta estaba, y dijo al que respondió cómo era Cortés, que quería hablar al señor Gobernador, y tras esto entróse dentro. Diego Velázquez temió, por verle armado y á tal hora; rogóle que cenase y descansase sin recelo. Él dijo que no venía sino á saber las quejas que de él tenía, y á satisfacerle y á ser su amigo y servidor. Tocáronse las manos por amigos, y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama; donde los halló á la mañana Diego de Orellana, que fué á ver al Gobernador y á decirle cómo se había ido Cortés. De esta manera tornó Cortés á la amistad que primero con Diego Velázquez, y se fué con él á la guerra, y después que volvió se pensó ahogar en la mar; ca viniendo de las bocas de Bani, de ver unos pastores é indios que traía en las minas á Barucea, donde vivía, se le trastornó la canoa de noche á media legua de tierra y con tempestad; mas salió á nado, y á tino de una lumbré de pastores que cenaban junto á la mar: por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones, hasta llegar do les está guardada su buena dicha.

Descubrimiento de la Nueva-España

Francisco Hernández de Córdoba descubrió á Yucatán, según ya contamos en la otra parte, yendo por indios ó á rescatar, en tres navíos que armaron él y Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo, el año de 17. El cual, aunque no trujo sino heridas del descubrimiento, trajo relación cómo aquella tierra era rica de oro y plata, y la gente vestida. Diego Velázquez, que gobernaba la isla de Cuba, envió luego el año siguiente á Juan de Grijalba, su sobrino, con doscientos españoles en cuatro navíos, pensando ganar mucha plata y oro, para las cosas de rescate que enviaba, donde Francisco Hernández decía. Fué pues Juan de Grijalba á Yucatán, peleó con los de Champotón, y salió herido. Entró en el río de Tabasco, que nombran por eso Grijalba, en el cual rescató por cosas de poco valor mucho oro, ropa de algodón y lindas cosas de pluma. Estuvo en San Juan de Ulúa; tomó posesión de aquella tierra por el rey en nombre de Diego Velázquez, y trocó su mercería por piezas de oro, mantas de algodón y plumajes; y si conociera su bondad dicha, poblara en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fué Cortés; mas no era tanto bien para quien no lo conocía; aunque se excusaba él que no iba á poblar, sino á rescatar y descubrir si aquella tierra de Yucatán era isla. También lo dejó por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla; ca entonces huían de entrar en Tierra-Firme. Había eso mismo muchos que deseaban á Cuba, como era Pedro de Alvarado, que se perdía por una isleña; y allí procuró de volver con la relación de lo hasta allí sucedido á Diego Velázquez. Corrió la costa de Juan de Grijalba hasta Pánuco, y tornóse á Cuba, rescatando con los naturales oro, pluma y algodón, á pesar de todos los más,

y aun lloraba porque no querían tornar con él: tan de poco era. Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó á la misma isla, y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió á la ciudad, y cuando llegó no le quiso ver Diego Velázquez; que fué su merecido.

El rescate que hubo Juan de Grijalba

Rescató Juan de Grijalba con los indios de Potonchán, de San Juan de Ulúa y de otros lugares de aquella costa tantas y tales cosas, que amaran los de su compañía de quedarse allí, y por tan poco precio, que holgaran de ferriar con ellos cuanto llevaban. Valía más la obra de muchas de ellas que no el material. Hubo, en fin, lo siguiente:

Un idólico de oro, hueco.

Otro idolejo de lo mismo, con cuernos y cabellera, que tenía un sartal al cuello, un moscador en la mano, y una piedrecica por ombligo.

Una como patena de oro delgada, y con algunas piedras engastadas.

Un casquete de oro, con dos cuernos y cabellera negra.

Veintidós arracadas de oro, con cada tres pinjantes de lo mismo.

Otras tantas arracadas de oro, y más chicas.

Cuatro ajorcas de oro muy anchas.

Un escarcelón delgado de oro.

Una sarta de cuentas de oro huecas, y con una rana de ello bien hecha.

Otra sarta de lo mismo con un leoncico de oro.

Un par de cercillos de oro grandes.

Dos agujilicas de oro bien vaciadas.

Un salerillo de oro.

Dos cercillos de oro y turquesas, con cada ocho pinjantes.

Una gargantilla para mujer, de doce piezas, con veinticuatro pinjantes de piedras.

Un collar de oro grande.

Seis collaricos de oro delgados.

Otros siete collares de oro con piedras.

Cuatro cercillos de hoja de oro.

Veinte anzuelos de oro, con que pescaban.

Doce granos de oro, que pesaron cincuenta ducados.

Una trenza de oro.

Planchuelas delgadas de oro.

Una olla de oro.

Un ídolo de oro, hueco y delgado.

Algunas bronchas delgadas de oro.

Nueve cuentas de oro huecas, con su extremo.

Dos sartas de cuentas doradas.

Otra sarta de palo dorado, con cañutillos de oro.

Una tacica de oro, con piedras moradas y veintitrés de otras colores.

Un espejo de dos haces, guarnecido de oro.

Cuatro cascabeles de oro.

Una salerilla delgada de oro.

Un botecico de oro.

Ciertos collarejos de oro, que valian poco, y algunas arracadillas de oro pobres.

Una como manzana de oro hueca.

Cuarenta hachas de oro con mezcla de cobre, que valian hasta dos mil y quinientos ducados.

Todas las piezas que son menester para armar un hombre, de oro delgado.

Una armadura de palo, con hoja de oro y piedrecicas negras.

Un penachuelo de cuero y oro.

Cuatro armaduras de palo para las rodillas, cubiertas de hoja de oro.

Dos escarcelones de madera, con hojas de oro.

Dos rodelas, cubiertas de plumas de muchos colores.

Otras rodelas de oro y pluma.
 Un plumaje grande de colores, con una avecica en medio al natural.
 Un ventalle de oro y pluma.
 Dos moseadores de pluma.
 Dos cantarillos de alabastro, llenos de diversas piedras algo finas, y entre ellas una que valió dos mil ducados.
 Ciertas cuentas de estaño.
 Cinco sartas de cuentas de barro, redondas y cubiertas de hoja de oro muy delgada.
 Ciento treinta cuentas huecas de oro.
 Otros muchos sartales de palo y barro dorado.
 Otras muchas cuentas doradas.
 Unas tijeras de palo dorado.
 Dos máscaras doradas.
 Una máscara de mosaico con oro.
 Cuatro máscaras de madera doradas, de las cuales una tenía dos varas derechas de mosaico, con turquesillas, y otra las orejas de lo mismo, aunque con más oro.
 Otra era mosaico de lo mismo de la nariz arriba, y la otra de los ojos arriba.
 Cuatro platos de palo, cubiertos de hoja de oro.
 Una cabeza de perro, cubierta de piedrecicas.
 Otra cabeza de animal y de piedra, guarnecida de oro, con su corona y cresta y dos pinjantes, que todo era de oro, más delgado.
 Cinco pares de zapatos como esparteñas.
 Tres cueros colorados.
 Siete navajas de pedernal, para sacrificar.
 Dos escudillas pintadas de palo, y un jarro.
 Una ropeta con medias mangas de pluma de colores, muy gentil.
 Uno como peinador, de algodón fino.
 Una manta de pluma grande y fina.
 Muchas mantas de algodón delgadas.
 Otras muchas mantas de algodón groseras.

Dos tocas ó almaizales de buen algodón.
 Muchos pinetes de suave olor.
 Mucho ají y otras frutas.
 Trujo sin esto una mujer que le dieron, y ciertos hombres que tomó; por uno de los cuales le daban lo que pesase de oro, y no lo quiso dar.
 Trujo también nuevas que había amazonas en ciertas islas, y muchos lo creyeron, espantados de las cosas que traía rescatadas por vilísimo precio; ca no le habían costado todas ellas sino seis camisas de lienzo basto.
 Cinco tocadores.
 Tres zaragüelles.
 Cinco servillas de mujer.
 Cinco cintas anchas de cuero, labradas de hiladizo de colores, con sus bolsas y esqueros.
 Muchas bolsillas de badana.
 Muchas agujetas de un herrete y de dos.
 Seis espejos doradillos.
 Cuatro medallas de vidrio.
 Dos mil cuentas verdes de vidrio, que tuvieron por finas.
 Cien sartas de cuentas de muchos colores.
 Veinte peines, que preciaron mucho.
 Seis tijeras, que les agradaron.
 Quince cuchillos, grandes y chicos.
 Mil agujas de coser y dos mil alfileres.
 Ocho alpargatas.
 Unas tenazas y martillo.
 Siete caperuzas de color.
 Tres sayos de colores gironados.
 Un sayo de frisa con su caperuza.
 Un sayo de terciopelo verde traído, con una gorra negra de terciopelo.

La diligencia y gasto que hizo Cortés en armar la flota

Como tardaba Juan de Grijalba más que tardó Francisco Hernández á volver, ó enviar aviso de lo que hacia, despachó Diego Velázquez á Cristóbal de Olid en una carabela, en socorro y á saber de él, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalba; empero el Cristóbal de Olid anduvo poco por Yucatán, y sin hallar á Juan de Grijalba se volvió á Cuba, que fué un gran daño para Diego Velázquez y para Grijalba; porque si fuera á San Juan de Ulúa ó más adelante, hiciera por ventura poblar allí á Grijalba; mas él dijo que le convino dar la vuelta por haber perdido las áncoras. Llegó Pedro de Alvarado, después de partido Cristóbal de Olid, con la relación del descubrimiento y con muchas cosas de oro y pluma y algodón, que se habían rescatado; con las cuales, y con lo que dijo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velázquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalba, porque le decían los enfermos que de allá vinieron, cómo no tenía gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente. Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quinquillería, pensando enriquecer por combates y poblar por fuerza. Rogó á Baltasar Bermúdez que fué; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveído, dejóle, diciendo que sería más el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenía poco estómago para gastar, siendo codicioso, y quería enviar armada á costa ajena, que así había hecho casi la de Grijalba; porque Francis de Montejo puso un navío y mucho bastimento. Y Alonso Hernández Portocarrero, Alonso de Ávila, Diego de Ordás y otros muchos fueron á la costa con Juan de Grijalba. Habló á Fernando Cortés para que armasen ambos

á medias; porque tenía dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fué con la flota, encareciendo el viaje y negocio. Fernando Cortés, que tenía grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no sería mucho la costa; así que se concertaron presto. Enviaron á Juan de Saucedo, que había venido con Alvarado, á sacar una licencia de los frailes Jerónimos, que gobernaban entonces, de poder ir á rescatar para los gastos, y á buscar á Juan de Grijalba, que sin ella no podía nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata. Fray Luis de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés, como capitán y armador, con Diego Velázquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del rey, como era de costumbre. Entre tanto que venía la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló á sus amigos y á otros muchos para ver si querían ir con él; y como halló trescientos que fuesen, compró una carabela y un bergantín para con la carabela que trajo Pedro de Alvarado y otro bergantín de Diego Velázquez, y proveyólos de armas, artillería y munición. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de buhonería, en setecientos pesos de oro. Diego Velázquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narváez, que tenía en poder por su ausencia, diciendo que no tenía blanca suya; y dió á muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligación de mancomún ó fianzas. Y capitularon ambos lo que cada uno había de hacer, ante Alonso de Escalante, escribano público y real, y 23 días de Octubre del año de 18. Volvió á Cuba Juan de Grijalba en aquella misma sazón, y hubo con su venida mudanza en Diego Velázquez, ca ni quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que

la acabara de armar. Las causas porque lo hizo, fueron querer enviar por sí á solas aquellas mismas naos de Grijalba; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaría, como había él hecho al almirante don Diego; oír y creer á Bermúdez y á los Velázquez, que le decían no fiase de él, que era extremeño, mañoso, altivo, amator de honras, y hombre que se vengaría en aquello de lo pasado. El Bermúdez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalba traía, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velázquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, según dicen. Pensó también Diego Velázquez que alojando él, cesaría Cortés; y como procedía en el negocio, echóle á Amador de Lárez, persona muy principal, para que dejase la ida, pues Grijalba era vuelto, y que le pagarían lo gastado. Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velázquez, dijo á Lárez que no dejaría de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaría compañía. Y si Diego Velázquez quería enviar á otro, armando por sí, que lo hiciese; ca él ya tenía licencia de los padres gobernadores; y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, á ver si le seguirían y favorecerían. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó á buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos. Socorrió á muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó á ir con armas y mucha compañía; de que muchos murmuraban, diciendo que tenía estado sin señorío. Llegó en esto á Santiago Juan de Grijalba, y no le quiso ver Diego Velázquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allá tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le seguían, los que allí estaban, como los que venían

con Grijalba; que si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló. Todavía mandó que no le diesen vituallas, según muchos dicen. Cortés procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalba, diciendo á los soldados que no habían de tener qué hacer con Diego Velázquez. Dijoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenía para pesar otro día en la carnicería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago y para la pena de no dar carne á la ciudad. Y partióse de Santiago de Barucoa á 18 de Noviembre, con más de trescientos españoles, en seis navíos.

Los hombres y navíos que Cortés llevó á la conquista

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba y para la navegación, que aún era incierta; y envió luego en saliendo á Pero Xuárez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos á Jamaica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes ó punta de San Antón, que es lo postrero de la isla hacia poniente; y él fuese con los demás á Macaca. Compró allí trescientas cargas de pan y algunos puercos á Tamayo, que tenía la hacienda del rey. Fué á la Trinidad y compró un navío de Alonso Guillén, y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Juan Núñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas de vender á unas minas. Envió á Diego de Ordás en una carabela bien armada, para que lo tomase y llevase á la punta de San Antón. Ordás fué á él y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó á do le fué mandado. Y Sedeño y otros se vinieron á la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arro-

bas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un conocimiento, por el cual fué Sedeño á la conquista. Recogió Cortés en la Trinidad cerca de doscientos hombres de los de Grijalba, que estaban y vivían allí y en Matanzas, Carenas y otros lugares. Y enviando los navíos delante, se fué con la gente por tierra á la Habana, que estaba poblada entonces á la parte del sur en la boca del río Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningún mantenimiento, por amor de Diego Velázquez, los vecinos; mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del Obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajés. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó á repartir la gente y comida por los navíos. Llegaron entonces con una carabela Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalba, que fueran á hablar con Diego Velázquez. Iba entre ellos un Garnica, con cartas de Diego Velázquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que ó iría él ó enviaría á comunicarle algunas cosas que convenían á entrambos; y otras para Diego de Ordás y para otros, donde les rogaba que prendiesen á Cortés. Ordás convidó á Cortés á un banquete en la carabela que llevaba en cargo, pensando llevarle con ella á Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolía el estómago, y no fué al convite; y porque no aconteciese algún motín, se entró en su nao. Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos fuesen tras él á San Antón, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías, y diólas á los capitanes Alonso de Ávila, Alonso Fernández Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Juan de Escalante, Juan Velázquez

de León, Cristóbal de Olid y un Escobar. Él, como general, tomó también una. Hizo tantos capitanes, porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno de ellos cargo de la gente y del navío. Nombró también por piloto mayor á Antón de Alaminos, que había ido con Francisco Hernández de Córdoba y con Juan de Grijalba. Había también doscientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y dieciseis caballos y yeguas. Halló eso mismo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yuca y ajés. Es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando. Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos. Era la nao capitana de cien toneles; otras tres de ochenta y setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines. La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrero en latín, que romanizado dice: «Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos.» Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que llevó á tierras extrañas que aún no sabia. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias ni sujetó tamaño imperio. Ningún dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el suelo lo hubiesen, á otras partes más cerca irían. En las Indias cada uno pretende un estado ó grandes riquezas. Concertada pues y repartida (como

habéis oído) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oración de Cortés á los soldados

«Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuánto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, verná á nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia quanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin, que de contino sigue á todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra

maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecia ir, no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hizose á la vela, habiendo primero oído misa y rogado á Dios le guiasse aquella mañana, que fué á 18 del mes de Febrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redentor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de San Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran fa-

habéis oído) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oración de Cortés á los soldados

«Cierto está, amigos y compañeros míos, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por propias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así es que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazón me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, más se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas paréceme que cuánto de ella tengo menos, he acrecentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, según en Dios espero, verná á nuestro rey y nación de esta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creáis que pretendo de ella tanto la ganancia quanto el honor; que los buenos más quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará victoria; y el tiempo traerá el fin, que de contino sigue á todo lo que se hace y guía con razón y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra

maña hemos de tener que Córdoba y Grijalba; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá haremos así como viéremos; y aquí yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejáis, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasión, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los más ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningún esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nación española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiración de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecia ir, no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hizose á la vela, habiendo primero oído misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de Febrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redentor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de San Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran fa-

rol para señal y guía del camino que tenían de hacer; el cual era casi al este oeste de la punta de San Antón, que es lo postrero de Cuba, para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatán, donde habían de ir á dar derechos, para después seguir la tierra costa á costa entre norte y poniente. La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó de atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán, y que tenía pocas más de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual desrotó la flota; y así, se derramaron los navios y corrió cada uno como mejor pudo. Y por la instrucción que llevaban los pilotos de la vía que habían de hacer, navegaron, y fueron todos, salvo uno, á la isla de Acuzamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que más tardaron fueron la capitana y otra en que iba por capitán Francisco de Morla, que ó por descuido y flojedad del timonero, ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevó un golpe de mar el gobernalle al navio de Morla; el cual, para dar á entender su necesidad, izó un farol desparramado. Cortés, como lo vió, arribó sobre él con la capitana; y entendida la necesidad y peligro, amainó y esperó hasta ser de día, para conhortar los de aquel navio y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amaneció, ya la mar abonanzaba, y no andaba tan brava como la noche; y en siendo de día miraron por el gobernalle, que andaba al rededor entre las dos naves. El capitán Morla se echó á la mar atado de una sogá, y á nado tomó el timón, y lo subieron y asentaron en su lugar como habla de estar; y luego alzaron velas. Navegaron aquel día y otro sin llegar á tierra ni sin ver vela alguna de la flota; mas luego á otro día llegaron á la punta de las Mujeres, donde hallaron algunos navios. Mandóles Cortés que le siguiesen, y él enderezó la proa de su nao capitana á buscar los navios que le faltaban hacia do el tiempo y viento los había podido echar; y así, fué á dar en Acuzamil. Halló allí los navios que le faltaban, excepto uno, del cual no supieron en muchos días. Los de la isla

hubieron miedo; alzaron su hatillo y metiéronse en el monte. Cortés hizo salir en tierra, á un pueblo que estaba cerca de donde habían surgido, cierto número de españoles; los cuales fueron al lugar, que era de cantería y buenos edificios, y no hallaron persona en él; mas hallaron en algunas casas ropa de algodón y ciertas joyas de oro. Entraron asimismo en una torre alta y de piedra, y junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; mas ella no tenía sino dioses de barro y canto. Vueltos que fueron, dijeron á Cortés cómo habían visto muchos maizales y praderias, grandes colmenares y arboledas y frutales; y diéronle aquellas cosillas de oro y algodón que traían. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huído los de aquel pueblo, pues no lo habían hecho cuando allí vino Juan de Grijalba, y sospechó que por ser más sus navios que los del otro tenían más miedo. Temió también no fuese ardid para tomarle en alguna zalagarda; y mandó sacar á tierra los caballos á dos efectos: para descubrir el campo con ellos, y pelear, si necesario fuese; y si no, para que paciesen y se refrescasen, pues había donde. También hizo desembarcar la gente, y envió muchos á buscar la isla; y ciertos de ellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mujeres con tres criaturas, que le trajeron. No entendía ni las entendían; pero por los ademanes y cosas que hacían conocieron cómo la una de ellas era señora de las otras, y madre de los niños. Cortés la halagó entonces; que lloraba su cautiverio y el de sus hijos. Vistióla, como mejor pudo, á la manera de acá; dió á las criadas espejos y tijeras, y á los niños sendos dijes con que se holgasen. En lo demás tratóla honestamente. Tras esto, ya que quería enviar una de aquellas mozas á llamar al marido y señor para hablarle y que viese cuán bien tratados estaban sus hijos y mujer, llegaron ciertos isleños á ver lo que pasaba, por mandado del Calachuni, y á saber de la mujer. Dióles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras

para el Calachuni, su señor. Tornólos á enviar para que le rogasen de su parte y de la mujer que viniese á verse con aquella gente, de quien sin causa huía; que él le prometía que ni persona ni casa de la isla recibiría daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El Calachuni, como entendió esto, y con el amor de los hijos y mujer, se vino luego otro día con todos los hombres del lugar, en el cual estaban ya muchos españoles aposentados; mas no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El Calachuni habló á Cortés con grande humildad y ceremonias; y así fué muy bien recibido y amorosamente tratado; y no sólo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que españoles le querían hacer, mas aun por dádivas; y así, le dió á él y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate; las cuales, aunque entre nosotros son de poco valor, ellos las estiman mucho y tienen en más que al oro, tras que todos andaban.

Allende de esto, mandó Cortés que todo el oro y ropa que se había tomado en el pueblo lo trujesen ante sí; y allí conoció cada isleño lo que suyo era, y se le volvió; de que no poco quedaron contentos y maravillados. Aquellos indios fueron, muy alegres y ricos con las cosillas de España, por toda la isla á mostrarlas á los otros, y á mandarles de parte del Calachuni que se tornasen á sus casas con sus hijos y mujeres seguramente y sin miedo, por cuánto aquella gente extranjera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que también otros se habían ido como los de éste, y poco á poco perdieron el miedo que á los españoles tenían. Y por esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente nuestro ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

Que los de Acuzamil dieron nuevas á Cortés de Jerónimo de Aguilar

Como Cortés vió que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y la imagen de su gloriosa Madre y virgen santa María; y para esto hablóles un día por la lengua que llevaba, la cual era un Melchor que llevara Francisco Hernández de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, ó mas de veras simple, y parecía que no sabía hablar ni responder. Todavía les dijo que les quería dar mejor ley y Dios de los que tenían. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces é imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devoción; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solían. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos ni naos; y así, nunca paraban, sino ir y venir; y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacían señas con las manos hacia Yucatán, que estaban allá cinco ó seis hombres barbudos, muchos soles había. Fernando Cortés, considerando cuánto le importaría tener buen faraute para entender y ser entendido, rogó al Calachuni le diese alguno que llevase una carta á los barbudos que decían. Mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recado, de miedo del que los tenía, que era gran señor y cruel; y tal, que sabiendo la embajada, mandaría matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés, halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada. Dióles algunas cosillas, y rogóles que fuesen con la carta. Los indios se excusaron mucho de ello, que tenían por cierto que los matarían. Mas en fin, tanto pudieron ruegos y dádivas, que prometieron

de ir. Y así, escribió luego una carta que en suma decía:

«Nobles señores: yo partí de Cuba con once navios de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y llegué aquí á Acuzamil, de donde os escribo esta carta. Los de esta isla me han certificado que hay en esa tierra cinco ó seis hombres barbudos y en todo á nosotros muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; mas por estas conjeturas y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen á descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibíredes ésta, os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación ni excusa. Si viniéredes todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para en que vengáis, y dos naos para seguridad.—*Fernando Cortés.*»

Escrita ya la carta, hallóse otro inconveniente para que no la llevasen; y era, que no sabían cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, de que los indios temían. Entonces Cortés acordóse que iría bien, envuelta en los cabellos de uno; y así, tomó al que parecía más avisado y para más que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en la guerra ó fiestas, que es como trezado en la frente. Del bergantín en que fueron estos indios iba capitán Juan de Escalante; de las naves Diego de Ordás, con cincuenta hombres para si menester fuese. Fueron estos navios, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho días, aunque les avisaron que no los esperarían sino seis, y como tardaban, cuidaron que los habrían muerto ó cautivado, y tornáronse á Acuzamil sin ellos; de que mucho pesó á todos los españoles, en especial á Cortés, creyendo que no era verdad aquello de los de las barbas, y que tenían falta de lengua. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, se repararon los navios del daño que habían recibido con el temporal pasado, y se pusieron á pique;

y así, se partió la flota en llegando el bergantín y las dos naos.

Venida de Jerónimo Agullar á Fernando Cortés

Muchó les pesaba, á lo que mostraron, la partida de los cristianos á los isleños, especial al Calachuni; y cierto á ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatán, á do es la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposición de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó. Otro día siguiente, que fué Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados, quisieron doblar la punta para ir á Cotoche, y tentar qué cosa era. Pero antes que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitán Pedro de Alvarado, en señal de que corría peligro. Acudieron allá todos á ver qué cosa era; y como Cortés entendió que era un agua que con dos bombas no podían agotar, y que si no fuese tomando puerto, que no se podía remediar, tornóse á Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber qué querían ó qué se habían olvidado; y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron, y remediaron el navio. El sábado luego siguiente se embarcó la gente toda, salvo Fernando Cortés y otros cincuenta. Revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario; y así, no se partieron aquel día. Duró aquella noche la furia del aire; mas amansó con el sol, y quedó la mar para poder embarcar y navegar; pero por ser el primer domingo de Cuaresma, acordaron de oír misa y comer primero. Estando Cortés comiendo, le dijeron cómo atravesaba una canoa á la vela, de Yucatán para la isla, y que venia derecha hacia do las naves estaban surtas. Salió él á mirar adónde iba; y como vió que se des-

viaba algo de la flota, dijo á Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros á ella, orilla del agua, encubiertos, hasta ver si salían los hombres á tierra; y si saliesen, que se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta ó abrigo, y salieron de ella cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales hubieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habian arremetido á ellos para tomarlos, las espadas sacadas; y querían huir á la canoa. El otro se adelantó, hablando á sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen; y dijo luego en castellano: «Señores, ¿sois cristianos?» Respondieron que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, ca tenia unas horas en que rezaba cada día. Rogóles que diesen gracias á Dios; y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración á Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacía en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nación. Andrés de Tapia se allegó á él y le ayudó á levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. Él dijo á los tres indios que le siguiesen, y vino con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba; el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir luego y dar lo que hubo menester; y con placer de tenerle en su poder, le preguntó su desdicha y cómo se llamaba. Él respondió alegremente delante de todos: «Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez Balboa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela á Santo Domingo, á dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y á traer

veinte mil ducados del rey, el año de 1511, y ya que llegamos á Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece ó catorce días, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol á esta tierra, á una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. Á Valdivia y otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique, á cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato de ellos á otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera á engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos á huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó á morir. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco á poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancán, señor de Chetamal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancán, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y á rogar que se viniese, pues habia tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos á fuer de aquella tierra y gente, ó por vicio de la mujer y amor de los hijos.» Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habian pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y

por tenerle por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les pareció milagro haber hecho agua la nao de Alvarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde, sobreviniendo contrario viento, fuesen constreñidos á estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender y tener cierta noticia de la tierra por do entró y fué Fernando Cortés. Y por tanto, he yo querido ser tan largo en contar de la manera que se hubo, como punto notable de esta historia. No dejaré de decir cómo enloqueció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba cautivo en poder de gente que comían hombres; y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: «¡Desventurada de mí! éste es mi hijo y mi bien.»

Cómo derribó Cortés los ídolos en Acuzamil

Luego á otro día que Aguilar fué venido, tornó Cortés á hablar á los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues serian bien entendidas con tan fiel intérprete; y para confirmarlos en la veneración de la cruz y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para más aina dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura; porque con esto más fácilmente y más presto y mejor reciben, oyen y creen á los predicadores, y toman el Evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad; en que consiste la cristiandad y la fe. Así que Jerónimo de Aguilar les predicó aconsejándoles su salvación; y con lo que les dijo, ó porque ya ellos habian comenzado, holgaron que les acabasen de derribar sus ídolos y dioses, y

aun ellos mismos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban. Y de presto no dejaron ídolo sano ni en pie nuestros españoles, y en cada capilla y altar ponían una cruz ó la imagen de nuestra Señora, á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devoción y oraciones, y ponían su incienso, y ofrecían codornices y maíz y frutas, y las otras cosas que solían traer al templo por ofrenda. Y tanta devoción tomaron con la imagen de nuestra Señora santa María, que salían después con ella á los navios españoles que tocaban en la isla, diciendo: «Cortés, Cortés», y cantando «María, María»; como hicieron á Alonso de Parada y á Pánfilo de Narváez y á Cristóbal de Olid cuando pasaron por allí. Y aun allende de esto, rogaron á Cortés que les dejase quien les enseñase cómo habían de creer y servir al Dios de los cristianos. Mas él no osó, de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes; en lo cual no acertó, pues de tan buena gana lo querían y pedían.

Acuzamil, isla

Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Juan de Grijalba, que fué el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque á 3 de Mayo la vió. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga más y quien diga menos. Está en veinte grados á esta parte de la Equinoccial, ó poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las Mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con la cubierta de paja ó rama, y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificadas. Tiene poca agua, y aquella de pozos y llovediza. Calachuni es como decir cacique ó rey. Son morenos, andan desnudos. Si algún vestido traen, es

de algodón y para tapar lo vergonzo. Crian largo cabello, y tréznanselo muy bien sobre la frente. Son grandes pescadores; y así, el pescado es casi su principal manjar; bien que tienen mucho maíz para pan, y muchas frutas y buenas. Tienen también mucha miel, aunque agra un poco, y colmenares de á mil y más colmenas, algo chicas. No sabían alumbrarse con la cera. Mostráronse los nuestros, y quedaron espantados y contentos. Hay unos perros, rostro de raposo, que castran y ceban para comer; no ladran. Con pocos de ellos hacen casta las hembras. Como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos, críanse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de lo cual todo mataron en cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas, y con los perros y lebreles que llevaban; y sin la que comieron fresca, cecinaron y curaron al sol mucha carne. Retájanse, son idólatras, sacrifican niños, mas pocos, y muchas veces perros en su lugar. En lo demás, gente pobre es, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

La religión de Acuzamil

El templo es como torre cuadrada, ancha del pie y con gradas al derredor; derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquel hueco que parece capilla, asientan ó pintan sus dioses. Tal era el que estaba á la marina, en el cual había un extraño ídolo y muy diverso de los demás, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual había una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenían una puerta secreta y chica, hecha en la pared

en par del ídolo. Por allí entraba uno de ellos, investíase en el bulto, hablaba y respondía á los que venían en devoción y con demandas. Con este engaño creían los simples hombres cuanto su dios les decía; al cual honraban mucho más que á los otros, con sahumeros muy buenos, hechos como pibetes ó de copal, que es como incienso; con ofrendas de pan y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros, y aun á las veces de hombres. Á causa de este oráculo é ídolo, venían á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera, de lejos tierras, y por eso había tantos templos y capillas. Al pie de aquella misma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual había una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenían y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovía y había falta de agua, iban á ella en procesión y muy devotos; ofrecíanle codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenía ó mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina á manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenían por cierto que luego llovía. Tal era la religión de estos acuzamilanos, y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devoción con aquel dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya en ella predicado el Evangelio, como más largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal.

Del pez tiburón

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta ahora, después que dejó á Cuba. Partiósese Cortés de esta isla, dejando á los naturales de ella muy amigos de espa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

267

ñoles; y tomando mucha cera y miel que le dieron, pasó á Yucatán, y fué pegado á tierra para buscar el navio que le faltaba, y cuando llegó á la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos dias esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos. No le pudieron subir al navio porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en el agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navio, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro más de quinientas raciones de tocino, en que, á lo que dicen, había diez tocinos que estaban á desalar colgados al rededor de los navios; y como el tiburón es tragón, que por eso algunos le llaman ligurón, y como halló aquel aparejo, pudo engullir á su placer. También se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Pedro de Alvarado, y tres zapatos desechados, y más un queso. Eso afirman de aquel tiburón; y cierto él traga tan desafortadamente, que parece increíble; porque yo he oído jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro de ellos cosas, que si no las vieran, las tuvieran por imposibles: como decir que un tiburón se traga uno, y dos, y más pellejos de carneros con la cabeza y cuernos enteros, como los arrojan á la mar, por no pelarlos. Es el tiburón un pez largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y de doce pies en luengo. Muchos de ellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporción del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tolo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no más de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando paca ó bebe á orillas de los rios, y se come un hombre, como quiso hacer uno al calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pie cuando no lo

pudo llevar entero, como le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que de ella echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda más que ella aunque lleve más próspero tiempo, y dicen que tres tanto más, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas alrededor, y tan somero, que se parece y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque abastece mucho un navio hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabia mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

Que la mar crece mucho en Campeche, no creciendo por allí cerca

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navio perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los rios y calas á buscarlo, y aun estando en par de Campeche surtos los navios en la playa, atendiendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas á descubrir el que faltaba, aina se quedaran en seco, aunque estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la menguante y creciente que hace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador á Paria; nadie sabe la causa de ello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernández de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues apegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que ahora llaman Puerto-Escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una de ellas estaba el navio que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y

buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; que tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, sino fuera por una lebrela; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalba ó á Francisco Hernández de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navio estaba, y se holgaron unos con otros, como era razón, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron como luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarbando de cara al navio, y que el capitán y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagólos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mismo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venían en el navio, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalba.

Combate y toma de Potonchán

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos,

y sin parar, fueron hasta el río de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navios mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navios y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entró por aquel mismo río. Á Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navios grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bates que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. Á poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobe y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á compra de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad de ello; por tanto que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provisión para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aún no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar

buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; que tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, sino fuera por una lebrela; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalba ó á Francisco Hernández de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navio estaba, y se holgaron unos con otros, como era razón, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron como luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarbando de cara al navio, y que el capitán y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagólos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mismo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venían en el navio, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habían mantenido de carne fresca los días que allí habían estado, aunque era cuaresma, pero que se habían también bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendían al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalba.

Combate y toma de Potonchán

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos,

y sin parar, fueron hasta el río de Grijalba, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navios mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navios y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalba entró por aquel mismo río. Á Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navios grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bates que venían por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. Á poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobe y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venían á hacerles mal, sino á tomar agua dulce y á compra de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad de ello; por tanto que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente. Los de las barquillas dijeron que irían con aquel mensaje al pueblo y les traerían respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos, pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provisión para la necesidad grande que traían y para tantas personas como venían en aquellos grandes bajeles, que ellos aún no habían visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar

en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el río hace, á esperar la respuesta para otro día de mañana. Cada uno de ellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aún se estaban en los navíos, é hizo ir el río arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en solo sus cosas, las sintiesen; porque todos los de las naos se vinieron á do Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun también hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada ciento cincuenta españoles, que fueron Alonso de Ávila y Pedro de Alvarado, y envió esa misma noche con guía á meterse en aquellos bosques que estaban entre el río y el lugar, por dos efectos: uno, porque los indios viesen que no había más gente en la isleta que el día antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Como fué de día, luego vinieron con el sol hasta ocho barcas de indios armados más que primero, á do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podían haber más, como los vecinos del pueblo habían echado á huir, de miedo de ellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotarla más. Á esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejar-

los perecer de hambre, y que si le escuchasen la razón por qué habían venido allí, que verían cuánto bien y provecho se les seguiría de ello. Replicaron los indios que no querían consejo de gente que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río ó hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían. Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, dijoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relación de ella al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaría á su Dios y á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decían más de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consentirían salir á ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarían á él y cuantos con él iban. No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, según razón, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz á los indios antes de hacerles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó á requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofreciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tenían por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no acogerle ni admitirle, que los apercibía y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, á pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversación y la paz. De esto se rieron mucho, y moñando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído. En yéndose los indios, comieron los españoles, y dende á poco se armaron

y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venían, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando á Dios y á Santiago y á San Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian obra de doscientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oír y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistían gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaban por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los trescientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos también, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebecida peleando con los que tenían delante, y les querian entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habían de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par de él combatían, sin otro peligro ni contradicción; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los

otros desamparáronlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodón, y poco rastro de oro, ca no estaban dentro más de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma de este lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cautivos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. De esta manera se tomó Potonchán, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos

Otro día de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir á donde estaba el señor con los demás vecinos del lugar, á decirles que del daño hecho, ellos se tenían la culpa, y no los cristianos, que les habían rogado con la paz tantas veces; y que si querian volverse á sus casas y pueblo, que lo podian hacer seguramente; que él les prometía por su Dios que no les sería hecho el menor enojo de esta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daría rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conocerle, é informarse de él de algunas cosas que le cumplían mucho saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no quería venir, que supiese por cierto que él lo iria á buscar,

y á proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron á los otros sus vecinos lo que les fué mandado. Pero no vino hombre de ellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse. Envió también sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que parecían, y que todos iban á dar, según después pareció, á las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitán que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como á enemigos y salteadores. Dijeron más, que tenían concertado entre sí que si fuesen vencidos á mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura, y por demás vencer ni matar aquellos pocos hombres que allí veían; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometía tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaría de tal manera, que dende en adelante jamás tomasen armas para semejante gente que él y los sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá, ó por espiar algo, vinieron luego otro día veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocaron la tierra con los dedos, y alzaronlos al cielo, que es salva y reverencia que acostumbran hacer; y dijeron al capitán Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerían mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se

enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razón; ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conocería presto cuánta verdad le decía en todo aquello, y cuán en breve él y todos los suyos sabrían grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas á su noticia; con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarían con la respuesta; y así lo hicieron; porque á otro día trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traían más á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimismo que su señor en ninguna manera venía, porque se había ido, de miedo y vergüenza, á un lugar fuerte y lejos de allí; mas que enviaría personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á buscarlas y comprar. Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasión y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto de ella. Despidiólos pues, y avisólos que otro día iría con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habían de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacía tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí había visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro día por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de á ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, ó cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse

al pueblo á dormir; y él quedóse con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitán de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea do estaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querían; que para sí se lo habían menester. Sobre esto echaron mano á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestión; pero como los indios eran muchos más que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herían, retrajéronlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perecieran allí todos ó los más, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías, no respondieran allí á aquellas rozas y labranzas. Pero plugo á Dios que llegaron casi á una los otros dos capitanes á la misma aldea, al mayor hervor y grito que los indios tenían en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte; y así los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hacia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venían flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería á socorrerlos, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aún venían los enemigos, dañando en los traseros, hizoles tirar dos faleonetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este día algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

La batalla de Cintla

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar á las naos todos los heridos y ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra que ahora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hacia Cintla, donde el día antes fué la riña, creyendo que allí hallaría los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y rios hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fué con los de caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de pie siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban á flechar, y aun á tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desechar de sobre sí, porque tenían amparo en árboles y valladares, y si de industria los de

Potonchán esperaron en aquel mal lugar; como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos ríos, y allí aprovecharonse más de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fué forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos á otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caídos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió á los indios é hizoles arredrar algún tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron á los enemigos, y mataron algunos de ellos. Con esto el de caballo no pareció más, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles, y pusieronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió á los enemigos é hizoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre á caballo, van con ímpetu á los indios, y matan y hieren muchos de ellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, é hizo huir á los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimismo, hiriendo y matando. Á esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros á caballo, hartos de rodear, y de pasar arroyos y montes, que no había otra por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer á uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía, y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron

que era el apóstol Santiago, patrón de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros y el glorioso san Pedro.» Y en diciendo esto, arremetió á más correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, á parte que muy á su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pie, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien más de trescientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta. Quedaron heridos en este día más de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, ó con el gran calor y excesivo que allí hace, ó por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, les dió un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra más de ciento de ellos, á los cuales fué menester llevar á cuestas ó arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y á la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, á nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Fernando Cortés más quería que fuese san Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía á su escuadrón, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Tabasco se da por amigo de cristianos

Cortés soltó algunos, y envió á decir con ellos al señor y á todos los otros, que le pesaba del daño hecho á entrambas partes por culpa y dureza suya de ellos; que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venían luego ó dentro de dos días á dar justo descargo y satisfacción de su malicia, y á tratar con él paz y amistad, y los otros misterios que le quería declarar; apercibiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemándola, talandó y matando cuántos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fué con todos sus españoles al pueblo á descansar y á curar todos los heridos. Los mensajeros hicieron bien su oficio; y así, otro día vinieron más de cincuenta indios honrados á pedir perdón de lo pasado, licencia para enterrar los muertos y salvoconducto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedían; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen más, ni hiciesen otra junta, que sería para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los oiría más por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y protesto como este y el pasado, fueron, ó por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenían por invencibles, acordaron los señores y personas más principales de ir á ver y hablar á aquella gente y á su capitán. Así que, pasado el término que llevaron, vino á Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro ó cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le tru-

ieron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdón de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofreciéndoles la tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dió cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos y yeguas que tenían atados en el patio del templo, do pasaban, á unos árboles que había. Preguntaron los indios qué decían. Respondiéronles que reñían porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

Preguntas que Cortés hizo á Tabasco

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendían, eran mucho para reír. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fué así chiquito número, ni más aseado que de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si había minas en aquella tierra de oro ó plata, y cómo tenían y de dónde aquello poco que traían. La segunda, qué fué la causa porque á él le negaron su amistad, y no al otro capitán que vino allí el año antes con armada. La ter-

cera, por qué razón, siendo ellos tantos, huían de tan poquitos. La cuarta, para darles á entender la grandeza y poderío del Emperador y rey de Castilla. Y la otra fué una predicación y declaración de la fe de Cristo. Cuanto á lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y á placer; y que por eso no sabía decir qué cosa era mina, ni buscaban oro más de lo que se hallaban, y que aquello era poco; pero que en la tierra más adentro, y hacia donde el sol se cubría, se hallaba mucho de ello; y los de allá se daban más á ello que no ellos. Á lo del capitán pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traía, y los navios, los primeros que de aquel talle y forma habían aportado á su tierra, que les habló y preguntó qué querían; y como le dijeron que trocar oro, y no más, que lo hicieron de grado; empero que ahora viendo más y mayores naos, que pensó que tornaban á le tomar lo que les quedaba, y aun también porque estaba afrentado de que nadie le hubiese burlado así; lo que no habían hecho á otros menores señores que él. En lo demás que tocaba á la guerra, dijo que ellos se tenían por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que así pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se había hallado engañado en su corazón después que se habían probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y que el estruendo y fuego de la artillería los asombraba más que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacía donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiración y miedo, así con la boca, que parecía que los iba á tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les había puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no

era sino uno; y como dende á poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

Cómo los de Potonchán quebraron sus ídolos y adoraron la cruz

Con esta relación vió Cortés que no era tierra aquella para españoles, ni le cumplía asentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descubrir mejor dónde era aquella tierra hacia poniente que tenía oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, á quien más reinos y provincias servían y obedecían, que á otro vasallos, y cuyo mando y gobernación de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y á quien le pertenecía la monarquía del universo; por lo cual ellos debían darse por sus vasallos y conocidos; y que si lo hacían así, se les seguirían muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto á lo que tocaba á la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien ó mal que les venía, siendo mudas, sin ánima, y hechura de sus mismas manos. Dióles á entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios.

Y así, con gran devoción y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el

templo mayor de Potonchán, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiólos así, y fuéronse todos á comer. Rogóles Cortés que viniesen de allí á dos dias á ver la fiesta de ramos. Ellos, como hombres religiosos y que podían venir seguramente, no sólo vinieron los vecinos, mas aun los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiración de donde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y éstos fueron los primeros vasallos que el Emperador tuvo en la Nueva-España. Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rimero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos á las ceremonias y pompa con que se anduvo la procesión, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la victoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios á su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclaves ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí más de veinte dias. Al pueblo llaman los vecinos Potonchán, que quiere decir lugar que hiede, y los nuestros la Victoria. El señor se decía Tabasco, y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al río, el río de Tabasco; y Juan de Grijalba le nombró como á sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan aína; y así habían de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinticinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, parece más de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo ó piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cu-

bierta es paja ó plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humedad del río. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreación. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodelas, cascos y unos como escarcelones: todo esto de palo ó corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen también cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodón, revueltos á lo hueco del cuerpo.

Del río de Alvarado, que los indios llaman Papaloapán

Después que salió Cortés de Potonchán, entró en un río que llaman de Alvarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitán. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapán y nace en Aticpán, cerca de la sierra de Culhuacán. La fuente mana al pie de unos serrajones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, ahogado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacian los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, ancha más de cien pasadas. Entran en este río Quíyotepec, Vivilla, Chimantlán, Cuauhcuezpaltepec, Tuztlán, Teyuciyocán, y otros menores ríos, que todos llevan oro. Cae á la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crecidas. Uno de ellos está entre Otlatitlán y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero ó laguna. Hay muchos sábalos del tamaño de toñinas, muchas sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra cuauhcuezpaltepec. Parece lagarto de los muy pintados, tiene

la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay también manatis, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conocemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, ca tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nuevo color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garceas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman teuquechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra de esta pluma fuese durable, no había más que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pie de pata y otro de uñas como gavián; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan también por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan á ma-

ravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho más largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchos colores, que se sustentan de peces: son como ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tórnan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno de estos pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se crían infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadón, pies de puerco espín ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni más ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en San Juan de Ulúa

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo más junto á tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron dónde poder surgir seguramente con navios gruesos hasta el jueves Santo, que llegaron á San Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las canoas, en busca

la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay también manatis, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conocemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, ca tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nuevo color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garceas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman teuquechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra de esta pluma fuese durable, no había más que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pie de pata y otro de uñas como gavián; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan también por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan á ma-

ravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho más largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchos colores, que se sustentan de peces: son como ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tórnan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno de estos pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se crían infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadón, pies de puerco espín ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni más ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en San Juan de Ulúa

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo más junto á tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron dónde poder surgir seguramente con navios gruesos hasta el jueves Santo, que llegaron á San Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las canoas, en busca

del capitán de aquellos navíos; y como vieron las banderas y estandarte de la nao capitana, siguieron á ella. Preguntaron por el capitán, y como les fué mostrado, hicieron su reverencia, y dijeron que Teudilli, gobernador de aquella provincia, enviaba á saber qué gente y de dónde era aquella, á qué venía, qué buscaba, si quería parar allí ó pasar adelante. Cortés, aunque Aguilar no los entendió bien, les hizo entrar en la nao, agradeciéndoles su trabajo y venida, dióles colación con vino y conservas, y díjoles que luego al otro día saldria á tierra á ver y hablar al Gobernador; al cual rogaba no se alborotase de su salida, que ningún daño haría con ella, sino mucho provecho y placer. Aquellos hombres tomaron ciertas cosillas de rescate, comieron y bebieron con tiento, sospechando mal, aunque les supo bien el vino; y por eso pidieron de ello y de las conservas para el Gobernador; y con tanto, se volvieron. Otro día, que fué viernes Santo, saltó Cortés en tierra con bateles llenos de españoles, y luego hizo sacar la artillería y caballos, y poco á poco toda la gente de guerra y de servicio, que eran hasta doscientos hombres de Cuba. Tomó el mejor sitio que le pareció entre aquellos arenales de la marina; y así, asentó real y se hizo fuerte; y los de Cuba, como hay por allí muchos árboles, hicieron de presto las chozas que menester fueron para todos, de rama. Luego vinieron muchos indios de un lugarejo allí cerca y de otros, al real de los españoles, á ver lo que nunca vieron, y traían oro para trocar por semejantes cosillas que habían llevado los de los acalles, y mucho pan y viandas guisadas á su modo con aji, para dar ó vender á los nuestros; por lo cual les dieron los españoles contezuelas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres y otras cosas tales; con que no poco alegres, se tornaron á sus casas y las mostraron á sus vecinos. Fué tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosillas que de rescate llevaron y vieron, que también volvieron luego al otro día, ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro,

de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que abastecieron el ejército español; y llevaron por todo ello no muchos sartales ni agujas ni cintas; pero quedaron con ello tan pagados y ricos, que no se veían de placer y regocijo, y aun creían que habían engañado á los forasteros pensando que era el vidrio piedras finas. Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traía y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conocían ó que no lo querían, porque no pareciese que era codicia, ni su intención y venida á sólo aquello encaminada; y así, disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían aquellos indios por probar si lo habían por ello. El domingo de Pascua luego por la mañana vino al real Teudilli, ó Quintaluor, como dicen algunos, de Cotosta, ochó leguas de allí, donde residía. Trajo consigo bien más de cuatro mil hombres sin armas, empero los más bien vestidos, y algunos con ropas de algodón, ricas á su costumbre; los otros casi desnudos, y cargados de cosas de comer, que fué una abundancia grande y extraña. Hizo su acatamiento al capitán Cortés, como ellos usan, quemando incienso y pajuelas tocadas en sangre de su mismo cuerpo. Presentóle aquellas vituallas, dióle ciertas joyas de oro, ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma, que no eran de menor artificio y extrañeza. Cortés lo abrazó y recibió muy alegremente; y saludando á los demás, le dió un sayo de seda, una medalla y collar de vidrio, muchos sartales, espejos, tijeras, agujetas, ceñideros, camisas y tocadores, y otras quinquillerías de cuero, lana y hierro, que son entre nosotros de muy poco valor, pero estimanlo aquellos en mucho.

Lo que habló Cortés á Teudilli, criado de Motezuma

Todo esto se había hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendía á estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje que no el que él sabía; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarle faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra; pero luego salió de ella, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchán, hablaba con los de aquel gobernador y los entendía muy bien, como á hombres de su propia lengua; así que Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió más que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria; y allende de esto, le preguntó quién era y de dónde. Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hacia Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo muchacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traído á vender á la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Coahuacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida á poder del señor de Potonchán. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva-España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra.

Certificado Cortés que tenía cierto y leal faraute en aquella esclava con Aguilar, oyó misa en el campo, puso cabe sí á Teudilli, y después comieron juntos; y en comiendo quedáronse entrambos en su tienda con las lenguas y otros muchos españoles é indios; y díjoles Cortés cómo era vasallo de don Carlos de Austria, emperador de cristianos, rey de España y señor de la mayor parte del

mundo, á quien muchos y muy grandes reyes y señores servían y obedecían, y los demás príncipes holgaban de ser sus amigos, por su bondad y poderío; el cual, teniendo noticia de aquella tierra y del señor de ella, lo enviaba allí para visitarle de su parte, y decirle algunas cosas en secreto, que traía por escrito, y que holgaría de saber; por eso que lo hiciese saber luego á su señor, para ver dónde mandaba oír la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oír la grandeza y bondad del señor Emperador; pero que le hacía saber cómo su señor Motezuma no era menor rey ni menos bueno; antes se maravillaba que hubiese otro tan gran príncipe en el mundo; y que pues así era, él se lo haría saber para entender qué mandaba hacer del embajador y su embajada; ca él confiaba en la clemencia de su señor, que no sólo se holgaría con aquellas nuevas, mas que aun haría mercedes al que las traía. Tras esta plática hizo Cortés que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y són del pifaro y atambor y escaramuzasen, y que los de caballo corriesen, y se tirase la artillería; y todo á fin que aquel gobernador lo dijese á su rey. Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr á los caballos. Temían del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo á truenos y rayos; y de las naos decían que venía el dios Quezalcobatl con sus templos á cuestras; que era dios del aire, que se había ido, y le esperaban. Hecho que fué todo esto, Teudilli despachó á Méjico á Motezuma con lo que había visto y oído, y pidiéndole oro para dar al capitán de aquella gente, y era porque Cortés le preguntó si Motezuma tenía oro. Y como respondió que sí, «envíeme, dice, de ello; ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con ello.» Estas mensajerías fueron en un día y una noche del real de Cortés á Méjico, que hay setenta leguas y más de camino, y llevaron pintada la hechura

ra de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego, y qué número había de hombres barbudos. De los navíos ya avisó así como los vió, diciendo qué tantos, y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodón tejido para que Motezuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan lejos, porque estaban puestos de trecho á trecho hombres, como postas de caballo, que de mano en mano daba uno á otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso. Más se corre así que por la posta de caballos, y es más antigua costumbre que la de los caballos. También envió este gobernador á Motezuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dió, las cuales se hallaron después en su recámara.

El presente y respuesta que Motezuma envió á Cortés

Despachados que fueron los mensajeros y prometida la respuesta dentro de pocos días, se despidió Teudilli, y á dos ó tres tiros de ballesta del real de nuestros españoles hizo hacer más de mil chozas de rama. Dejó allí dos hombres principales, como capitanes, con hasta dos mil personas, entre mujeres y hombres, de servicio; y fué á Cotasta, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenían cargo de proveer los españoles. Las mujeres amasaban y molían pan de centli, que es maíz. Guisaban frisoles, carne, pescado y otras cosas de comer. Los hombres traían la comida al real, y ni más ni menos la leña y agua que era menester, y cuanta yerba podían comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos á todo tiempo del año. Y estos indios iban la tierra adentro á los pueblos vecinos y traían tantos bastimentos para todos, que era cosa de ver. Así pasaron siete y ocho días con muchas visitas de indios, y esperan-

do al Gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decían; el cual luego vino con un muy gentil presente y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodón blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primisima. Tienen en aquella tierra á estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una de ellas tenía hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podía valer este presente veinte mil ducados ó pocos más; el cual presente tenían para dar á Grijalba si no se fuera, según decían los indios. Dijole por respuesta que Motezumacín, su señor, holgaba mucho de saber y ser amigo de tan poderoso príncipe como le decían que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen á su tierra gentes nuevas, buenas, extrañas y nunca vistas, para hacerles todo placer y honra. Por tanto, que viese lo que había menester, el tiempo que allí pensaba estar, para sí y para su enfermedad, y para su gente y navios; que lo mandaría proveer todo muy cumplidamente; y aun si en su tierra había alguna cosa que le agradase para llevar á aquel su gran emperador de cristianos, que se le daría muy de buena voluntad; y que en cuanto á que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, á causa que como él estaba doliente, no podía venir á la mar, y que pensar de ir adonde él estaba era muy difícil y trabajosísimo, así por las muchas y ásperas sierras que había en el camino, como por los despoblados grandes y estériles que tenía de pasar, donde forzado le era padecer hambre, sed y otras necesidades de éstas. Y allende de esto, mucha parte de la tierra por do había de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo

matarían sabiendo que iba como su amigo. Todos estos inconvenientes ó excusas le ponía Motezuma y su gobernador á Cortés para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así y estorbarle el viaje, y espantarle con tales y tantas dificultades y peligros, ó esperando algún mal tiempo para la flota, que le constriñese á irse de allí. Pero cuanto más le contradecían, más gana le ponían de ver á Motezuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descubrir por entero la riqueza que imaginaba; y así como recibió el presente y respuesta, dió á Teudilli un vestido entero de su persona y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Motezuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decía. Y díjole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey era justo ir á do estaba, cuanto más que le era forzado por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y si no iba, no hacía bien su oficio ni lo que era obligado á ley de bondad y caballería, é incurriría en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinación que tenía, porque supiese Motezuma que no la mudaría por aquellos inconvenientes que le ponían, ni por otros muy mayores que le pudiesen recrecer. Que quien venía por agua dos mil leguas, bien podía ir por tierra setenta. Importunábale con esto que enviase luego, para que volviesen presto los mensajeros, pues veía que tenía mucha gente de mantener, y poco que darle á comer, y los navios á peligro, y el tiempo se pasaba en palabras. Teudilli decía que ya despachaba cada día á Motezuma con lo que se ofrecía, y que entre tanto no se congojase, sino que holgase y hubiese placer; que no tardaría el despacho y resolución á venir de Méjico, bien que estaba lejos. Y que del comer no tuviese cuidado, que allí le proveerian abundantísimamente; y con esto le rogó mucho que, pues estaba mal aposentado en el campo y arenales, se fué con él á unos

lugares seis ó siete leguas de allí. Y como Cortés no quiso ir, fué él, y estuvo allá diez días esperando lo que Motezuma mandaba.

De cómo supo Cortés que había bandos en aquella tierra

En este comedio andaban ciertos hombres en un cerrillo ó médano de arena, de los cuales hay allí al rededor muchos; y como no se juntaban ni hablaban con los que estaban sirviendo los españoles, preguntó Cortés qué gente era aquella, que se extrañaba de llegar donde él y ellos estaban. Aquellos dos capitanes le dijeron que eran algunos labradores que se paraban á mirar. No satisfecho de la respuesta, sospechó Cortés que le mentían, ca le pareció que traían gana de llegar á los españoles, y que no osaban por aquellos del Gobernador, y era ello así; que como toda la costa y aun la tierra dentro hasta Méjico estaba llena de las nuevas y extrañezas y cosas que los nuestros habían hecho en Pontonchán, todos deseaban verlos y hablarles; mas no se atrevían, por miedo de los de Cullúa, que son los de Motezuma. Así que envió á ellos cinco españoles que, haciendo señas de paz, los llamasen, ó por fuerza tomasen alguno y se le trajesen al real. Aquellos hombres, que serían cerca de veinte, holgaron de ver ir para ellos á los cinco extranjeros; y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navios, se vinieron al ejército y á la tienda del capitán muy de grado. Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habían visto; porque eran más altos de cuerpo que los otros, y porque traían las ternillas de entre las narices tan abiertas, que casi llegaban á la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache ó ámbar cuajado ó de otra cosa así preciada. Traían asimismo horadados los labios bajos, y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban

tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas y dejaban los dientes de fuera; lo cual, aunque ellos lo hacían por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en ojos de nuestros españoles, que nunca habían visto semejante fealdad, aunque los de Motezuma también traían agujereados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenían hendidas las narices, sino con grandes agujeros; mas empero todos tenían hechos tan grandes agujeros en las orejas, que podía muy bien caber por ellos cualquier dedo de la mano, y de allí prendían cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiración á los nuestros. Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoallán, una ciudad lejos de allí casi un sol: así cuentan ellos sus jornadas. Y que el término de su tierra estaba á medio camino en un gran río que parte mojonos con tierras del señor Moteczumacín; y que su cacique los había enviado á ver qué gente ó dioses venían en aquellos teucallis, que es como decir templos; y que no habían osado venir antes ni solos, no sabiendo á qué gente iban. Cortés les hizo buena cara y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales, mostrando que se había holgado mucho en verlos, y en oírles la buena voluntad de su señor. Dióles algunas cosillas de rescate que llevasen, y mostróles las armas y caballos; cosa que nunca ellos vieron ni oyeron, y así, se andaban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas; y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servía de faraute, dijo á Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, mas que también eran de otro señor, no sujeto á Motezuma sino en cierta manera y por fuerza. Mucho le plugo á Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Motezuma tenía por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres ó cuatro de aquellos que más entendidos ó principales le parecieron, y preguntóles con Marina por los seño-

res que había por aquella tierra. Ellos respondieron que toda era del gran señor Motezuma, aunque en cada provincia ó ciudad había señor por sí, pero que todos ellos le pechaban y servían como vasallos y aun como esclavos, mas que muchos de ellos, de poco tiempo á esta parte, le reconocían por fuerza de armas, y daban parias y tributo, que antes no solían, como era el suyo de Cempoallán y otros sus comarcanos; los cuales siempre andaban en guerras con él por librarse de su tiranía; pero no podían, que eran sus huestes grandes y de muy esforzada gente. Cortés, muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros y con guerra, para poder efectuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra. Ofrecióles su amistad y ayuda, rogóles que viniesen muchas veces á su ejército, y despidiólos con muchas encomiendas y dones para su señor, y que presto le iría á ver y servir.

Cómo entró Cortés á ver la tierra con cuatrocientos
compañeros

Volvió Teudilli al cabo de diez días, y trujo mucha ropa de algodón, y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cambio de lo que enviara á Méjico, y dijo que se fué Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Motezuma, y que mirase qué era lo que quería de la tierra, y que se le daría; y que siempre que por allí pasase harían lo mismo. Cortés le dijo que no haría tal, y que no se iría sin hablar á Motezuma. El Gobernador replicó que no porfíase más en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fué con todos sus indios é indias que servían y proveían el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías. Cortés se receló de aquello, y se aperció á batalla; mas como no vino gente, atendió á proveer de

puerto para sus naos, y á buscar buen asiento para poblar; ca su intento era permanecer allí y conquistar aquella tierra, pues había visto grandes muestras de oro y plata y otras riquezas en ella; mas no halló aparejo ninguno en una gran legua á la redonda, por ser todo aquello arenales, que con el tiempo se mudan á una parte y otra, y tierra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vivienda. Por lo cual despachó á Francisco de Montejo en dos bergantines, con cincuenta compañeros y con Antón de Alaminos, piloto, á que siguiese la costa, hasta topar con algún razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puesto hasta Pánuco, si no fué el abrigo de un peñol que estaba salido en mar. Volvióse al cabo de tres semanas, que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como había navegado; porque dió en unas corrientes tan terribles, que, yendo á vela y remo, tornaban atrás los bergantines; pero dijo cómo le salían los de la costa, y se sacaban sangre, y se la ofrecían en pajuelas por amistad ó deidad; cosa amigable. Harto le pesó á Cortés la poca relación de Montejo; pero todavía propuso de ir al abrigo que decía, por estar cerca de él dos buenos ríos para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, muchas piedras para edificar, y muchos pastos y tierra llana para labranzas. Aunque no era bastante puerto para poner en ella contratación y escala de las naves, si poblaban, por estar muy descubierta y travesía del norte, que es el viento que por allí más corre y daña. De manera pues que como se fueron Teudilli y los otros de Motezuma, dejándolo en blanco, no quiso que, ó le faltasen vituallas allí, ó diese las naos al través; y así, hizo meter en los navíos toda su ropa, y él, con hasta cuatrocientos y con todos los caballos, siguió por donde iban y venían aquellos que le proveían; y á tres leguas que anduvo, llegó á un muy hermoso río, aunque no muy hondo, porque se pudo vadear á pie. Halló luego, en pasando el río, una aldea despoblada, que la gente con miedo

de su ida había echado á huir. Entró en una casa grande, que debía ser del señor, hecha de adobes y maderos, los suelos sacados á mano más de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera; por debajo tenía muchas y grandes piezas, unas llenas de cántaros de miel, de centli, frisoles y otras semillas, que comen, y guardan para provisión de todo el año; y otras llenas de ropa de algodón y plumajes, con oro y plata en ellos. Mucho desto se halló en las otras casas, que también eran casi de aquella misma hechura. Cortés mandó con público pregón que nadie tocase cosa ninguna de aquellas, so pena de muerte, excepto á los bastimentos, por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra. Había en aquella aldea un templo, que parecía casa en los aposentos, y tenía una torrecilla maciza con una como capilla en lo alto, adonde subían por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles, del que ellos usan, ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, á lo que Marina dijo, y también se hallaron el tajón sobre que ponían los del sacrificio, y los navajones de pedernal con que los abrían por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda. Con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecían y quemaban. Grandísima compasión y aun espanto puso aquella vista á nuestros españoles. De este lugarejo fué á otros tres ó cuatro, que ninguno pasaba de doscientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornóse de allí, porque no hacía fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navíos y de enviarlos par más gente, y porque deseaba asentar ya: detábase en esto obra de diez días.

Cómo dejó Cortés el cargo que llevaba

Como Cortés fué vuelto adonde los navios estaban con los demás españoles, hablóles á todos juntos, diciendo que ya veían cuánta merced Dios les había hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien á una tierra tan buena y tan rica, según las muestras y apariencias habían visto en así breve espacio de tiempo, y cuán abundosa de comida, poblada de gente, más vestida, más pulida y de razón, y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habían visto ni descubiertas en Indias; y que era de creer ser mucho más lo que no veían que lo que parecía, por tanto que debían dar muchas gracias á Dios y poblar allí, y entrar la tierra adentro á gozar la gracia y mercedes del Señor; y que para lo poder mejor hacer, le parecía asentar al presente allí, ó en el mejor sitio y puerto que hallar pudiesen, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no hól-gaban mucho con su venida y estada; y aun también para desde allí poder con más facilidad tener amistad y contratación con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Cempoallán y otros que había contrarios y enemigos de la gente de Motezuma, y que asentando y poblando, podían descargar los navios, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamaica, Boriquen y otras islas, ó á España por más gente, armas y caballos, y por más vestidos y bastimentos; y además de esto, era razón de enviar relación y noticia de lo que pasaba á España, al Emperador rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenían; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él quería, como su capitán, nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos los otros oficiales que eran menester para el

regimiento y buena gobernación de la villa que habían de hacer; los cuales rigiesen, vedasen y mandasen hasta tanto que el Emperador proveyese y mandase lo que más á su servicio conviniese; y tras esto, tomó la posesión de toda aquella tierra con la demás por descubrir, en nombre del emperador don Carlos, rey de Castilla. Hizo los otros autos y diligencias que en tal caso se requerían, y pidiólo así por testimonio á Francisco Fernández, escribano real, que presente estaba. Todos respondieron que les parecía muy bien lo que había dicho, y loaban y aprobaban lo que quería hacer; por tanto, que lo hiciese así como lo decía pues ellos habían venido con él para le seguir y obedecer. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios á cumplimiento de cabildo entero, en nombre del Emperador, su natural señor; y les entregó luego allí las varas, y puso nombre al concejo la villa rica de la Veracruz, porque el viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra. Tras estos autos, hizo luego Cortés otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernández Portocarrero y Francisco de Montejo, en que dejó, desistió y cedió en manos y poder de ellos, y como justicia real y ordinaria, el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes jerónimos, que residían y gobernaban en la isla Española por su majestad; y que no quería usar del poder que tenía de Diego Velázquez, lugarteniente de gobernador en Cuba por el almirante de las Indias, para rescatar y descubrir, buscando á Juan de Grijalba, por cuanto ninguno de todos ellos tenía mando ni jurisdicción en aquella tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban á poblar en nombre del rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos; y así lo pidió por testimonio, y se lo dieron.

Cómo los soldados hicieron á Cortés capitán y alcalde mayor

Los alcaldes y oficiales nuevos tomaron las varas y posesión de sus oficios, y se juntaron luego á cabildo, según y como en las villas y lugares de Castilla se suele y acostumbra juntar el concejo, y hablaron y trataron en él muchas cosas tocantes al provecho común y bien de la república, y al regimiento de la nueva villa y población que hacían; y entre ellas acordaron hacer su capitán y justicia mayor al mismo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase á la guerra y conquista, entre tanto que el Emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinación, fueron luego otro día á Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron como ellos tenían necesidad, entre tanto que el Emperador otra cosa proveía ó mandaba, de tener un caudillo para la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, y que fuese su capitán, su cabeza, su justicia mayor, á quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplidero, así al pueblo como al ejército, que le mucho rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrían más partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenía de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que así se lo requerían, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían por muy cierto que Dios y el Rey serían muy servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirían buena obra, y quedarían contentos y satisfechos que serían regidos con justicia, tratados con humildad, acaudillados con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos le elegían, nombraban y tomaban

por su capitán general y justicia mayor. dándole la autoridad posible y necesaria, y sometiéndose debajo de su mano, jurisdicción y amparo. Cortés aceptó el cargo de capitán general y justicia mayor á pocos ruegos, porque no deseaba otra cosa más por entonces. Elegido pues que fué Cortés por capitán, le dijo el cabildo que bien sabía como hasta estar de asiento y conocidos en la tierra, no tenían de qué se mantener sino de los bastimentos que él traía en los navíos; que tomase para sí y para sus criados lo que hubiese menester ó le pareciese, y lo demás se tasase en justo precio; y se lo mandase entregar para repartir entre la gente, que á la paga todos se obligarían, ó la sacarían de montón, después de quitado el quinto del Rey; y aun también le rogaron que se apreciase los navíos con su artillería en un honesto valor, para que de común se pagasen, y de común sirviesen en acarrear de las islas pan, vino, vestidos, armas, caballos, y las otras cosas que fuesen menester para el ejército y para la villa; porque así les saldría más barato que trayéndolo mercaderes, que siempre quieren llevar demasiados y excesivos precios; y si esto hacia, les haría muy gran placer y buena obra. Cortés les respondió que cuando en Cuba hizo su matalotaje y basteció la flota de comida, que no lo había hecho para revendérselo, como acostumbran otros, sino para dárselo, aunque en ello había gastado su hacienda y empeñádose; por tanto, que lo tomasen luego todo; que él mandaría y mandaba á los maestros y escribanos de las naos que acudiesen con todos los bastimentos que en ellas había, al cabildo; y que el regimiento lo repartiase igualmente por cabezas á raciones, sin mejorar ni aun á él mismo; porque en semejante tiempo y de tal comida, que no es para más de sustentar las vidas, tanto há menester el chico como el grande, el viejo como el mozo. De manera que, aunque debía más de siete mil ducados, se lo daba gracioso; y cuanto á lo de los navíos, dijo que se haría lo que más conviniese á todos, porque no disponía de ellos

sin primero hacérselo saber. Todo esto hacía Cortés por ganáries siempre más las voluntades y bocas, que había muchos que no le querían bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallán

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlán, que era al abrigo del peñón que decía Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navios gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iria por tierra aquellas ocho ó diez leguas que había del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navios se fueron costa á costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallán, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrojaba algo para ir al peñol; y á tres leguas andadas, llegó al río que parte término con tierras de Motezuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapie. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequenuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el río, y creyendo hallar á la ribera de él algún buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le

trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por do echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecía monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traían armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenían las orejas, narices y rostros con ansi grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallán; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venían, respondieron que á mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conocerle, pues no había querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallán; mas que le llevarían á una aldea que estaba de la otra parte del río y se parecía, donde, aunque era pequeña, tendría buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarian con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y más fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se había holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venia; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy

sin primero hacérselo saber. Todo esto hacía Cortés por ganáries siempre más las voluntades y bocas, que había muchos que no le querían bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallán

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlán, que era al abrigo del peñón que decía Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navios gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iria por tierra aquellas ocho ó diez leguas que había del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navios se fueron costa á costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallán, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrojaba algo para ir al peñol; y á tres leguas andadas, llegó al río que parte término con tierras de Motezuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapie. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequenuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el río, y creyendo hallar á la ribera de él algún buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le

trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por do echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecía monstruo, y que caballo y hombre era todo una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traían armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenian las orejas, narices y rostros con ansi grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallán; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venían, respondieron que á mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conocerle, pues no había querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallán; mas que le llevarian á una aldea que estaba de la otra parte del río y se parecía, donde, aunque era pequeña, tendría buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarian con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y más fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se había holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar no venia; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy

presto en ordenanza, y con los dos tirillos á punto, por si algo aconteciese. Desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también á vado, y luego vieron á Cempoallán, que estaría lejos una milla, toda de jardines y fresca y muy buenas huertas de regadio. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y más que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón; y de esta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un verjel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecían las casas. Á la puerta salieron muchas personas de lustre, á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrecer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeren á Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. Él les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y á la verdad, como ello fué imaginación, así fué imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de aquel patio ó cercado una buena hilera de aposentos, y al otro lado seis ó siete torres, por sí cada una, la una de ellas mucho más alta que las otras. Pasaron pues por allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin pre-

guntar nada, siguiendo todavía á los que guiaban, hasta llegar á las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y á par de sí dos caballeros, según su hábito y manera, que le traían del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, á fuer de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego á entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitán y á la gente; los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerse allí como en real y cabe los enemigos, y mandó que ninguno saliese fuera, por necesidad que tuviese, sin expresa licencia suya, so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

Lo que dijo á Cortés el señor de Cemporal

Otro día por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodón que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podían valer dos mil ducados. Dijole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no quería darle pesadumbre ni hablarle en negocios; y así, se despidió entonces como había hecho el día de antes, diciendo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Como él se fué, entraron con mucha comida guisada más indios

que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y así, de esta manera estuvieron allí quince días, proveídos abundantísimamente. Otro día envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á le ver y hablar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese á visitar. Respondió que le placía y que holgaba de ello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demás en el patio y aposentó con un capitán, y apercebidos muy bien, se fué á palacio. El señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calurosa, no fabrican en alto, más de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa y cimentan las paredes, que ó son de piedra ó adobes, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ú hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosa, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquetillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza pies y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Motezuma, y el señor no era nada necio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas. La suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razón de su venida, y de quién y á qué le enviaba, según y cómo la había dado en Tabasco y á Teudilli y á otros. Aquel cacique, después de haber oído con atención á Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habían vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de Méjico, Tenuchtulán, con su

gente de Culúa, habían usurpado, no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que á los principios entraban por vía de religión, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen de ello; y agora, que han caído en tan gran error, no pueden prevalecer contra ellos ni desechar el yugo de su servidumbre y tiranía, por más que lo han intentado tomando armas; antes cuanto más las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrecen y dan, con ponerles cierto tributo ó pecho, ó reconociéndoles por señores con algunas parias, los reciben y ampáranlos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen ó resisten y toman armas contra ellos, ó se rebelan después de una vez sujetos y entregados, castiganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Vitcilopuchtli, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y á la mujer, desde que el sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazón poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasión de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, de esta manera tratados de Motezuma, que hoy reina en Méjico, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto más amigo de tan bueno y justo príncipe, como le decían que era el Emperador, siquiera por salir de estas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada día, aunque no fuese por recibir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazón; mas tornando en sí, encareció la fortaleza y asiento de Méjico sobre agua, y engrandeció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Motezuma. Dijo asimismo como Tlaxcallán,

Huexocinco y otras provincias por allí, con más la serranía de los totonaques, eran de opinión contraria á mejicanos, y tenían ya alguna noticia de lo que había pasado en Tabasco; que si Cortés quería, que trataría con ellos una liga de todos que no bastase Motezuma contra ella. Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacía mucho á su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacía en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaría y aun se lo vendría, porque no venía sino á deshacer agravios y favorecer los presos, ayudar á los mezquinos y quitar tiranías, y fuera de esto, él y los suyos habían recibido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligación de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mismo haría con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venía, y que por ser de su parcialidad sería su amigo y les ayudaría en lo que mandasen. Despidióse con tanto Cortés, diciendo que había muchos días estado allí, y tenía necesidad de ver la otra su gente y navios que le aguardaban en Aquiahuiztlán, donde pensaba tomar asiento por algún tiempo, y donde se podrían comunicar. El señor de Cempoallán dijo que si quería estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navios para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parecían moriscas, una de las cuales traía mejores ropas de algodón y más labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dió á Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese á los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el dón con mucho contentamiento, por no enojar al dador, y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos

indios que le acompañasen á él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

Lo que avino á Cortés en Chiauíztlán

El día que partieron de Cempoallán llegaron á Aquiahuiztlán, y aún no eran los navios llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco más del peñón en un repecho que se llamaba Chiauíztlán; y como Cortés estaba ocioso, fué allí con los suyos en orden y con los de Cempoallán, que le dijeron que era de un señor de los opresos de Motezuma. Llegó al pie del cerró sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quisieranse apear, porque la subida era muy agra y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que había ni podía haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco á poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie, tenían algún engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traían un faraute que sabía la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totomo; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habían visto jamás, ni oído que hubiesen venido por aquellas partes, y que por esto se escondían; pero que como el señor de Cempoallán les había hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habían asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hacia su pueblo; y así, venían á recibirlos de parte de su señor y á guiarlos adonde habían de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una

plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un braserillo de barro con ascuas, echó una cierta resina que parece ánimo blanco y que huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es ceremonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo á todos los demás por donde había pasado. El señor le dijo casi lo mismo que el de Cempoallán, y aun con harto temor de Motezuma, no se enojase por le haber recibido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó que por qué, y dijéronle que porque venian aquellos recaudadores de las rentas de Motezuma, y temian que dijese cómo habían hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Motezuma era su amigo, y haría con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaría que le hubiesen recibido en su tierra; donde no, que él los defendería, porque cada uno de los que consigo traía, bastaba para pelear con mil de Méjico, como ya muy bien sabía el mismo Motezuma por la guerra de Potonchán. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decía; antes se quería levantar para recibir y aposentarlos: tanto era el miedo que á Motezuma tenían. Cortés detuvo al señor, y díjole: «Porque veáis lo que podemos yo y los míos, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de Méjico; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Motezuma á os enojar, ni aun él querrá, por mi respeto.» Con el ánimo

que de estas palabras cobró, hizo prender aquellos mejicanos, y porque se defendían les dieron buenos palos. Pusieron á cada uno por sí en prisión en un pie-de-amigo, que es un palo largo en que les atan los pies al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarían; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusieronlos á la redonda de él con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles también por guardia á la puerta de la sala, y fué á cenar á su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

Mensajería de Cortés á Motezuma

Cuando le pareció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par de ellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trujesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos de ellos, y los trujeron á la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conocía, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijese quién eran, qué querían, y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacín, y que tenían cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabían la causa por que los habían prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salían otras veces á recibir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creían que por

estar él allí con los otros compañeros, que diz que son inmortales, se les habían atrevido aquellos serranos, y aun que temian no matasen á los que presos quedaban, según eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Motezuma lo supiese; contra el cual holgarían de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solían hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no muriesen ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos; que recibiría Motezuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padecían mal por servirle bien. Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Motezuma fuese deservido, siendo su amigo: donde él estaba, ni sus criados maltratados; que había de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y á él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Motezuma, para los despachar luego á Méjico con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen á caminar, encomendándose á sus pies; no los cogiesen otra vez, que sería peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocía el pan, por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que de él habían recibido, que dijesen á Motezuma, su señor, cómo él lo tenía por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que había holgado hallarse allí á tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos á ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorecer y amparar los suyos, y mirar por todas sus cosas como por las propias; y que aunque su alteza no arrostraba á su amistad ni á la de los españoles, según lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adiós, y ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaría él de servirle siempre que hubiesen ocasión, y procurar por todas las vías á él posibles y ma-

nifiestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creído tenía, pues no había razón para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte á otra, que su alteza no huía ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era á la sustentación de la vida, sino que sus vasallos lo hacían pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conociendo que Dios los venía á ver en topar con criados del Emperador, de quien podían él y ellos todos recibir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaría de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él tendría tal forma, que no peligrasen; y así, prometía de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como á los dos que enviaba con este mensaje, sino por no enojar á los de aquel lugar, que le habían hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no pareciese que se lo pagaba ni agradecía mal en irles á la mano en cosa que hacían en su casa. Los mejicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

Rebelión y liga contra Motezuma por industria de Cortés

Cuando otro día amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hubo, y con estar esperando qué dirían ó harían los del pueblo, salió Cortés, y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que, según derecho natural, ni

merecían pena ni tenían culpa de lo que hacían sirviendo á su rey; mas, porque no se les fuesen aquellos, como habían hecho los otros, que se los confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y enviélos á las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas. Tras esto juntáronse á consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harían sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habían de decir en Méjico la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Unos decían que era bien y cumpliero á todos enviar el pecho á Motezuma y otros donas, con embajadores, para aplacarle la ira y enojo, y á disculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habían hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mejicana. Otros decían que muy mejor era desechar el yugo que tenían de esclavos, y no reconocer más á los de Méjico, que eran malos y tiranos, pues tenían en su favor aquellos medio dioses é invencibles caballeros españoles, y tendrían otros muchos vecinos que les ayudarían. Resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasión, y rogaron á Fernando Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitán y defensor, pues por él se habían puesto en aquello; que, ó enviase Motezuma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados rompér con él y hacerle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con aquellas cosas; ca le parecía que por allí iban allá. Respondióles que mirasen muy bien lo que hacían; que Motezuma, á lo que tenía entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querían, que él los capitanearía y defendería seguramente; que más quería su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso quería saber qué tanta gente podrían juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haría. Cortés entonces dijo que enviasen luego á todos los de su parcialidad y enemigos de Motezuma á los avisar y aperebir de aquello, y á

certificarles de la ayuda que tenían de los españoles. No porque él tuviese necesidad de ellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por acaso Motezuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque también si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponía, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les pareció, á les hacer saber lo que tenían acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de Méjico en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Motezuma. Quiso Cortés revolver á éstos, para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podía. Hizo prender los alguaciles; soltólos; congracióse de nuevo con Motezuma; alteró aquel pueblo y la comarca; ofrecióseles á la defensa, y dejó los rebelados para que tuviesen necesidad de él.

Fundación de la villa rica de la Veracruz

Á esta sazón estaban ya los navios detrás del peñol; fué á verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otros allí cerca, y los que traía consigo de Cempoallán, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó; á quien llamó la villa rica de la Veracruz, como habían acordado cuando se nombró el cabildo de San Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares á los vecinos y regi-

miento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazóse asimismo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que pareció conveniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios á labrar de tapiería, que es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en fabricar, vinieron de Méjico dos mancebos, sobrinos de Motezuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodón, bien llena y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Motezuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber de ella. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen á los otros; que fuese cierto que lo mismo haría él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aún estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le quería bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habían hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harían otro exceso y delito, por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantísimos, no podía declararse al presente dónde ó cómo se viésen; mas que andando el tiempo no faltaría manera. Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del río, en chozas y en unas tendezueltas de campo, y envió luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiauiztlán. Vino, y díjole cuanta verdad le había tratado, y cómo Motezuma no osaría enviar ejército ni

hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podían de allí en adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mejicana, y no acudir con los tributos que solían; mas que le rogaba no le tuviese á malo si soltaba los presos y los daba á los embajadores. Él le respondió que hiciese á su voluntad, que, pues de ella colgaban, no excederían un punto de lo que mandase. Bien podía Cortés tener estos tratos entre gente que no entendía por do iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo, y los embajadores á Méjico, y todos muy contentos; porque él esparció luego aquellas nuevas y el miedo que Motezuma tenía á los españoles, por toda la sierra de los Totonagues, é hizo armas á todos, y quitar á Méjico los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dió Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y hierro; y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

Cómo tomó Cortés á Tizapanceca por fuerza

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallán á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnición de Culúa, que tenía Motezuma en Tizapanceca, que les hacía muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confina Tizapanceca con los Totonagues y tierras de Cempoallán, y es un buen lugar y fuerte; ca tiene su asiento á par de un río, y la fortaleza en un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se le rebelaban, tenía Motezuma puesta allí gran copia de hombres de guarnición; los cuales, como vieron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venían á guarecer allí huyendo los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salían á remediar la rebelión, y

en castigo, quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallán, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó más de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á más correr. Estaba cerca la guarida, y acogieron presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan áína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Motezuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputación para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrecía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Motezuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navios, y las vituallas y provisiones que había; y entregóselas al cabildo, como lo tenía prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al rey la relación de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habían habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del rey, á Alonso de Ávila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecía bien todo lo que había dicho, y que se hiciese luego; y que no sólo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego, tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenían allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que había, y que pesó veintisiete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos di-

en castigo, quemaban y destruían cuanto hallaban, y aun habían prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallán, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó más de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á más correr. Estaba cerca la guarida, y acogieron presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan áína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podían subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Motezuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputación para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrecía, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitán y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendía. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él había comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la había dejado dando carena; el cual traía setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendía él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Motezuma, y por dejarlo todo asentado y como debía estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar orden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navios, y las vituallas y provisiones que había; y entregóselas al cabildo, como lo tenía prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al rey la relación de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habían habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del rey, á Alonso de Ávila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parecía bien todo lo que había dicho, y que se hiciese luego; y que no sólo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego, tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodón que tenían allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que había, y que pesó veintisiete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos di-

jeron y respondieron que no tenían que repartir, porque sacando el quinto que al rey pertenecía, era lo demás menester para pagarle á él los bastimentos que les daba, y la artillería y navíos que servían de común á todos. Por eso, que se lo tomase todo, y enviase al rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo había para tomar él aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas, y que de presente no quería más parte de lo que le tocaba como á su capitán general, y lo demás fuese para que aquellos hidalgos comenzasen á pagar las deudillas que traían por venir con él en esta empresa; y porque lo que él tenía ojo á enviar al rey, valía más que lo que le venía del quinto, rogóles no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no se sufrían partir ni fundir, si excediese de lo acostumbrado, no curando de quintar á peso ni suertes; y como halló en todos ellos buena voluntad, apartó del montón lo siguiente:

Las dos ruedas de oro y plata que dió Teudilli de parte de Motezuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en que había ciento ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y doscientas treinta y dos pedrezuelas, como rubíes, de no mucho valor; colgaban de él veintisiete campanillas de oro y unas cabezas de perlas ó berruecos.

Otro collar de cuatro trozos torcidos, con ciento y dos rubinejos, y con ciento setenta y dos esmeraldejas; diez perlas buenas no mal engastadas, y por orla veintiséis campanillas de oro. Entrambos collares eran de ver, y tenían otras cosas primas sin las dichas.

Muchos granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrión de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedrería, y por bebederos veinticinco campanillas de

oro, y por cimera un ave verde, con los ojos, pico y pies de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas alrededor, y por la cubierta piedras.

Un brazaletes de oro muy delgado.

Una vara, como cetro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenían la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y transparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnecidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de latón morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo y desollado, que eran de león, de tigre, de águila y de un buarro.

Muchos cueros de aves y animales, adobados con su misma pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas de oro y pluma y aljófar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso cocodrilo, con muchos hilos de oro gordo al redor.

Una barra de latón, y de lo mismo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnecido de oro, y otros chicos.

Muchas mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Muchas plumas muy gentiles y de todas colores, no teñidas, sino naturales.

Muchos plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófar.

Muchos ventalles y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodón tejido, de muchas colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, paliños, frontales y ornamentos de templos y altares.

Muchas otras de estas mantas de algodón, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas, verdes, amarillas, azules, y otros colores así. Mas del envés sin pelo ni color, y de fuera vellosas como felpa.

Muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodón; cosas de hombre.

Muchas mantas de cama, paramentos y alombras de algodón.

Eran estas cosas más lindas que ricas; aunque las ruedas cosa rica era, y valía más la obra que las mismas cosas, porque los colores del lienzo de algodón eran finísimos, y los de pluma naturales. Las obras de vaciadero excedían el juicio de nuestros plateros; de los cuales hablaremos después en conveniente lugar. Pusieron también con estas cosas algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos, cogidos como paños, escritos de todas partes. Unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de metal, que sirven de papel; cosa harto de ver. Pero como no los entendieron, no les estimaron. Tenían á la sazón los de Cempoallán muchos hombres para sacrificar. Pidióselos Cortés para enviar al Emperador con el presente, porque no los sacrificasen. Mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarían sus dioses y les quitarían el maiz, los hijos y la vida, si se los daban. Todavía les to-

mó cuatro de ellos y dos mujeres; los cuales eran mancebos dispuestos. Andaban muy bien emplumajados, y bailando por la ciudad, y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuánto les ofrecían y miraban. Traían á las orejas arracadas de oro turquesas, y unos gordos sortijones de lo mismo á los bezos bajos, que les descubrían los dientes, cosa fea para España, mas hermosa para aquella tierra.

-Cartas del cabildo y ejército para el Emperador por la gobernación para Cortés

Como el presente y quinto para el Rey estuviese apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrasen dos procuradores que lo llevasen; que á los mismos daría él también su poder y su nao capitana para llevarlo. En regimiento señalaron á Alonso Hernández Portocarrero, y á Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó de ello; y dióles por piloto á Antón de Alaminos; y como iban en nombre de todos, tomaron del montón tanto oro que les pareció bastar para venir y negociar y volverse. Y lo mismo fué del matalotaje para la mar. Cortés les dió su poder para sus negocios muy cumplido y llenero, y una instrucción de lo que habían de pedir en su nombre, y hacer en corte y en Sevilla y en su tierra; que era dar á su padre Martín Cortés y á su madre ciertos castellanos, y las nuevas de su prosperidad. Envió con ellos la relación y autos que tenía de lo pasado, y escribió una muy larga carta al Emperador. Llamólo así, aunque allá no sabían; en la cual le daba cuenta y razón sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velázquez; de las cosas que andaban en el real, de los trabajos que todos habían padecido, de la voluntad que tenían á su real ser-

vicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenía de sujetarla á su corona real de Castilla; y ofrecióse á ganarle á Méjico, y á haber á las manos al gran rey Motezuma vivo ó muerto; y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que había de enviar en aquella tierra, descubierta á costa suya, para remuneración de los trabajos y gastos hechos. El cabildo de la Veracruz escribió asimismo al Emperador dos letras. Una en razón de lo que hasta entonces habían hecho en su real servicio aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta; y en ella no firmaron sino alcaldes y regidores. La otra fué acordada y firmada del cabildo y de todos los más principales que había en el ejército. La cual en sustancia contenía cómo todos ellos tenían y guardarían aquella villa y tierra, en su real nombre ganada; ó morirían por ello y sobre ello, si otra cosa su majestad no mandase. Y suplicáronle humildemente diese la gobernación de elló y de lo que más conquistasen á Fernando Cortés, su caudillo y capitán general, y justicia mayor por ellos propios electo, que era merecedor de todo; y que más había hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada, confirmándolo en el cargo que ellos mismos le dieron de su propia voluntad, para mejoría y seguridad suya, en nombre empero de su majestad; y si por ventura había ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernación á otra persona, que lo revocase, por cuanto así convenía á su servicio, y al bien y acrecentamiento de ellos y de aquellas partes, y también por evitar ruidos, escándalos, peligros y muertes, que se seguirían si otro los gobernase y mandase, y entrase por su capitán. Allende de esto, le suplicaron por respuesta con brevedad y buen despacho de los procuradores de aquella su villa, en cosas que tocaban al concejo de ella. Partieron pues Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo y Antón de Alaminos, de Aquiahuiztlán y Villarica, en una razonable nave, á 26 días del mes de Ju-

lio del año 1519, con poderes de Fernando Cortés y del concejo de la villa de la Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relación que dicho tengo. Tocaron de camino en el Marién de Cuba; y diciendo que iban á la Habana, pasaron sin detenerse por el canal de Bahama, y navegaron con harto próspero tiempo hasta llegar á España. Escribieron esta carta los de aquel concejo y ejército, recelándose de Diego Velázquez, que tenía muchísimo favor en la corte y consejo de Indias; y porque andaba ya la nueva en el real, con la venida de Francisco de Salceda, que Diego Velázquez había habido la merced de la gobernación de aquella tierra del Emperador, con la ida á España de Benito Martín. Lo cual, aunque ellos no lo sabían de cierto, era muy gran verdad, según en otra parte se dice.

El motín que hubo contra Cortés, y el castigo

Hubo muchos en el real que murmuraron de la elección de Cortés, porque con ella excluían de aquella tierra á Diego Velázquez, cuyas partes tenían, unos como criados, otros como deudores, y algunos como amigos; y decían que había sido por astucia, halagos y soborno; y que la disimulación de Cortés en hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fué fingida, y que no pudo ser hecha ni debía valer la tal elección de capitán y alcalde mayor, sin autoridad de los frailes jerónimos que gobernaban las Indias, y de Diego Velázquez, que ya tenía la gobernación de aquella tierra de Yucatán, según fama. Cortés entendió esto; informóse quién levantaba la murmuración; prendió los principales y metiólos en una nao; mas luego los soltó por complacer á todos, que fué causa de peor, por cuanto aquellos mismos quisieron después alzarse con un bergantín, matando al maestre, é irse á Cuba con él, á avisar á Diego Velázquez de lo que pasaba, y del gran presente que

Cortés enviaba al Emperador, para que se lo quitase á los procuradores al pasar por la Habana, juntamente con las cartas y relación, porque no las viese el Emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demás. Cortés entonces se enojó de veras. Prendió muchos de ellos; tomóles sus dichos, en que confesaron ser verdad aquello. Por lo cual condenó los más culpados, según el proceso y tiempo. Ahorcó á Juan Escudero y á Diego Cermeño, piloto. Azotó á Gonzalo de Umbria, que también era piloto, y á Alonso Peñate. Á los demás no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en más que hasta allí; y á la verdad, si fuera blando, nunca los señoreara, y si se descuidara, se perdía; porque aquellos avisaran con tiempo á Diego Velázquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones; que aun después la procuró tomar, enviando tras ella una carabela armada; ca no pasaron tan secretos Montejo y Portocarrero por la isla de Cuba, que no entendiese Diego Velázquez á la que iban.

Cortés da con los navíos al través

Propuso Cortés de ir á Méjico, y encubrialo á los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Teudilli con otros ponía, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran y aun se amotinarian de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó á otros pilotos que echa-

sen fama cómo los navíos no estaban para más navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él, estando con muchos, á se lo decir así, como que le daban cuenta de ello, para que después no les echase culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navíos no podían más navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovecharen de ellos lo que más pudiesen, y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navíos, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podían aprovechar. Dende á poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. Él los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver á Cuba en el navío que para eso quedaba; lo cual fué para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse de ellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba; mas eran marineros los medios, y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mismo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navío, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitán, pero de muy confiado, y cual convenia para su propósito, aunque perdía mucho en los navíos, y quedaba sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos de estos hay, y aquellos son

de grandes hombres, como fué Omich Barbaroja, del brazo cortado, que pocos años antes de esto quebró siete galeotas y fustas por tomar á Bujía, según largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos.

Que los de Cempoallán derrocaron sus ídolos por amonestación de Cortés

No veía Cortés la hora de ser con Motezuma. Publicó su partida; sacó del cuerpo del ejército ciento y cincuenta españoles, que le parecieron bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza, que ya estaba casi acabada. Dióles por capitán á Pedro de Hircio, y dejólos en ella con dos caballos y otros dos mosquetes, y con hartos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda, que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda, amigos y aliados, de los cuales podían sacar cincuenta mil combatientes y más, siempre que algo se les recreciese y los hubiesen menester; y él fuése con los demás españoles á Cempoallán, que está cuatro leguas de allí, donde apenas había llegado, cuando le fueron á decir que andaban por la costa cuatro navios de Francisco de Garay. Tornóse luego, por aquellas nuevas, con los españoles á la Veracruz, sospechando mal de aquellos navios. Como llegó, supo que Pedro de Hircio había ido á ellos á informarse quiénes eran y qué querían, y á convidarlos á su pueblo para si algo habían menester. Supo asimismo que estaban surtos tres leguas de allí, y fué allá con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, á ver si alguno de aquellos navios salía á tierra para tomar lengua, é informarse qué buscaban, temiendo mal de ellos, pues no habían querido surgir allí cerca ni entrar en el puerto y lugar, pues los convidaban á ello. Y ya que había andado hasta una legua, encontró tres españoles de los navios, de los cuales uno dijo ser escribano, y los dos testigos, que venían á le

notificar ciertas escrituras que no mostraron, y á hacerle requerimiento que partiese con el capitán Garay, de aquella tierra, echando mojones por parte conveniente, por cuanto pretendia también él aquella conquista por primero descubridor, y porque quería asentar y poblar en aquella costa, veinte leguas de allí, hacia poniente, cerca de Nahutlán, que ahora se dice Almería.

Cortés les dijo que tornasen primero á los navios, á decir á su capitán que se viniese á la Veracruz con su armada, y que allí hablarían, y se sabría de qué manera venía; y si traía alguna necesidad, que se la remediaria como mejor pudiese; y si venía, como ellos decían, en servicio del rey, que no deseaba él cosa más que guiar y favorecer á los semejantes, pues estaba allí por su alteza, y eran todos españoles. Ellos respondieron que por ninguna manera el capitán Garay ni hombre de los suyos saldría á tierra ni vendría donde estaba. Cortés, vista la respuesta, entendió el negocio. Prendiólos y púsose tras un médano de arena alto, y frontero de las naos, ya que casi era de noche, donde cenó y durmió, y estuvo hasta bien tarde del día siguiente, esperando si el Garay ó algún piloto, ó cualquiera otra persona saltaría en tierra, para tomarlos é informarse de lo que habían navegado, y del daño que dejaban hecho, que por lo uno los enviara presos á España, y por lo otro supiera si habían hablado con gente de Motezuma. Conociendo, en fin, que se recelaban mucho, creyó que por algún mal recaudo ó despacho; hizo á tres de los suyos que trocasen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen á la lengua del agua, llamando y capeando á los de las naos; de las cuales, ó porque conocieron los vestidos, ó porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en un esquife con ballestas y escopetas. Los de Cortés, que tenían los vestidos ajenos, se apartaron á unas matas como que á la sombra, que hacía recio sol y era mediodía, por no ser conocidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros y dos balleste-

ros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros. Arremetió luego Cortés con otros muchos, y tomaronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque también se quisieron defender; y el uno de ellos que era piloto y traía escopeta, encaró al capitán Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matara. Como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron más, é hicieron vela antes que su esquiife llegase. De estos siete que hubo á las manos se informó Cortés cómo Garay había corrido mucha costa en demanda de la Florida, y tocado en un río y tierra cuyo rey se llamaba Pánuco, donde vieron oro, aunque poco, y que sin salir de las naves habían rescatado hasta tres mil pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado ni visto había contentado al Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relación ni recaudo á Cempoallán con los mismos cien españoles que trajera, y primero que de allí saliese, acabó con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que también reverenciaban como á dioses, y adorasen á Dios del cielo, y la cruz que les dejaba, é hizo amistad y confederación con ellos y con otros lugares vecinos, contra Motezuma, y ellos le dieron rehenes para que estuviere más cierto y seguro que le serian siempre leales y no faltarian de la fe y palabra dada, y que abastecerian los españoles que dejaba de guarnición en la Veracruz, y ofrecieronles cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes, que fueron hartos, mas los principales eran Mamexi, Teuch y Tamalli, y para servicio al ejército de agua y leña y para carga pidió mil tamemes. Tamemes son bastajes, hombres de carga y recua, que llevan á cuestas dos arrobas de peso por do quiera que los traen. Estos tiraban la artillería y llevaban el hato y comida.

El encarecimiento que Olintlec hizo del poderío de Motezuma

Partió pues Cortés de Cempoallán, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 días de Agosto del mismo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mil trescientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Cempoallán no había vasallo de Motezuma en su ejército que los guiase camino derecho de Méjico; que todos eran idos, ó por miedo, como vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Cempoallán no lo sabian bien. Las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fué muy bien recibido y hospedado, en especial en Xalapán. El cuarto día llegó á Sicuchimatl, que es un fuerte lugar, puesto ladera de una muy agra sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en él, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada, con dificultad subieran por allí los peones, cuanto más los caballeros. Pero, según después pareció, tenían mandado de Motezuma que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban á ver á su señor Motezuma, que supiese de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas y alquerías en lo llano. Sacaba de allí Motezuma, cuando había menester, cinco mil hombres de pelea. Cortés agradeció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento, y la buena voluntad de Motezuma; y despedido de él, fué á pasar una sierra bien alta por el puerto que llamó del Nombre de Dios, por ser el primero que pasaba; el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, ca tiene tres leguas de subida. Hay en ella muchas parras con uvas,

y árboles con miel; en bajando aquel puerto, entró en Theuhixuacán, que es otra fortaleza y villa, amiga de Motezuma, donde acogieron á los nuestros como en el pueblo atrás. Desde allí anduvo tres días por tierra despoblada, inhabitable, salitral. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucha más de sed, á causa de ser toda la agua que toparon salada, y muchos españoles que á falta de agua dulce bebieron de ella, enfermaron. Sobrevinieron asimismo un turbión de piedra, y con ella un frío que los puso en harto trabajo y aprieto, ca los españoles pasaron muy mala noche de frío, sobre la indisposición que llevaban, y los indios cuidaron perecer; y así, murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. Á la cuarta jornada de mala tierra tornaron á subir otra sierra no muy agra, y porque hallaron en la cumbre de ella mil carretadas, á lo que juzgaron, de leña cortada y compuesta, junto de una torrecilla, en que había algunos ídolos, le llamaron el puerto de la Leña. Dos leguas pasado el puerto, era la tierra estéril y pobre, mas luego dió el ejército en un lugar que dijeron Castilblanco, por las casas del señor, que eran de piedra, nuevas, blancas, y las mejores que hasta entonces habían visto en aquella tierra, y muy bien labradas; de que no poco se maravillaron todos. Llámase en su lenguaje Zaclotán aquel lugar, y el valle Zacatami y el señor Olintec; el cual recibió á Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenía mandamiento de Motezuma que lo honrase, según después él mismo dijo, y aun por aquella nueva y mandamiento ó favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en hombros y hamacas, que es casi en andas. Cortés les habló con sus farantes, que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que á los de hasta allí decía siempre, y al cabo le preguntó si conocía ó reconocía á Motezuma.

Él, como maravillado de la pregunta, respondió: «Pues ¿quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Motezumacin?» Entonces Cortés le dijo quién era el Emperador, rey de España, y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decía, y si tenía oro, que le diese un poco para enviarle. Á esto respondió que no saldría de la voluntad de Motezuma, su señor, ni daría, sin que él se lo mandase, oro ninguno, aunque tenía harto. Cortés calló á esto y disimuló, que le pareció hombre de corazón, y los suyos gente de manera y de guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Motezuma, y respondió que era señor del mundo; que tenía treinta vasallos con cada cien mil combatientes; que sacrificaba veinte mil personas cada año; que residía en la más linda y fuerte ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa; su riqueza increíble, su gasto excesivo; y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque á la verdad era grandísima carnicería la suya de hombres muertos en sacrificios por cada templo, y algunos españoles dicen que sacrificaban, años había, cincuenta mil. Estando así en estas pláticas, llegaron dos señores en el mismo valle á ver los españoles, y presentaron á Cortés cada cuatro esclavas, y sendos collares de oro de no mucha valía. Olintec, aunque tributario de Motezuma, era gran señor y de veinte mil vasallos. Tenía treinta mujeres todas juntas y en su propia casa, con más de cien otras que las servían. Tenía dos mil criados para su servicio y guarda; el pueblo era grande, y había en él trece templos, con cada muchos ídolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas, con sahumerios y mucha veneración. Aquí, y por su territorio, tenía Motezuma cinco mil soldados en guarnición y frontera, y postas de hombres en parada hasta Méjico. Nunca Cortés hasta aquí había entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderio de Motezuma; y aunque se le represen-

taban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida á Méjico, oyendo aquello, que á muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir á verlo; y porque tenía de pasar para ir allá por Tlaxcallán, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generación, despachó cuatro cempoallaneses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallán y confederados, les ofreciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber cómo iban á su pueblo aquellos pocos españoles á los ver y servir, por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallán harían otro tanto con él, como los de Cempoallán, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habían siempre dicho verdad, que también entonces los podría creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarían serlo asimismo de él y de sus compañeros, pues eran inimicísimos de Motezuma, y aun que irían de buena gana con él á Méjico, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenían de librarse y vengarse de las injurias y daños que habían recibido, de muchos años á esta parte, de la gente de Culúa. Holgó Cortés en Zaclotán cinco días, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacía en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento á Olintec, y fuése á un lugar que está dos leguas río arriba, y que era de Iztacmixtlitán, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, á lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de más de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y á una parte de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbacasas y

honda cava. Reposó allí tres días para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotán, á ver qué respuesta traerían.

El primer reencuentro que Cortés hubo con los de Tlaxcallán

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zaclotán sin otra inteligencia de Tlaxcallán. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte pies, y con un pretil de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra á la otra, y no tenía más de una sola entrada de diez pasos, y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellín, por trecho y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte, y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la había hecho, le dijo Iztacmixtlitán, que le acompañó hasta ella, que estaba para atacar, como mojón, sus tierras de las de Tlaxcallán, y que sus antecesores la habían hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venían á los robar y matar por amigos y vasallos de Motezuma. Grandeza les pareció á nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar, arrojando un poco; pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallán debían ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponían delante.

Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitán que ciaba y temía de ir adelante, y dijo y rogó al capitán que no fuese por allí, pues era su

taban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida á Méjico, oyendo aquello, que á muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas más maravillas le decían de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponían de ir á verlo; y porque tenía de pasar para ir allá por Tlaxcallán, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y belicosísima generación, despachó cuatro cempoallaneses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallán y confederados, les ofreciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber cómo iban á su pueblo aquellos pocos españoles á los ver y servir, por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallán harían otro tanto con él, como los de Cempoallán, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habían siempre dicho verdad, que también entonces los podría creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarían serlo asimismo de él y de sus compañeros, pues eran inimicísimos de Motezuma, y aun que irían de buena gana con él á Méjico, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenían de librarse y vengarse de las injurias y daños que habían recibido, de muchos años á esta parte, de la gente de Culúa. Holgó Cortés en Zaclotán cinco días, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacía en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento á Olintec, y fuése á un lugar que está dos leguas río arriba, y que era de Iztacmixtlitán, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, á lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de más de cinco mil vecinos, y puesto en un cerro alto, y á una parte de él está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbancas y

honda cava. Reposó allí tres días para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotán, á ver qué respuesta traerían.

El primer reencuentro que Cortés hubo con los de Tlaxcallán

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zaclotán sin otra inteligencia de Tlaxcallán. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte pies, y con un pretil de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra á la otra, y no tenía más de una sola entrada de diez pasos, y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellín, por trecho y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte, y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la había hecho, le dijo Iztacmixtlitán, que le acompañó hasta ella, que estaba para atacar, como mojón, sus tierras de las de Tlaxcallán, y que sus antecesores la habían hecho para impedir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venían á los robar y matar por amigos y vasallos de Motezuma. Grandeza les pareció á nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar, arrojando un poco; pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallán debían ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponían delante.

Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitán que ciaba y temía de ir adelante, y dijo y rogó al capitán que no fuese por allí, pues era su

amigo é iba á ver á su señor, ni curase de atravesar por tierra de los de Tlaxcallán, que por ventura por quedar su amigo, le harían algún daño y le serían malos, como con otros solían, y que él le guiaría y llevaría siempre por tierras de Motezuma, donde sería bien recibido y proveído, hasta llegar á Méjico. Mamexi y los otros de Cempoallán le decían que tomasen su consejo, y en ninguna manera fuese por do Iztacmixtlitán le quería encaminar, que era por le desviar de la amistad de aquella provincia, cuya gente era honrada, buena y valiente, y no quería que se juntase con él para contra Motezuma, y que no le creyese; que eran él y los suyos, unos malos, traidores y falsos, y le meterían donde no pudiese salir, y allí los comerían y matarían. Cortés estuvo suspenso una pieza con lo que unos y otros le decían; pero á la postre arrimóse al consejo de Mamexi, porque tenía más concepto de los de Cempoallán y aliados, que no de los otros, y por no mostrar miedo; y así, prosiguió el camino de Tlaxcallán, que comenzó. Despidióse de Iztacmixtlitán, tomó de él trescientos soldados, y entró por aquella puerta de la cerca, y luego con mucha orden y buen recaudo en todo, caminó, llevando á punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que se adelantaban media y una legua á descubrir el campo, para si algo hubiese, que con tiempo volviese á concertar su gente, y á escoger buen lugar para batalla ó para real; así que, andadas más de tres leguas desde la cerca, mandó decir á la infantería que caminase apriesa, que era tarde, y él fuése con los de caballo cuasi una legua adelante, donde en encumbrando una cuesta, dieron los dos de caballo que iban delanteros en unos quince hombres con espadas y rodelas, y con unos penachos que acostumbra traer en la guerra; los cuales eran escuchas, y como vieron los de caballo, echaron á huir de miedo ó por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros á caballo, y por más que voceó ni señas hizo, no quisieron esperar; y porque no se les fuesen sin tomar

lengua, corrió tras ellos con seis caballos, y alcanzólos ya que estaban juntos y remolinados con determinación de morir antes que rendirse; y señalándoles que estuviesen quedos, se juntó á ellos, pensando tomarlos á manos y á vida; pero ellos no curaron sino de esgrimir; y así, hubieron de pelear con ellos. Defendiéronse tan bien un rato de los seis, que hirieron dos de ellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y según algunos que lo vieron, cortaron cercén de un golpe cada pescuezo con riendas y todo. En esto llegaron otros cuatro de caballo, y luego los demás, con uno de los cuales envió Cortés á llamar corriendo la infantería, porque allegaban ya bien cinco mil indios en un ordenado escuadrón, á socorrer y remediar los suyos, que los habían visto pelear; mas llegaron tarde para ello, porque ya eran todos muertos y alanceados, con enojo que mataron aquellos dos caballos, y no se quisieron rendir. Todavía pelearon con los de caballo, de muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca los peones y artillería y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiráronse entonces, dejando el campo á los nuestros. Los de caballo salían y entraban en los enemigos, arremetiendo á su salvo por más que eran, sin recibir daño, y mataron hasta setenta de ellos. Luego que se fueron, enviaron á nuestro ejército á decir al capitán con dos de los mensajeros que allá tenían días había, y con otros suyos, cómo los de Tlaxcallán decían que ellos no sabían de lo que habían hecho aquellos, que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba, y que pagarían los caballos por ser en su tierra, y que fuesen mucho enhorabuena á su pueblo, que holgarían de acogerlos y ser sus amigos, porque les parecían valientes hombres. Todo era recado falso. Cortés se lo creyó, y les agradeció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iría, como ellos querían, á ser su amigo, y que no tenía necesidad de paga por sus caballos, porque presto le vendrían muchos de ellos. Mas Dios sabe cuánto le pesaba de la falta que le hacían, y de

que supiesen los indios que los caballos morían y se podían matar. Pasó Cortés casi una legua más adelante de do fué la muerte de los caballos, aunque era casi puesta del sol, y venía su gente cansada de haber caminado mucho aquel día, por poner su real en lugar fuerte y de agua; y así, lo asentó cabe un arroyo, donde estuvo esta noche con miedo y con recado de centinelas á pie y á caballo, mas ningún sobresalto le dieron los enemigos; y así, pudieron los suyos reposar más descansados que pensaban.

Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres
contra Cortés

Otro día con el sol partió Cortés de allí con su escuadrón bien concertado, y en medio del fardaje y artillería, y ya que llegaban á un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensajeros de Cempoallán que fueron de Zaclotán, que venían llorando, y dijeron cómo los capitanes del ejército de Tlaxcallán los habían atado y guardado, mas que se habían ellos soltado y escapado aquella noche, porque los querían sacrificar luego en siendo de día, al dios de la victoria, y comérselos para dar buen comienzo á la guerra, y en señal que así tenían de hacer á los barbudos y á cuantos venían con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando á menos de tiro de ballesta asomaron por detrás un cerrillo hasta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subía hasta el cielo, á tirar dardos, piedras y saetas á los nuestros. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farantes, rogando y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos, como si hubiera de aprovechar ó entendieran lo que era; y como cuanto más les decían, tanta más prisa ellos se daban á combatir, pensando desbaratarlos, ó meterlos en juego para que los siguie-

sen hasta llevarlos á una celada de más de ochenta mil hombres, que les tenían parada entre unas grandes quebradas de arroyos que atravesaban el camino y hacían mal paso. Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras; trabóse una gentil contienda, porque aquellos mil eran tantos como los que de nuestra parte combatían, y diestros y valientes hombres, y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo, ó por cansados, ó por meter los enemigos en el garlito do pensaban tomarlos á bragas enjutas, comenzaron de aflojar y á retirarse hacia los suyos, no desbaratados, sino cogidos. Los nuestros, encendidos en la pelea y matanza, que no fué chica, siguiéronlos con toda la gente y fardaje, y cuando menos se cataron, entraban en las acequias y quebradas, y entre infinitísimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasáronlos con harto temor y trabajo, por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban; de los cuales hubo muchos que arremetieron á los de caballo en aquellos malos pasos á les quitar las lanzas: tan osados eran. Muchos españoles quedarán allí perdidos si no les ayudaran los indios amigos. Ayudólos también mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvía de cuando en cuando á concertar el escuadrón y animar su gente. Salieron en fin de aquellas quebradas á campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos y jugar la artillería; dos cosas que hicieron harto daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad; y así, luego huyeron todos. Quedaron este día en el un rencuentro y en el otro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias á Dios, que los libró de tanta multitud de enemigos; y muy alegres con la victoria, se subieron á poner real en Teocacincó, aldea de pocas casas, que tenía una torre-cilla y templo, donde se hicieron fuertes, y muchas cho-

zas de paja y rama, que trajeron después los tamemes. Hicieronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Cempoallán y de Iztamixtlitán, que les dió Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad. Durmieron aquella noche, que fué la primera de setiembre, los nuestros mal sueño, con recelo no les sobresalteasen los enemigos; pero ellos no vinieron, que no acostumbran pelear de noche; y luego en siendo día envió Cortés á rogar y requerir á los capitanes de Tlaxcallán con la paz y amistad, y á que le dejasen pasar con Dios por su tierra á Méjico; que no iba á les hacer enojo ni mal ninguno. Dejó doscientos españoles y la artillería y tamemes en el real, tomó otros doscientos, y los trescientos de Iztamixtlitán y hasta cuatrocientos cempoallaneses, y salió á correr el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se hubiesen de juntar. Fué, quemó cinco ó seis lugares, y volvióse con hasta cuatrocientas personas presas, sin recibir daño, aunque le signieron peleando hasta la torre y real, donde halló la respuesta de los capitanes contrarios, la cual era que otro día vendrian á verle y á responderle, como vería. Cortés estuvo aquella noche muy á recaudo, ca le pareció brava respuesta y determinada para hacer lo que decían, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento y cincuenta mil hombres para venir sobre él otro día, y tragarse vivos los españoles, á quien querían muy mal, creyendo ser muy grandes amigos de Motezuma, al cual deseaban la muerte y todo mal; y era así verdad, porque los de Tlaxcallán juntaron toda la gente posible para tomar los españoles, y hacer de ellos los más solemnes sacrificios y ofrendas á sus dioses que jamás se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne, que llamaban celestial. Repártese Tlaxcallán en cuatro cuarteles ó apellidos, que son Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Cuyahuiztlán, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso,

los del Agua. Cada apellido de estos tiene su cabeza y señor, á quien todos acuden y obedecen, y éstos así juntos hacen el cuerpo de la república y ciudad. Mandan y gobiernan en paz, y en guerra también; y así, aquí en ésta hubo cuatro capitanes, de cada cuartel el suyo; mas el general de todo el ejército fué uno de ellos mismos que se llamaba Cicotencalt, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad, que es una grúa de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argentería. Traíala detrás de toda la gente, como es su costumbre estando en guerra; que si no, delante va. El segundo capitán era Maxixcacín. El número de todo el ejército era casi ciento y cincuenta mil combatientes. Tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos, aunque después amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes, con todo su ejército, que cubría el campo, á ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no más en medio, el otro día siguiente, como prometieron, y antes que amaneciese. Era gente muy lucida y bien armada, según ellos usan, aunque venían pintados con bija y jagua, que mirados al gesto parecían demonios. Traían grandes penachos, y campeaban á maravilla; traían hondas, varas, lanzas, espadas, que acá llaman bisarmas; arcos y flechas sin yerbas; traían asimismo cascos, brazaletes y grevas de madera, mas doradas ó cubiertas de pluma ó cuero. Las corazas eran de algodón, las rodela y broqueles muy galanos, y no mal fuertes, ca eran de recio palo y cuero, y con latón y pluma, las espadas de palo y pedernal engastado en él, que cortan bien y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, y con cada muchas bocinas, caracoles y atabales; que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército en Indias después que las descubrieron.

Los fieros que hacían á nuestros españoles aquellos de Tlaxcallán

Estaban feroces aquellos y habladores, y diciendo entre sí mismos: «¿Qué gente poca y loca es ésta que nos amenaza sin conocernos, y se atreve á entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? No vamos á ellos tan presto; dejémoslos descansar, que tiempo tenemos de los tomar y atar. Enviémosles de comer, que vienen hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados.» Y así, les enviaron luego trescientos gallipavos y doscientas cestas de bollos de Centli, que es su pan ordinario, que pesaban más de cien arrobas; lo cual fué gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenían. Dende á poco dijeron: «Vamos á ellos que ya habrán comido, y comerémoslos, y pagaránnos nuestros gallipavos y nuestras tortas, y sabremos quién les mandó entrar acá; y si es Motezuma, venga y librellos; y si es su atrevimiento, lleven el pago.»

«Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sí unos con otros, viendo tan poquitos españoles delante, y no conociendo aún sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus muy esforzados hombres y soldados viejos al real, á tomar los españoles sin hacerles mal; y si armas tomasen y se les defendiesen, que los atasen y trujesen por fuerza, ó los matasen; mas ellos no quisieran, diciendo que ganarían poca honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca, y llegaron á la torre osadamente. Salieron los de caballo, y tras ellos de pie; y á la primera arremetida les hicieron conocer cuánto cortaban las espadas de hierro; y á la segunda les mostraron para cuánto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban;

y á la otra les hicieron huir gentilmente los que ellos venían á prender. No escapó hombre de ellos, sino los que acertaron el paso de la barranca. Corrió entonces la demás gente con grandísima gritería hasta llegar al real de los nuestros, y sin que les pudiesen resistir, entraron dentro muchos de ellos, y anduvieron á las cuchilladas y brazos con los españoles; los cuales tardaron un buen rato á matar y echar fuera aquellos que entraron, saltando el valladar; y estuvieron peleando más de cuatro horas con los enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el valladar y los que lo combatían, y al cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente, viendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban á nadie de los contrarios; aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fué tarde y se retiraron; de lo que mucho plugo á Cortés y á los suyos, que tenían los brazos cansados de matar indios. Más alegría tuvieron aquella noche los nuestros que miedo, por saber que con lo oscuro no pelean los indios; y así, descansaron y durmieron más á placer que hasta allí; aunque con buen recaudo en las estancias, y muchas velas y escuchas por todo. Los indios, aunque echaron menos muchos de los suyos, no se tuvieron por vencidos, según lo que después mostraron. No se pudo saber cuántos fueron los muertos; que ni los nuestros tuvieron ese vagar, ni los indios cuenta. El otro día por la mañana salió Cortés á talar el campo, como la otra vez, dejando los medios de los suyos á guardar el real; y por no ser sentido primero que hiciese el daño, partió antes del día. Quemó más de diez pueblos, y saqueó uno de tres mil casas, en el cual había poca gente de pelea, como estaban en la junta. Todavía pelearon los que dentro estaban, y mató muchos de ellos. Púsole fuego, y tornóse á su fuerte sin mucho daño y con mucha prisa, á mediodía, cuando ya los enemigos cargaban á más andar para despojarle y dar en el real; los cuales luego vinieron como el día antes, trayendo comida y braveando. Pero, aunque combatieron

el real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español, muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados, hacia riza en ellos la artillería. Quedó por ellos el pelear, y por los nuestros la victoria. Pensaban que eran encantados, pues no les empecian sus flechas. Luego al otro día enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas en presente á Cortés; y los que las trujeron le decían: «Señor, veis aquí cinco esclavos: si sois dios bravo, que coméis carne y sangre, coméos éstos, y traeremos más; si sois dios bueno, he aquí incienso y pluma; si sois hombre, tomad aves y pan y cerezas.» Cortés les dijo como él y sus compañeros eran hombres mortales, ni más ni menos que ellos; y que pues siempre les decía verdad, que por qué trataban con él mentira y lisonjas; y que deseaba ser su amigo; y que no fuesen locos ni porfiados en pelear, que recibirían siempre muy gran daño, y que ya veían cuantos mataban de ellos sin morir ninguno de los españoles. Con esto los despidió; mas no por eso dejaron de venir luego más de treinta mil á tentar las corazas á los nuestros á su propio real, como los días antes; pero tornáronse descalabrados como siempre. Es aquí de saber que aunque llegaron el primer día todos los de aquel gran ejército á combatir nuestro real y á pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron así, sino cada cuartel por sí, para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos á otros con tanta multitud, pues no habían de pelear sino pocos y en lugar pequeño, y aun por esto eran más recios los combates y batallas; que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo más valientemente, para ganar más honra si matasen ó prendiesen algún español; ca les parecía que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte ó prisión de un solo español; y también es de considerar sus convites y peleas, por que no sólo estos días hasta aquí, pero ordinariamente todos los quince ó más días que estuvieron allí los españoles, ora peleasen, ora no, les llevaban unas tortillas de pan, y ga-

llipavos y cerezas; mas empero no lo hacían por darles de comer, sino por saber qué daño habían ellos hecho, y qué ánimo tenían los nuestros ó qué miedo; y esto no entendían los españoles, y siempre decían que los de Tlaxcallán, cuyos ellos eran, no peleaban, sino ciertos bellacos otomíes que andaban por allí desmandados, que no reconocían superior, por ser de unas behetrias que estaban detrás de las sierras, que mostraban con el dedo.

Cómo Cortés cortó las manos á cincuenta espías

Al siguiente día, tras los presentes como á dioses, que fué el 6 de Setiembre, vinieron al real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcallán, honrados según su manera, y dieron á Cortés mucho pan, cerezas y gallipavos, que traían de comida ordinaria; y preguntáronle cómo estaban los españoles, y qué querían hacer, y si habían menester alguna cosa; y tras esto anduviéronse por el real, mirando los vestidos y armas de España, y los caballos y artillería, y hacían de los bobos y maravillados; aunque á la verdad también se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiondo. Entonces llegó á Cortés Teuch, de Cempoallán, hombre experto y criado de niño en la guerra, y dijole que no le parecían bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas y lo flaco y fuerte del real. Por eso, que supiese si eran espías aquellos bellacos. Cortés le agradeció el buen aviso, y se maravilló cómo él ni español ninguno no habían dado en aquello, en tantos días que entraban y salían indios de los enemigos en su real con comida, y había caído en ello aquel cempoallánés; y no fué por ser aquel indio más agudo y sabio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmíxtitán, para sacar de ellos por puntillos lo que querían saber. Así que Cortés

conoció cómo no venían por hacerle bien, sino á espiar; y luego mandó tomar al que más á mano y apartado estaba de la compañía, y meter secretamente donde no le viesen; y allí lo examinó con Marina y Aguilar; el cual á la hora confesó cómo era espion, y que venía á ver y notar los pasos y cabos por do mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas; y que por cuanto ellos habían probado la fortuna á todas las horas del día, y no les sucedía nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenían, acordaban venir de noche, y quizá tendrían mejor ventura; y aun también porque no temiesen los suyos de noche y con la oscuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego; y Xicotencatl, su capitán general, estaba ya para tal efecto con muchos millares de soldados detrás de ciertos cerros, en un valle frontero y cerca del real. Como Cortés vió la confesión de éste, hizo luego tomar á otros cuatro ó cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venían, eran espías, y dijeron lo mismo que el primero, casi por los mismos términos. Así que por los dichos de éstos los prendió á todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar á todos las manos, y enviólos á su ejército, amenazando que otro tanto haría á todos los espiones que tomase; y que dijese á quien los envió que, de día y de noche, y cada y cuando que viniesen, verían quién eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espías, cosa nueva para ellos; y creían que tenían los nuestros algún familiar que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento; y así, se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traían para la hueste, porque no se aprovechasen de ellas los adversarios.

La embajada que Motezuma envió á Cortés

En yéndose los espías, vieron de nuestro real cómo atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traía Xicotencatl; y como era ya casi noche, determinó Cortés salir á ellos, y no aguardarlos que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego, como tenían pensado, á las chozas; ca si lo hicieran, pudiera ser no escapar español del fuego ó manos de los enemigos, y aun también porque temiesen más las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente. Así que luego puso casi toda su gente en orden, y mandó que echasen á los caballos pretales de cascabeles, y fuése hacia do habían visto pasar los enemigos. Mas ellos no osaron esperarle, con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles. Los nuestros los siguieron dos horas de noche por entre muchas sembradas de centli, y mataron hartos en el alcance, y volviéronse á su real muy victoriosos. Ya á esta sazón eran venidos al real seis señores mejicanos, personas muy principales, con hasta doscientos hombres de servicio, á traer á Cortés un presente, en que había mil ropas de algodón, algunas piezas de pluma y mil castellanos de oro; y á decirle de parte de Motezuma cómo él quería ser amigo del Emperador y suyo y de los españoles, y que viese cuánto quería de tributo cada un año, en oro, plata, perlas, piedras ó esclavos, y ropa y cosas de las que en sus reinos había, y que lo daría sin falta y pagaría siempre, con tanto que aquellos que allí estaban con él no fuesen á Méjico; y que esto era, no tanto porque no entrasen en su tierra, cuánto porque ella era muy estéril y fragosa; y le pesaría que hombres tan valientes y honrados padeciesen trabajo y necesidad en su señorío, y que él no lo pudiese remediar. Cortés les agra-

deció su venida y el ofrecimiento para el emperador y rey de Castilla, y con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á Méjico la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harían de aquellos mortales enemigos de su señor Moteczuma. Luego tuvo Cortés unas calenturas, por las cuales no sabía á correr al campo ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos. Solamente proveía que guardasen su fuerte de algunos montones y tropeles de indios que llegaban á gritar y á escaramuzar; que tan ordinario era como las cerezas y comida que cada día traían, excusándose siempre que los de Tlaxcallán no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomies, que no querían hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la furia de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de pildoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos y tragóselos á la hora, que de noche se suelen tomar, y acaeció que luego el otro día, antes que obrase, vinieron tres muy grandes escuadrones á dar en el real, ó porque sabían cómo estaba malo, ó pensando que de miedo no habían osado á salir aquellos días. Dijéronselo á Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el día hasta la tarde. Retrújolos un grandísimo trecho, y tornóse al real, y al otro día purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á puñadas con los enemigos; y no solamente era, que raro acontece, buen hombre por las manos, pero aun tenía gran consejo en lo que hacía. Habiendo pues purgado y descansado aquellos días, velaba de noche el tiempo que le cabía, como cualquier compañero, y como siempre acostumbraba; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

Cómo ganó Cortés á Cimpancínco, ciudad muy grande

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y á otra, vió á cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dió parte á nadie; mandó que le siguiesen doscientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guardasen el real, y á tres ó cuatro horas de la noche caminó hacia la sierra á tino, que hacía muy oscuro. No hubo andado una legua, cuando dió de súbito á los caballos una manera de torozón que los derribaba en el suelo sin que se pudiesen menear.

Como cayó el primero, y se lo dijiesen, respondió: «Pues vuélvase su dueño con él al real.» Cayó luego otro, y dijo lo mismo. Como cayeron tres ó cuatro, comenzaron los compañeros á ciar, y dijéronle que mirase que era mala señal aquella, y que era mejor que se volviesen, ó esperar que amaneciese para ver á dó, ó por dó iban. Él decíales que no mirasen en agujeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura, y que no dejaría aquella jornada, ca se le figuraba que de ella se les había de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo, que por lo estorbar ponía delante aquellos inconvenientes; y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultáronlo mejor; y fué que tornasen aquellos caballos caídos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron. Auduvieron pues hasta perder el tino de las peñas. Dieron en unos pedregales y barrancos, que aina nunca salieran de allí. Al cabo, después de haber pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron una lumbrecilla; fueron á tiento hacia ella, y estaba en una casa, do hallaron dos mujeres; las cuales, y otros

dos hombres que acaso toparon luego, los guiaron y llevaron á las peñas donde habían visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos. Mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse; que le decían cómo estaban allí junto grandes poblaciones. De allí entró luego en Cimpancineo, un lugar de veinte mil casas, según después pareció por la visitación que de ellas hizo Cortés; y como estaban descuidados de cosa semejante, y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salían en carnes por las calles, á ver qué eran tan grandes llantos. Murieron muchos de ellos al principio; mas, porque no hacían resistencia, mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mujeres ni ropa ninguna. Era tanto el miedo de los vecinos, que huían á más no poder, sin curar el padre del hijo ni el marido de la mujer ni casa ni hacienda. Hiciéronles señas de paz, y que no hayesen, y dijéronles que no temiesen; y así, cesó la huida y el mal. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima población, que preguntando cuya era, le dijeron que Tlaxcallán con sus aldeas. Llamó entonces á los españoles, y dijo: «Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí.» Y con esto, sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera á una gentil fuente que tenía; y allí vinieron los principales y que gobernaban el pueblo, y otros más de cuatro mil, sin armas y con mucha comida. Rogaron á Cortés que no les hiciesen más mal, y que le agradecían el poco que había hecho, y que querían servirle, obedecerle y ser sus amigos, y no solamente guardar de allí adelante muy bien su amistad, mas trabajar también con los señores de Tlaxcallán y con otros, que hiciesen otro tanto. Él les dijo cómo era cierto que ellos habían peleado con él muchas veces, aunque entonces le traían de comer; pero que los perdonaba, y recibía en su amistad y al servicio del Emperador. Con tanto, los dejó, y se volvió á su real muy alegre con tan buen

suceso, de tan mal principio como fué lo de los caballos, diciendo: «No digáis mal del día hasta que sea pasado;» y llevando una cierta confianza que aquellos de Cimpancineo harían con los de Tlaxcallán que dejasen las armas y fuesen sus amigos, y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo á indio ninguno; y aun dijo á los suyos que creía, con ayuda de Dios, que habían acabado aquel día la guerra de aquella provincia.

El deseo que algunos españoles tenían de dejar la guerra

Cuando Cortés llegó al real tan alegre como dije, halló á sus compañeros algo despavoridos por lo de los caballos que les enviara, pensando no le hubiese acontecido algún desastre. Pero como lo vieron venir bueno y victorioso, no cabían de placer; bien sea verdad que muchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y que deseaban volverse á la costa, como ya se lo tenían rogado algunos muchas veces; pero mucho más quisieran ir de allí viendo tan gran tierra muy poblada, muy cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperanza de socorro; cosas ciertamente para temer cualquiera, y por eso platicaban algunos entre ellos mismos, que sería bueno y necesario hablar á Cortés, y aun requerirlo, que no pasase más adelante, sino que se tornase á la Veracruz, de donde poco á poco se tendría inteligencia con los indios, y harían según el tiempo dijese, y podría llamar y recoger más españoles y caballos, que eran los que hacían la guerra. No curaba mucho de ello Cortés, aunque algunos se lo decían en secreto para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaba, á requerir las velas, oyó hablar recio en una de las chozas que al rededor estaban,

y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decían: «Si el capitán quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y dijoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaría hacer; y asimismo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que había de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se había quedado allá muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que se volviessen con tiempo. Mucho sentía Cortés oír estas cosas, y quisiera reprender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente:

Oración de Cortés á los soldados

«Señores y amigos: Yo os escogi por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acrecentamiento de su santa fe, y para servir también á nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí: mas empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto, ni tal

concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la queréis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nación española no es de esa condición cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos de mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos, ni dineros ni honra, que ya veis que os tienen por más que hombres los de aquí, y por inmortales y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados, como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien queréis de ellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribés, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por sólo esto, no debriades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español hasta nosotros se alejó de ella tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Motezuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habéis oído, no hay más de veinte leguas; lo más, andado está, como veis, para llegar

y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decían: «Si el capitán quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y dijoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaría hacer; y asimismo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que había de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se había quedado allá muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que se volviesen con tiempo. Mucho sentía Cortés oír estas cosas, y quisiera reprender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente:

Oración de Cortés á los soldados

«Señores y amigos: Yo os escogi por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acrecentamiento de su santa fe, y para servir también á nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí: mas empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto, ni tal

concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la queréis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nación española no es de esa condición cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos de mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos, ni dineros ni honra, que ya veis que os tienen por más que hombres los de aquí, y por inmortales y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados, como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien queréis de ellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribés, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por sólo esto, no debriades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español hasta nosotros se alejó de ella tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Motezuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habéis oído, no hay más de veinte leguas; lo más, andado está, como veis, para llegar

allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, mas aun también para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, mas ninguna otra ganó; porque cuánto mayor rey es este tras que andamos, cuánto más ancha tierra, cuánto más enemigos, tanto es más gloria nuestra, y ¿no habéis oído decir que cuánto más moros, más ganancia? Allende de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, no temáis ni dudéis de la victoria; que lo más hecho está ya. Vencisteis los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallán, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis también, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que de estos más quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayáis y si me seguís.» Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algún mal le querían, comenzaron á honrarlo; y en conclusión, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso; porque, según algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motín que le forzara tornar á la mar; y fuera tanto como nada cuanto habían hecho hasta entonces.

Cómo vino Xicotencatl por embajador de Tlaxcallán al real de Cortés

No habían bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó á Cortés, y saludáronse cada uno á fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venía de su parte y de la de Maxixca, que es el otro señor más principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallán, á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey, y á que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habían defendido la entrada, era como á extranjeros y hombres de otra fación muy diferente de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Motezuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venían con él sus criados y vasallos; ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenían y guardaban; y que por conservarla, como habían hecho todos sus antepasados, tenían derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fría, no llevaba algodón; y así, les era forzado andarse como nacieron, ó vestir de hojas de metl; y asimismo no comían sal, cosa sin la cual ningún manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacía; y que de estas dos cosas, sal y algodón, tan necesarias á la vida humana, carecían, y las tenían Motezuma y otros enemigos suyos de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas á que tro-

carlas, tenían necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no tendrían si quisiesen ser sujetos y vasallos de Motezuma; pero que antes morirían todos que cometer tal deshonra y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habían sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que también ahora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podían; aunque habían probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de día, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos.

Por tanto, pues que su suerte era tal, querían antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque, según les decían los de Cempoallán, eran buenos, poderosos, y no venían á mal hacer; y según ellos habían conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban de ellos que su libertad sería menos quebrada, sus personas, sus mujeres más miradas, y no destruídas sus casas ni labranzas; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallán reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. No se podría decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitán y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra á mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputación para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que había recibido su tierra y ejército, por no lo querer escuchar, ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requería con los mensajeros de Cempoallán, que les envió de Zaclotán; pero que él les perdonaba dos

caballos que le mataron, el saltear que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa á otros; el haberle llamado á su pueblo para matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujeción del Emperador, y despidióle con que presto sería con él en Tlaxcallán, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Motezuma.

El recibimiento y servicio que hicieron en Tlaxcallán
á los nuestros

Mucho pesó en grande manera á los embajadores mejicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que á Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. Y dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traición, para cogerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decía que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temía en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinación, rogáronle que diese licencia á uno de ellos para ir á Méjico á decir á Motezuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis días tornaría sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. Él se la dió, y esperó allí á ver qué traería de nuevo, y porque á la verdad, no se osaba fiar de aquellos sin mayor certinidad. En este medio tiempo iban y venían al real muchos de Tlaxcallán, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que se fuesen con ellos á sus casas. Vino pues el mejicano, como prometió, al sexto día, y trajo á Cortés

diez piezas y joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodón, hechas á mil maravillas, y muy mejores que las otras mil primeras. Y rogóle muy ahincadamente de parte de Motezuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallán, que eran pobres, y le robarían lo que él le había enviado, y le matarían por sólo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcallán á rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos á la ciudad, donde sería servido, proveido y aposentado; ca era vergüenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba de ellos, que viese cualquiera otra seguridad ó rehenes, y dárselas hían; pero que le prometían y juraban que podía ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarían su juramento, ni faltarian la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallán, de quien tenía muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los bastajes, y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcallán, que estaba á seis leguas, con tanto orden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde había vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á recibirle al camino y por las calles, que no cabían de pies. Entró en Tlaxcallán á 18 de Setiembre; aposentóse en el templo mayor, que tenía muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él; puso también ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir á un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia. Mil placeres hacían aquellos señores á los españoles, y mucha cortesía á Cortés, y les proveían de cuanto menester habían para su co-

mida; y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque naciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; ó quizá se las daban por ser su costumbre ó por complacerlos. Parecióles bien á los nuestros aquel lugar y la conversación de la gente, y holgarónse allí veinte días, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor información y noticia que pudieron del hecho de Motezuma.

De Tlaxcallán

Tlaxcallán quiere decir pan cocido ó casa de pan; ca se coge allí más ceñti que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, ó al revés. Dicen que primero se nombró Texcallán, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está á orillas de un río que nace en Atlancatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatulián. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Quiyahuitlán. El primero está en un cerro alto, y lejos del río más de media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fué la primera población que allí hubo, y fué en alto á causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el río; y porque allí había pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor y más poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacían su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxicacán. El río arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlán por haber allí mucho yeso, en la cual residía Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está también en llano más río abajo; que por ser aguazal se dijo Quiyahuitlán. Después que españoles

la tienen, se ha desvuelto casi toda y hecha de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano á par del río. Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen de ello como de tiranía. En la guerra hay, según arriba dije, cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que también son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendón va detrás. Acabada la batalla ó alcance, hincanle donde todos lo vean. Al que no se recoge, pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria ó la pérdida; ca tiran una de ellas á los enemigos que primero topan. Si mata ó hiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decían ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veintiocho lugares, en que hay ciento cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor, y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal, que se llegan en él treinta mil personas y más en un día á vender y comprar, ó por mejor decir, á trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policía en él; porque hay plateros, plumajeros, barberos y baños; y ollereros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España. Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos; ca en los pinares nace tanta y tal yerba, que ya los nuestros apacientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. Á dos leguas de

la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase ahora de San Bartolomé, y antes de Matlalcueje, que era su diosa del agua. También tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras á su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle, ó por otro nombre Mixcouatl; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año había ochocientos y más hombres. Hablan en Tlaxcallán tres lenguas, nahutatl, que es la cortesana, y la mayor de toda tierra de Méjico; la otra es de otomix, y ésta más se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomex, y es grosera. Había cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó á un español un poco de oro. Cortés lo dijo á Maxixca; el cual hizo su información y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron á hallar á Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mismo oro, para que Cortés hiciese justicia de él como en España. Pero él no quiso, sino agradeciéoles la diligencia. Y ellos con pregón público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descecotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

La respuesta que dieron á Cortés los de Tlaxcallán sobre dejar sus ídolos

Viendo pues que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos quería

ser muerto ni así comido, por más religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban, que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para sólo el uso y provecho de los mortales. Unos les respondían que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que temían ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habían creído, y sería condenarlos á todos y á sí mismos. Otros, que podría ser que andando el tiempo lo harían, viendo la manera de su religión, entendiendo bien las razones para que debían hacerse cristianos, y conociendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque cuanto á la guerra, ya tenían conocido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés á esto les prometió que presto les daría quien les enseñase y doctrinase, y entonces verían la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirían si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podía hacerlo, por la prisa de llegar á Méjico, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenía su aposento, hiciese iglesia para en que él y suyos orasen, é hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podían también ellos venir á verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos á oír la misa que se decía cada día de los que allí estuvo, y á ver las cruces y otras imágenes que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimismo algunos que se vinieron á vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallán les mostraban amistad; pero el que más de veras y como señor se mostró ser amigo, fué Maxixca, que no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír á los españoles.

La enemistad entre mejicanos y tlascaltecas

Conociendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Motezuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarecieron grandemente y como hombres que lo habían probado, y que, según afirmaban, había noventa ó cien años que tenían guerra con él y con su padre Axaxaca y con otros sus tíos y abuelo; y decían que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenía eran más que ellos podían decir, según todos contaban. El señorío que tenía era de toda la tierra que ellos sabían. La gente innumerable, ca juntaban doscientos y trescientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaría doblados; y que de eso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandecían tanto las cosas de Motezuma, especialmente Maxixcacin, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal. Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oía, de llegar á Méjico á ver á Motezuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con él de su parte y provecho, que lo haría, como les era en obligación, porque tenía por cierto que Motezuma haría por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodón y sal, que había que no la comían á derechas aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno de ellos, que ó la compraba á escondidas ó de algunos vecinos amigos, á peso de oro; porque Motezuma mataba al que la vendía y sacaba fuera de sus reinos para se la vender á ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Motezuma les hacía, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exención. Mas, según los embajadores afirmaban, y á lo

que después Motezuma dijo, y otros muchos en Méjico, no era así, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mejicanos y de Culúa ejercitasen las personas en la guerra allí cerca, sin ir lejos á Pánuco y Tecoantepec, que eran fronteras muy aparte; y también por tener allí siempre gente que sacrificar á sus dioses, tomada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego á Tlaxcallán ejército á cautivar hombres cuantos había menester para aquel año; que averiguado está que si Motezuma quisiera, en un día los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no quería sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencían los de Tlaxcallán. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradicción tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Motezuma, que era muy á su propósito, creyendo por aquella vía sojuzgar más á todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. Á todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habían sido en la guerra contra los nuestros. Iban y venían á su ciudad, que asimismo es república, á la manera de Tlaxcallán, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Motezuma, que los tenía oprimos también, y para las carnicerías de sus templos de Méjico; y diéronse á Cortés para el servicio y vasallaje del emperador.

El solemne recibimiento que hicieron á los españoles
en Chololla

Los embajadores de Motezuma dijeron á Cortés que pues todavía determinaba ir á Méjico, que se fuese por Chololla, cinco leguas de Tlaxcallán; que eran los de aque-

lla ciudad amigos suyos, y allí esperaría mejor la resolución de la voluntad del señor, si era que entrase en Méjico ó no; lo cual decían por sacarle de allí, que certisimamente pesaba mucho á Motezuma ver la paz y amistad tan grande entre tlaxcaltecas y españoles, temiendo que de allí había de resurtir cualquier mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir más presto allá. Los de Tlaxcallán deshacíanse de enojo, viendo que quería ir á Chololla, y diciendo que Motezuma era un engañador, tirano, fementido, y Chololla amiga suya, aunque desleal; y que podría ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daría cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron á los españoles cuando entraron, entendieron una trama que se hacía para matarlos en Chololla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió á Pedro de Alvarado, que la tenía. Cortés luego habló con aquel capitán, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteración ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fué maravilla no revolverse Tlaxcallán siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisóse la casa después, y averiguóse que era verdad cómo había enviado á Chololla Motezuma más de treinta mil soldados, y que estaban á dos leguas en guarnición para el efecto, y que tenían tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancasen los caballos y no pudiesen correr; y que los tenían cubiertos de arena porque no los viesen aunque fuesen á descubrir delante. Creyólo también porque no habían venido ni enviado los de allí á verle ni á ofrecerse á nada, como habían hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, á consejo de los

de Tlaxcallán, envió á Chololla ciertos mensajeros á llamar á los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres ó cuatro á excusarse por estar enfermos, y á ver lo qué quería. Los de Tlaxcallán dijeron cómo aquellos eran hombres de poca suerte, y tal parecían ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó á enviar los mismos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venían dentro de tercero día, que los tendría por rebeldes y enemigos, y como á tales los castigaría rigurosamente. Á otro día vinieron muchos señores y capitanes de Chololla á disculparse, por ser los de Tlaxcallán sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabían el mal que de ellos le habían dicho; pero que no los creyese, que eran unos falsos y crueles; y que se fuesen con ellos á su lugar, y vería cuán burla era todo lo que le decían aquellos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronseles para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano é intérpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallán. Lloraba Maxixca de verlo ir. Salieron con él cien mil hombres de guerra. Fueron también con él muchos mercaderes á rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel día á Chololla, sino quedóse en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad á rogarle con mucha instancia que no consintiese á los de Tlaxcallán hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver á sus casas á todos, sino fueron cinco ó seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazón y tenían otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos. Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles á Chololla. Saliéronlos á recibir en escuadrones más de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves ó rosas. Llegaba

cada escuadrón, como venía á dar á Cortés la enhorabuena de la venida, y apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando á los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras éstos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas, otros huesos, otros atabales; quien traía braseros con fuego, quien ídolos cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y á los otros españoles; echaban cierta resina y copalli, que huele como incienso, é incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fué grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallipavo, y á los de Tlaxcallán, Cempoallán, Iztacmixtlitán pusieron por su cabo y proveyeron.

Cómo los de Chololla trataron de matar los españoles

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y á recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallán le dijeron; y más que, aunque la primera noche los proveyeron á gallina por barba, los otros tres días siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venían aquellos capitanes á ver los españoles; de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hallaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Motezuma para estorbarle la ida á Méjico; unas veces diciéndole que no fué allí, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no había camino para ir, otras que á qué iba, pues no tenía de qué mantenerse; y aun

también, como vieses que á todo esto les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga á los del pueblo, que le dijese cómo do Motezuma estaba había lagartos, tigres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse á los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. Y porque lo hiciesen prometieron grandes partidos por Motezuma. Y dieron al Capitán General un atambor de oro, y que traerían los treinta mil soldados que á dos leguas estaban. Los cholollanos prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzase con él, que solían ser mañas de mejicanos; y dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, es tenían creído tomar durmiendo á los españoles y quedarse con Chololla; y que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para Méjico, sobre la mano izquierda; en el cual había muchos malos pasos, que se hacían en él por ser tierra arenisca, y que tenía tal barranco comido de las aguas, que era de veinte y de treinta y aun de más estados en hondo, y que allí los atajarían y llevarían atados á Motezuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera á la sierra los hijos y mujeres. Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacían y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, ó por parecerle bien aquellos barbudos, dijo á Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la quería mucho, y le pesaría que la matasen con sus años. Ella disimuló la mala nueva, y sacóle quién y cómo la tramaban. Corrió luego á buscar á Jerónimo de Aguilar, y juntos dijéronselo á Cortés. Él no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo

que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos días para enfriar el negocio y para desviar á los de allí de aquel mal propósito, ó castigarlos. Llamó á los que gobernaban, y dijoles que no estaba satisfecho de ellos; y rogóles que ni mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba de ello mucho más que si le desafiasesen para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serían siempre; y que ni le mentían ni mentirían, sino que antes les dijese cuándo quería partir, para irle á servir y acompañar armados. Él les dijo que otro día, y que no quería más de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venían ya cansados sus tames, y alguna cosa de comer. De esto postrero se sonreían, diciendo entre dientes: «¿Para qué quieren comer éstos, pues presto les tienen de comer á ellos en ají cocidos, y si Motezuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?»

El castigo que se hizo en los de Chololla por su traición

Así que, otro día de mañana, muy alegres, pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron eso mismo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se rebullese; y los sacerdotes sacrificaron á su Quezalcouath diez niños de á tres años, las cinco hembras; costumbre que tenían comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente á las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traían armas. Cortés muy calladamente apercibió de mañanica á los de Tlaxcallán y Cempoallán y los otros amigos. Hizo estar á caballo los

suyos, y dijo á los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vió que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen á su cámara los capitanes y señores; que se quería despedir de ellos.

Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes había visto, ser los principales, y díjoles que siempre les había dicho verdad, y que ellos á él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intención, que no entrasen los de Tlaxcallán en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun también mandara á los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y magüer que no le habían dado de comer, como razón fuera, no había consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenían concertado de matarle con todos los suyos. Y ya que dentro en casa no podían, allá fuera en el camino, á los malos pasos por do le querían guiar, ayudándose de los treinta mil hombres de las guarniciones de Motezuma, que estaban á dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolará la ciudad, á no quedar memoria; y pues ya lo sabía, no tenían para qué negarle la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos á otros, más encendidos que las brasas, y decían: «Este es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo.» Y así, confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban también allí. Apartó sin esto cuatro ó cinco por sí, que no los oyesen aquellos mejicanos, y contaron todo el hecho de la traición desde su principio, y entonces dijo á los embajadores cómo aquellos de Chololla le querían matar, á inducimiento suyo, por parte de Motezuma; mas que no lo creía, porque Motezuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solían mentir ni hacer traiciones, y que quería castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temie-

sen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, á quien tenía de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaría así fea é infame cosa. Todo esto decía por no descompadrar con él hasta verse dentro en Méjico. Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo disparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran impetu y enojo todos los españoles y sus amigos á los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y más. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque, como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse á la torre mayor, que tiene ciento veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño; fueron requeridos, y no rendidos; y así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban, y destruyeron cuanto posible les fué, hasta que Cortés mandó que cesasen. Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destrucción y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas á Cortés que soltase algunos de ellos para ver qué habían hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase á los que vivos quedaban, para tornarse á sus casas, pues no tenían tanta culpa de su daño cuanta Motezuma, que los sobornó. Él soltó dos, y al otro siguiente día estaba la ciudad que no parecía que faltara hombre; y luego, á ruegos de los de Tlaxcallán, que tomaron por intercesores, los perdonó á todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño

haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallán, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Motezuma y los otros reyes antes de él los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Chololla santuario de indios

Es Chololla república como Tlaxcallán, y tiene uno que es capitán general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mil casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabades, de otras tantas. Por defuera es de las más hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil disposición y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, belicosos y buenos maestros de cualquier cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornos moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es grasso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y más alto de toda la Nueva-España, que subían á la capilla por ciento veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Que-

zalcouath, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una de ellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en este tiempo tantos á contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mil maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que impedía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser más animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razón á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado pies ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo,

haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallán, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Motezuma y los otros reyes antes de él los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Chololla santuario de indios

Es Chololla república como Tlaxcallán, y tiene uno que es capitán general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mil casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabades, de otras tantas. Por defuera es de las más hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil disposición y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, belicosos y buenos maestros de cualquier cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornos moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y más alto de toda la Nueva-España, que subían á la capilla por ciento veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Que-

zalcouath, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una de ellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en este tiempo tantos á contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mil maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que impedía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser más animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razón á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado pies ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo,

mas como un horno de vidrio cuando más hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mismas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse. Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó á lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no hallaran do meterse debajo de una peña, perecieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, viniéron muchos indios á besarles la ropa y á verlos, como por milagro ó como á dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan ó tiranizan van, después de muertos, á purgar sus pecados, y de allí al descanso. Esta sierra, que llaman Vuleán, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Parece de muy lejos, las noches, que echa llama. Hay cerca de él muchas ciudades, pero la más cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y más que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y más aparte. Salió mucho humo y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Huexocinco, Quetlaxcoapán, Tepejacac, Cuauhquecholla, Chololla y Tlaxcallán, que está á diez leguas, y aún dicen que llegó á quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

La consulta que Motezuma tuvo para dejar á Cortés ir á Méjico

No quisiera Cortés reñir con Motezuma antes de entrar en Méjico; mas tampoco quería tantas palabras, excusas y niñerías como le decían. Quejóse reciamente á sus em-

bajadores que un tan gran principe, y que con tantos y tales caballeros le había dicho que era su amigo, buscarse maneras de matarle ó dañar con mano ajena, por excusarse si no le sucedía; y pues no guardaba su palabra ni mantenía verdad, que, como quería ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que ó sería con bien ó con mal. Ellos dijeron sus disculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojó, y que diese licencia á uno para ir á Méjico, y volver con respuesta presto, pues había poco camino. Él dijo que fuése mucho enhorabuena. Fué uno, y á los seis días tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mil y quinientas mantas de algodón, mucha suma de gallipavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos confeccionan de aquellos cacaos y centli, y negaron que no había entrado en la conjuración de Chololla, ni había sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnición que allí estaba era de Acacinco y Azacán, dos provincias suyas, y vecinas de Chololla, con quien tenían alianza y companzas de vecindad; los cuales, á inducimiento de aquellos bellacos, urdirían aquella maldad: y que adelante sería buen amigo, como vería, y como lo había sido; y que fuése, que en Méjico le esperaría; palabra que plugo mucho á Cortés. Motezuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Chololla, y dijo: «Esta es la gente que nuestro dios me dijo que había de venir y señorear esta tierra;» y fuése luego á visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oración y ayuno ocho días. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarían enojados. Allí le habló el diablo, esforzándole que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos haría de ellos á su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le aconteciese algún desastre; y tuviese favorables á Vitzcilopuchtli y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcoatlh, dios de Chololla, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fué contra los españoles. Por

lo cual y porque Cortés le había enviado á decir que iria de guerra, pues de paz no quería, otorgó que fuése á Méjico y á verle. Ya Cortés cuando llegó á Chololla iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho más, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Motezuma, y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante á temerle; y así, de miedo, mas que por amor, le abrian las puertas á do quiera que llegase. Quería Motezuma al principio hacer con Cortés que no fuése á Méjico poniéndole muchos temores y espantos; ca pensaba que temería los peligros del camino, la fortaleza de Méjico, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era más fuerte cosa, pues cuantos señores había en aquella tierra, la temían y obedecían, y para esto tuvo gran negociación; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pedía y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba á verle y llegar á Méjico, preguntó al diablo lo que hacer debía sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes; ca no le pareció de hacerle guerra, que le seria deshonra tomarse con tan pocos extranjeros, y que decían ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo más cierto; pues estaba claro que luego serían con el los otomíes y tlaxcaltecas, y otras muchas gentes, para destruir los mejicanos. Así que se declaró á dejarlo entrar en Méjico llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

Lo que avino á Cortés, de Chololla hasta llegar á Méjico

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de Méjico, dió Cortés licencia á los indios amigos que se quisiesen volver á sus casas, y partióse de Chololla con

algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Motezuma, porque era malo y peligroso, según lo vieron los españoles que fueron al Vulcán, y porque le querían saltar en él, á lo que cholollanos decían; sino por otro más llano y más cerca. Reprendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos. No caminó aquel día sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fué bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro, aunque poco; que poco tienen y son pobres, á causa de tenerlos acorralados Motezuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallán. Otro día, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mil soldados que habían venido para tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban á manos, según la nieve y frío les hizo en el camino. Dende aquel puerto se descubria tierra de Méjico, y la laguna con sus pueblos al rededor, que es la mejor vista del mundo. Quanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entre ellos diversos pareceres si llegarían allá ó no, y dieron muestra de motín; pero él, por su prudencia y disimulación, se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando á lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena; y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallán, Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, aunque para los tamemes hicieron los de Motezuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Motezuma proveían copiosamente, y aun les tenían mujeres. Allí le vinieron á hablar muchos principales señores de Méjico, y entre ellos un pariente de Motezuma. Dieron á Cortés tres

mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no tendría qué comer, y que le daría mucho, y más el tributo que le pareciese, para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar ó do quisiese. Cortés los recibió como era razón, y les dió cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaría servir á tan poderoso principe, si pudiera sin enojar al Rey, y que de su ida no le vendría sino mucho bien y honra; y que pues no había de hacer más de hablarle y volverse, que de lo que tenían para sí, habría para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparación de dos mil leguas que había venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia. Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometerían, que venían muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber á los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormían de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veían en pie ó andar entre ellos, le mataban luego, y él no se lo resistía; por tanto, que lo dijese así á sus hombres, para que se guardasen; que le pesaría si alguno de ellos muriese allí; y con esto pasó la noche. En amaneciendo otro día se partió, y fué á Amaquemacán, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dió cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos días abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Motezuma. De Amaquemacán fué cuatro leguas otro día á un pequeño lugar, poblado la mitad en agua de laguna y la otra mitad en tierra, al pie de una sierra áspera y pedregosa. Acompañáronle muy muchos de Motezuma, que le proveyeron, los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías á ver qué hacían la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron de ellas

hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles; y es cosa para reír que á cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello. Luego á otro día, bien de mañana, viendo que se partía el ejército, llegaron allí doce señores mejicanos; pero el principal era Cacamacín, sobrino de Motezuma, señor de Tezcuco, mancebo de veinticinco años, á quien todos acataban mucho. Venía en andas á hombros, y como le abajaran de ellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Estos venían á irse acompañando á Cortés, y disculparon á Motezuma, que por enfermo no venía él mismo á lo recibir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen á Méjico, y dieron á entender que les ofenderían allá, y aun defenderían el paso y entrada: cosa que facilísimamente podían hacer; mas empero andaban ciegos, ó no se atrevieron á quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dió cosas de rescate. Salió de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, á quien seguían infinitísimos otros, que no cabían por los caminos, y también venían muchos de aquellos mejicanos á ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decían: «Estos son dioses.» Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles ni caballos, si no querían ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo otro, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traían rodeados. Así pues fué á un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en agua, y que hasta llegar á él anduvo más de media legua por una muy gentil calzada, y ancha más de veinte pies. Tenía muy buenas casas y muchas torres. El señor de él recibió muy bien á los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen á dormir allí, y aun secretamente se quejó á Cortés de Motezuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que había camino, y bueno, hasta Méjico, aunque por cal-

zada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, e iba con determinación de parar allí y hacer barcas ó fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese á Iztacpalapán, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. Él hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí á Méjico, que podría entrar al otro día con tiempo y á su placer. Fué pues á dormir á Iztacpalapán, y alfende que de dos en dos horas iban y venían mensajeros de Motezuma, le salieron á recibir bien trecho Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, y el señor de Culnacán, también pariente suyo. Presentáronle esclavas, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro. Cuetlauac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodón, ricos á su manera. Tenían frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenían también una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual había de todas suertes de peces; y acuden á ella muchas garecetas, labaneos, pavotas y otras aves, que cubren en veces la agua. Es Iztacpalapán de hasta diez mil casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

Cómo salio Motezuma á recibir á Cortés

De Iztacpalapán á Méjico hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella á la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenia, alcanzaba á ver las puertas de Méjico. Á los lados de ella están Mixicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coioacán, de seis mil, y Vicilopuchtli, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermocean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, ó llevan fuera á ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos á hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y también la cuecen, y es mejor, pero más embarazosa. Era gran renta para Motezuma. En esta calzada hay, de trecho á trecho, puentes levadizas sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna á la otra. Por esta calzada fué Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos atrás que pacificó. Apenas podía andar, con la apretura de la mucha gente que á ver los españoles salía. Llegó cerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con esta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres á los lados, y en medio un potrill almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesanos y ciudadanos á recibirle, vestidos ricamente á su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como á Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase, y pasaba adelante por la orden que venían. Tardaron una hora en esto, y fué cosa mucho de mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el

ojo de la cual corre la agua y entra de la una en la otra. Hasta esta puente salió Motezuma á recibir á Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argente-ria colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos tres á una manera riquisimamente ataviados, salvo que el señor traía unos zapatos de oro y piedras engastonadas que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan á lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo; no pisase en la tierra. Seguían luego doscientos señores como en procesión, todos descalzos, y con ropas de otra más rica librea que los tres mil primeros. Motezuma venía por medio de la calle, y éstos detrás y arrimados cuanto podían á las paredes, los ojos en tierra, por no mirarle á la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuéle á abrazar á nuestra costumbre. Los que le traían de brazo le detuvieron, que no llegase á él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Motezuma se fué delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano á Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando á ir, llegaron los de la librea uno á uno á hablar y darle el parabién de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse á su orden y lugar. No acabaran aquel día si todos los de la ciudad hubieran, como querían, de saludarle; mas como el Rey iba delante, volvían todos las caras á la pared, y no osaban llegar á Cortés. Á Motezuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno de ellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de á jeme cada uno; y púsoselos al pescuezo con sus propias manos,

que lo tuvieron á favor grandísimo, y se maravillaron de ello. Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas había tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase más, ó los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad tenía, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues á un patio grande, recámara de ídolos, que fué casas de Axaiaca. Á la puerta tomó Motezuma de la mano á Cortés, y metiólo dentro á una gran sala; púsose en un rico estrado, y díjole: «En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego torno.» Tal como habéis oído fué el recibimiento que á Fernando Cortés hizo Motezumacín, rey poderosísimo, en su gran ciudad de Méjico, á 8 días del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nació.

La oración de Motezuma á los españoles

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y muy hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servían y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores; que había bien que mirar en todo. Como Motezuma se fué, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara á la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey á tal capitán. Motezuma, luego que comió, y supo que los españoles habían comido y reposado, volvió á Cortés, saludóle, sentóse junto en otro estrado que le pusieron, dióle muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodón ricas, labra-

das y tejidas de maravillosos colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traían imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la misma dijo, según Marina y Aguilar declaraban: «Señor y caballeros míos, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, según vuestro merecimiento y estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrádes acá, era porque los míos tenían grandísimo miedo de veros; ca espantábades á la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíades unos animales que tragaban los hombres, y que como veníades del cielo, abajábades de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíades temblar la tierra, y feríades al que os enojaba ó al que os antojaba; mas empero como ya agora conozco que sois hombres mortales, mas de bien, y no hacéis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parecen cerbatanas, tengo por burla y mentira lo que me decían, y aun á vosotros por parientes; ca, según mi padre me dijo, que lo oyó también al suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que dende á poco se fué á su naturaleza; y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. Él se volvió muy descontento de ellos, y les dijo á la partida que enviaría sus hijos á que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. Á esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían los de aquellas partes á nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de dónde venís, y la noticia que decís que ese vuestro gran rey emperador que os envía, ya de nos tenía. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos, si ya no traéis algún engaño ó cautela, y partiremos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. Y ya que

esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud y fama y obras de esforzados caballeros, lo haría muy de buena gana; que bien sé lo que hicistes en Tabasco, Teoacacincinco y Chololla y otras partes, venciendo tan pocos á tantos; y si traéis creído que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han hablado los de Cempoallán, Tlaxcallán y Huexocincinco y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creéis, y que conocéis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en más, por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto á lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas, y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos á esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros tendréis siempre que lo quisiéredes; entre tanto holgad, que vendréis cansados.» Cortés le hizo una gran medida, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, había insistido en verle y hablarle, y que conocía ser todo mentira y maldad lo que de él le habían dicho aquellos que le deseaban mal, como él también veía por sus mismos ojos las burlerías y consejas que de los españoles le contaran; y que tuviese por certísimo que el Emperador, rey de España, era aquel su natural señor á quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenía en muy gran merced. Tras esto preguntó Motezuma á Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos ó esclavos suyos, para tratar á cada uno como quién era. Él le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algu-

nos que eran criados; y con tanto, se fué á Tecpán, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran ó no caballeros, y según le informaron, así les envió el dón; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con lacayo.

De la limpieza y majestad con que se servía Motezuma

Era Motezuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, que se hacía temer y acatar. Motezuma quiere decir hombre sañudo y grave. Á los nombres propios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía ó dignidad, como nosotros el don, turcos sultán, y moros mulei; y así, dicen Motezumacin. Tenía con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle á la cara, sino era á poquísimos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversación, ó porque los tenía en mucho, no los consentía estar en pie. Trocaba con ellos sus vestidos si le parecían bien los de España; mudaba cuatro vestidos al día, y ninguno tornaba á vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar á criados y mensajeros, y á soldados que pelean y prenden algún enemigo, que es gran merced y como un privilegio; y de éstas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envió á Fernando Cortés. Andaba Motezuma muy pulido y limpio á maravilla; y así, se bañaba dos veces cada día; pocas veces salía fuera de la cámara, si no era á comer; comía siempre solo, mas solem-

nemente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada ó un par de cueros de color, la silla un banquillo bajo; de cuatro pies, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy bien y pintado; los manteles, pañuelos y tohallas, de algodón, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se ponían más de aquella vez. Traían la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en la sala; salía él, miraba las viandas, y señalaba las que más le agradaban. Luego ponían debajo de ellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, si no fuese algún buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se sentase venían hasta veinte mujeres suyas de las más hermosas ó favoridas ó semaneras, y servíanle las fuentes con grande humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la mesa de la gente, que no cargase encima; y él solo ponía y quitaba los platos; que los pajes no llegaban á la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comía, sino fuese truhán, ó alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servían descalzos. El beber no era con tanta ceremonia ni pompa; asistían á la contina al lado del Rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, á los cuales daba algunos platos del manjar que le sabía bien. Ellos los tomaban con gran reverencia, y los comían luego allí con mayor respeto, sin le mirar á la cara, que era la mayor humildad que podían mostrar delante de él. Tenía música, comiendo, de zampona, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabían canto, ni eran buenas. Había siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrahechos y otros así, y todos por grandeza ó por risa; á los cuales daban de comer con los truhanes y chocarros al cabo de la sala de los relieves. Lo demás que sobraba comían tres mil de guardia ordinaria, que estaban

en los patios y plaza; y por esto dicen que se traían siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo que en ellas había. No dejaban de guisar ni tener cada día de cuanto en la plaza se vendía, que era, según después diremos, infinito, y más lo que traían cazadores, renteros y tributarios. Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay España, y no servía al Rey más de una comida. También tenía vajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servía de ella: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parecía bajeza. Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comía Motezuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comía carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aún todavía se estaban allí en pie, como los hombres, á darle otra vez agua-manos con el acatamiento que primero, é ibanse á su aposento á comer con las demás; y así hacían todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

De los jugadores de pies

Quitada la mesa, ida la gente, y estándose aún Motezuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traían zapatos, si no eran los muy grandes señores, como los de Tezcucó y Tlacopán, y otros pocos sus parientes y amigos. Venían pobremente vestidos; si eran señores ó ricos hombres, y hacía frío, poníanse mantas viejas ó groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacían tres ó cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andaban para atrás. Él les respondía muy me-

surado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni á todos; que otros sus secretarios ó consejeros, que para esto estaban allí, respondían; y con tanto se tornaban á salir sin volver las espaldas al Rey. Tras esto tomaba algún pasatiempo, oyendo música y romances, ó truhanes, de que mucho holgaba, ó mirando unos jugadores que hay allá de pies, como acá de manos: los cuales traen con los pies un palo como un cuartón, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto, que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiración. Á España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de pies, y muchos los vieron en corte. También hacían matachines; ca se subían tres hombres uno sobre otro de pies llanos en los hombros, y el postrero hacía maravillas. Algunas veces miraba Motezuma cómo jugaban al patoliztli, que parece mucho al juego de las tablas, y que se juega con habas ó frisoles rajados, como dados de harinillas, que dicen patolli; los cuales menean entrambas manos, y los echan sobre una estera ó en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando ó poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerpos para esclavos, los tahures y hombres bajos.

Del juego de la pelota

Otras veces iba Motezuma al tlachtli, que es trinquete para pelota. Á la pelota llaman ullamaztli; la cual se hace de la goma de ulli, que es un árbol que nace en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas muy gordas y muy blancas, y que muy presto son cuajadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras más que

la pez, y no tiznan. De aquella redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balón ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, á más ó menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero más ancha de arriba que abajo, y más alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénelo siempre muy encajado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al idolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón ó adúltero, ó que moriría presto. Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes más bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacían otras tales, can-

tando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al idolo: tanto eran supersticiosos. Á este juego llevaba Motezuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni más ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico

Motezuma tenía otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venían los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio ó solaz, y era de esta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima de ella ponían dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; más táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victo-

la pez, y no tiznan. De aquella redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balón ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, á más ó menos, como quien son los jugadores. También juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mismos, como hacen al patolli, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero más ancha de arriba que abajo, y más alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénelo siempre muy encajado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontece, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serían las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al idolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decían los miradores que aquel tal debía ser ladrón ó adúltero, ó que moriría presto. Cada trinquete es templo, porque ponían dos imágenes del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes más bajas, á la media noche de un día de buen signo, con ciertas ceremonias y hechicerías, y en medio del suelo hacían otras tales, can-

tando romances y canciones que para ello tenían, y luego venía un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decía ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podían jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué ceremonias y ofrendas al idolo: tanto eran supersticiosos. Á este juego llevaba Motezuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni más ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico

Motezuma tenía otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venían los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio ó solaz, y era de esta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendían una gran estera en el patio de palacio, y encima de ella ponían dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; más táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victo-

rias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copla por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silban ocho ó diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan á venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversísimos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, ó ventalles de pluma, ó pluma y oro; y muchos vienen con sus guirlandas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahigos de pluma ó carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caimán y animales fieros. Juntanse á este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto más junto anda á los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una orden tras otra; guían dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guiadores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, según el cantar ó romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter más obra; pero á un mismo punto alzan ó abajan los brazos ó el cuerpo, ó la cabeza sola, y todo con no poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebecen allí los hombres. Á los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avívase la danza, y andan recio y aprisa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. También algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo á otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco ó vieja, que hacen reir y placer á la gente. Todos los que han visto este baile, dicen que

es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en Méjico no bailaban ellas tal baile públicamente.

Las muchas mujeres que tenía Motézuma en palacio

Motézuma tenía muchas casas dentro y fuera de Méjico, así para recreación y grandeza, como para morada: no diremos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residía á la continua, llaman Tepac, que es como decir palacio; el cual tenía veinte puertas que responden á la plaza y calles públicas. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; habia en él muchas salas, cien aposentos de á veinticinco y treinta pies de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazón, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramientos de algodón, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas, porque, ó eran de mantas sobre esteras ó sobre heno, ó esteras solas; pocos hombres dormían dentro en esas casas; mas habia mil mujeres, y algunos afirman que tres mil entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para sí Motézuma las que bien le parecía; las otras daba por mujeres á sus criados y á otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo; las cuales, á persuasión del diablo, movían, tomando cosas para lanzar las criaturas, ó quizá porque sus hijos no habían de heredar; tenían estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun

mirarlas no dejaban á hombre; querían los reyes toda honestidad en palacio. El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Motezuma y las de sus antecesores, es un águila abatida á un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teocacán hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlán, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepetl, de cuitlactli, que es grifo como león. Ahora creo que no los hay, porque no los han españoles aún visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman quezalcnitactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello, y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho á león, y parecen águila, porque los pintan con cuatro pies, con dientes y con vello, que más aina es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuéla; y en todas estas cosas responde la pintura á nuestras escrituras y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene esto de los grifos, aunque hay muchos cuentos de ellos. También hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

Casa de aves para pluma

Otra casa tiene Motezuma de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae á una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques ó más, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de río y laguna, que muchas veces vacian, é hinchen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plu-

mas y hechura, que ponían admiración á los españoles mirándolas; ea las más de ellas no conocían ni habían visto hasta entonces. Á cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenían en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles centli, frísoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada día diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de Méjico; y aun á algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Había para servicio de estas aves trescientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgarlas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquecen, otros las curan enfermando, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricas mantas, tapices, rodelas, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

Casa de aves para caza

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque hay en ello más que en la otra, sino porque las hay mayores, ó porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y más nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nacimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nacen así, y aquellos los tienen como por milagro. Había también enanos, corcovados, quebrados, contrahechos y monstruos en gran cantidad, que los tenía por pasatiempo, y aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera de estos hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto. Había en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras

tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no había fiera ni animal de cuatro pies que allí no estuviese, á sólo efecto de decir que los tenía en su casa el gran señor Motzumacín, aunque más bravos eran. Dábanles de comer por sus raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza; había asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua ó con tierra, culebras como el muslo, víboras, cocodrilos, que llaman caimanes ó lagartos de agua; lagartos de estos otros, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas, y que espantan con sola la vista y su mala catadura; había también á otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcándaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña: alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve ó diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales había cincuenta mayores harto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una de ellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea había muchas, y estaban por su cabo, y tenía de ración para cada día quinientos gallipavos y trescientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos; otras muchas aves estaban allí que los españoles no conocieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, talle, uñas y presa que tenían. Daban á las culebras y á sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamiessen; y aun, como algunos cuentan, les echaban de la carne; ca muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros.

Españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedía terriblemente, y que temblaba si metían un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes; y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad

de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gañidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre ó acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certisimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento cincuenta pies larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubies, topacios, y otras así; adonde Motezuma entraba en oración muchas noches, y el diablo venía á hablarle, y se le aparecía, y aconsejaba según la petición y ruegos que oía. Tenía casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenían por armas ó señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenían cargo y oficios en la hacienda real. Y no había casa de éstas del rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

Casas de armas

Motezuma tenía algunas casas de armas, cuyo blasón es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan había muchas, y eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodelas más galanas que fuertes; cascos, grevas y brazaletes, pero no en tanta abundancia, y de palo do-

rado ó cubierto de cuero. El palo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y á las puntas hincan pedernal ó huesos del pez libiza, que es enconado, ó de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y encenan. Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman zacotl, y de teujalli, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de murciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se deshace. De esto mismo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo cercén; y aún entran en el hierro y mellan, que parece imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan á la guerra ó á la caza ó en la guarda.

Jardines de Motezuma

Sin las ya dichas casas, tenía también otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consentía Motezuma que en estos verjeles hubiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos ó mercaderes, aunque con todo esto, tenía huertos con frutales, pero lejos, y donde poquitas veces iba. Tenía asimismo fuera de Méjico casas en bosques de gran circuito y cercados de agua, dentro de las cuales había fuentes, ríos, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres,

zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y á menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Motezumacín, en que pocos reyes se le igualan.

Corte y guarda de Motezuma

Cada día tenían seiscientos señores y caballeros á hacer guarda á Motezuma, con cada tres ó cuatro criados con armas; y alguno traía veinte ó más, según era y lo que tenía; y así, eran tres mil hombres, y aún dicen que muchos más, los que estaban en palacio guardando al rey. Y todos comían allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, ó sus raciones. Los criados ni subían arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo henchían todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pusiesen tanta guarda é hiciesen aquella apariencia y majestad, y que la ordinaria fuese menos; aunque á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano, que, como dicen, son treinta de á cien mil vasallos, residían en Méjico por obligación y reconocimiento, en la corte del gran señor Motezumacín, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera á sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del rey. Y dejaban algún hijo ó hermano por seguridad y porque no se alzasen; y á esta causa tenían todos casas en la ciudad de Méjico Tenuchtitán. Tanto fué el estado y casa de Motezuma; su corté tan grande, tan generosa, tan noble.

Que todos pechan al rey de Méjico

No hay quien no peche algo al señor de Méjico en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal; los labradores, que llaman macebalín, con persona y bienes; y esto en dos maneras: ó son renteros ó herederos. Los que tienen heredades propias pagan por año uno de tres que cogen ó crían. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, salcera y miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, centli, ají, camatli, habas, frisoles y todas frutas, hortaliza y semillas, de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses ó por años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen huevos, les parece que el rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que habían de comer, y lo demás les tomaban. Visten á esta causa pobrissimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra ó un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servían con las personas todas las veces que el gran señor quería, aunque no quería sino en tiempos de guerras y caza. Era tanto el señorío que los reyes de Méjico tenían sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenía, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comían hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Cruelles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero

no tantos como dicen, y los que eran después los contaremos por días y cabezas. Todas estas rentas traían á Méjico á cuestras los que no podían en barcas, á lo menos las que menester eran para mantener la casa de Motezuma. Las demás gastaban con soldados ó trocábanse á oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En Méjico había trojes, graneros, y, como dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo recibían y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traían varas y ventalles en las manos; los cuales acudían, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padrón que tenían del lugar y provincia de su partido, á los de Méjico. Si erraban ó engañaban, morían por ello, y aun penaban á los de su linaje, como parientes de traidor al rey. Á los labradores, cuando no pagan, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanes, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan á ciertos plazos que les dan, pueden á los unos y á los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributos, ó sacrificarlos. También tenía muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconocían en algunas cosas de mayoría; pero esto más era honra que provecho. De suerte pues que por esta vía tenía Motezuma, y aun le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y más, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas quería; porque ya de gran tiempo están diputados muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa más de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pie á costa suya propia; que ponían su trabajo, pagaban los oficiales y traían á cuestras ó arrastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios á las obras. Y ni más ni menos proveían, y muy abundantemente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas,

cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y habían menester, á lo que cuentan, quinientas cargas de tamemes, que son mil arrobas; y muchos días de invierno, aunque no es recio, muchas más. Y para los braseros y chimeneas del rey traían cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, ó por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, ó porque más fatiga pasasen. Tenía Motezuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenía fuerzas, guarnición y tesoreros del servicio y pechos, á que eran obligadas. Extendíase su señorio y mando de la mar del Norte á la del Sur, y doscientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que había en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallán, Mechuacán, Pánuco, Tecoantepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valíale mucho el rescate y trueque que había con ellos cuando quería. Había asimismo otros muchos señores y reyes como los de Tezcuco y Tlacopán, que no le debían nada, sino la obediencia y homenaje; los cuales eran de su mismo linaje, y con quien casaban los reyes de Méjico sus hijas.

De Méjico Tenuchtitlán

Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitísima gente. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes; las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la mitad de tierra, por donde andan los hombres á pie, y la mitad

agua, por donde andan los barcos. Las calles de agua, de suyo son limpias; las de tierra barren á menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas; una sobre la calzada, y otra sobre el agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha de ella para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pie de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodela y lanzas, de Motezuma y Axaiaca, su padre, según dicen. Tráenla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. De esta fuente se bastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos. Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro Méjico, donde mora Motezuma, que quiere decir manadero, y es el más principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su propio y antiguo nombre es Tenuchtitlán, que significa fruta de piedra; ca está compuesto de tetl, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haití llaman tunas. El árbol, ó más propiamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli se llama entre los indios de Culúa mejicanos, nopai; el cual es casi todo hojas algo redondas, un palmo anchas, un pie largas, un dedo gordas y dos, ó más ó menos, según donde nacen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va creciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pie que viene á ser como árbol. Y no solamente produce una hoja á otra por la punta, mas echa también otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir.

En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo de estas hojas de nopai. La fruta nuchtli es á manera de higos, que

así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son más largos y coronados, como nispolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por fuera que dentro es escarnada, y sabe bien; hay nuchtli que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfectas y sabrosas son las blancas, de las cuales á su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben á peras, otras á uvas. Son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan más por ellas que los indios. Cuando esta fruta es más cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas ó magrillas. Hay también otra suerte de nuchtli, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tienen mucho los dedos y labios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tienen la orina en tanta manera, que parece pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer de estos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacían reir los compañeros. Asimismo han picado muchos médicos recién llegados de acá, viendo las orinas de quien había comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, á gran risa de los oyentes y sabedores de la burla. De aquella fruta nuchtli, y de tetl, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlán, y cuando se comenzó á poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nació un nopal muy grande, y por eso tiene Méjico por armas y divisa un pie de nopal nacido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. También dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo

de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después dije, esta tierra de Anauac, que ahora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman nuchiztli, la cual sale del mismo cardón nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesi por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fué, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlán, y el natural y vecino tenuchca. Méjico, según ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios Méjico Tenuchtitlán todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere Méjico decir manadero ó fuente, según la propiedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay al rededor de él muchas fuentecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron así. También afirman otros que se llamo Méjico de los primeros fundadores, que se dijeron mejiti; que aún ahora se nombran méjica los de aquel barrio y población; los cuales mejiti tomaron nombre de su principal dios é idolo, dicho Mejitli, que es el mismo que Vitcilopuchtli. Primero que se poblase este barrio Méjico, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla. Está Méjico Tenuchtitlán todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene más de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hacia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, según ya dije. La laguna en que está Méjico asentada, aunque parece toda una, es dos, y muy diferente una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de peces, y la otra de agua dulce y buena, y que cria peces, aunque pequeños. La salada crece y mengua; mas según el aire

que corre, corre ella. La dulce está más alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto tendrá la dulce en cada cosa; y así, bajará toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y á la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo que es Tezcucó, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque allí es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargó en el número de estas acalles. para según lo que otros dicen; ca en sólo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil de ellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas de ellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial día de mercado.

Los mercados de Méjico

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Méjico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Es-

pecial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de lo semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Motezuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por los colores y extrañeza. La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tan-

que corre, corre ella. La dulce está más alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y más de quince de ruedo. Otro tanto tendrá la dulce en cada cosa; y así, bajará toda la laguna más de treinta leguas, y tendrá dentro y á la orilla más de cincuenta pueblos, y muchos de ellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo que es Tezcucó, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas doscientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque allí es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, según el tronco del árbol. Antes me acorto que alargó en el número de estas acalles. para según lo que otros dicen; ca en sólo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil de ellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas de ellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial día de mercado.

Los mercados de Méjico

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Méjico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Es-

pecial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de lo semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Motezuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbón, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenían cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por los colores y extrañeza. La más rica mercadería es sal y mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que de estas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tan-

tas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo más lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que ó está vivo ó está natural. Y aconteceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando á una parte y á otra, al sol, á la sombra, á la vislumbre, por ver si dice mejor á pelo ó contrapelo ó al través, de la haz ó del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio más primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundición pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pez con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacian un papagayo que se le ande la lengua, que se le menee la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue pies y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, ó una manzana, que parezca que come. Y lo tuvieron á mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujerean perlas; pero no tan bien como por acá. Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, latón y estaño, aunque de los tres metales postreros es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinás, esponjas y menudencias otras. Y cierto que son muchas y muy diferentes y para reir las bujerías, los melindres y dijes de estos indios de Méjico.

Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; ca los hombres y mujeres y niños conocen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarecer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan á la plaza ungüentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propia y conocida. Las cosas que para comer venden no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cría sobre la agua de las lagunas de Méjico, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay de ello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, lo vacian, y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos, y no sólo las venden en el mercado, mas llévanlas también á otros fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con chilmolí es sabroso. Y dicen que á este cebo vienen tantas aves á la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados enteros y á cuartos; gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros, que gañen como ellos y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales de estos así, que crían y cazan. Hay tanto del bodegón y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como había en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentísimas aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frísoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado,

verdes y secas. Pero la más principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haití. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos, y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl y otros árboles y cosas, que vale más que arroyo. Hay aceite de chian, simiente que unos la comparan á mostaza, y otros á zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. También lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque más usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán.

No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado de estos de Méjico. Los que venden, pagan algo del asiento al rey, ó por alcabala ó porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; éste da un gallipavo por un haz de maíz; el otro da mantas por sal ó á dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra; y de esta guisa pasa la barateria. Tienen cuenta, porque por una manta ó gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

El templo de Méjico

Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de teult, que es Dios, y de calli, que es casa; vocablo harto propio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cues á los templos, y á Vitcilopuctli Uchilobos. Muchos templos hay en Méjico, por sus parroquias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos é imágenes de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se enterran alrededor y en los patios. Todos son de una hechura, ó casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oída sino aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina á esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden á las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio de este espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un cantón á otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza á crecer el montón, tiene unos grandes relejes. Cuanto más la obra crece, tanto más se estrecha la cepa y disminuyen los relejes; de manera que parece pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho ó diez brazas. Por la parte de hacia poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba á lo alto, que cada una de ellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento trece ó ciento catorce gradas, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, parecía muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y

bajar por allí los sacerdotes con alguna ceremonia ó con algún hombre para sacrificar. En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviado uno de otro, y tan juntos á la orilla y borde de la pared, que no quedaba más espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno de estos altares está á la mano derecha, y el otro á la izquierda. No eran más altos que cinco palmos. Cada uno de ellos tenía sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenía cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; á cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se parecía de muy lejos. Y de ella se miraba y contemplaba muy á placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y más hermosa vista del mundo. Y porque la viesan Cortés y los otros españoles, los subió arriba Motezuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacía anchura harta á los sacerdotes para celebrar los oficios muy á placer y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hacia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos había un ídolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide, había otras cuarenta ó más torres pequeñas y grandes en otros teucallis chicos, que están en el mismo circuito del mayor; los cuales, aunque eran de la misma hechura, no miran al oriente, sino á otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos había uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcoatlh; porque así como el aire anda al rededor del cielo, así le hacían el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenía los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba

á los que allá entraban, en especial á los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros teucallis ó cues había en la ciudad, que tenían las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenían otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenían casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses. Á cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos al rededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, ca eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la munición y almacén. Había otras tres salas á la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera é imaginería, con muchas capillas ó cámaras de muy chicas puertas y oscuras allá dentro, donde están infinitisimos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocian con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un palmo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada día los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino á grandes personas, y aun han de ofrecer algún hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque; el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben. Todo lo al del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, y jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es era éste de Méjico, que para sus falsos dioses tenían los engañados hombres. Residen en él á la continua cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen á su costa de él, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados á tenerlo siempre en

pie; y que de concejo siembran, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha, y harta más que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivían más descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, según ellos decían. Motezuma llevó á Cortés á este templo para que los españoles lo viesén, y por mostrarles su religión y santidad, de la cual hablaremos en otra parte muy largo, que es la más extraña y cruel que jamás oistes.

De los ídolos de Méjico

Los dioses de Méjico eran dos mil, á lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del teucalli sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordo, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas á lo mosaico, de turquesas, esmeraldas, calcedonias, amatistas y otras piedrecitas finas que hacían gentiles labores, descubriendo, el nácar. Tenían por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenía sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Vitcilopuchtli, de la guerra, que era más adorado y tenido que todos los otros. Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, según algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgenes sacrificadas, y abiertas

por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrábanlo con grandísima pompa y ceremonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente á la consagración, con regocijo y devoción increíble, y muchas personas devotas llegaban á tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y á meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después de esto ningún seglar podía, ni aun le dejaban tocar, ni entrar á su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran tlamacaztli, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo á tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podía haber un pedazo de él para reliquias y devociones, especial soldados. También bendecían entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas ceremonias y palabras, y guardábanla al pie del altar muy religiosamente para consagrar al rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitán general cuando lo elegían para alguna guerra, dándole á beber de ella.

El osario que los mejicanos tenían para remembranza de la muerte

Fuera del templo y en frente de la puerta principal, aunque más de un grandé tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados á cuchillo; el cual era á manera de teatro, más largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que están engeridas entre piedra y piedra calaveras con los dientes hacia fuera. Á la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, á lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro había setenta ó más vigas altas, apartadas unas de otras

cuatro palmos ó cinco, y llenas de palos cuanto cabían de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacían muchas aspás por las vigas, y cada tercio de aspa ó palo tenía cinco cabezas ensartadas por las sienas. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene apariencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. También hay personas diputadas para que, en cayéndose una calavera, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.



Prisión de Motezuma

Seis días que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos de ella, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después diremos. fueron muy visitados de Motezuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveídos, como el primer día, y ni más ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer y yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto más sus dueños pedían; y aun les hacían las camas de flores. Mas empero, aunque eran así regalados y se tenían por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podían henchir las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, á quien, como á caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de Méjico y algunas congojas de muchos españoles que le venían con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar

hombre de ellos el día que á Motezuma se le antojase, ó se revolviere la ciudad, con no más de tirarles cada vecino su piedra, ó rompiendo las puentes de la calzada, ó no dándoles de comer; cosas harto fáciles para los indios.

Así que, pues con el cuidado que tenía de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvenientes para sus deseos, acordó prender á Motezuma y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traía pensado, á lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al Rey no tomarían el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prisión, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después; y determinó, sin dar parte á nadie, prenderlo luego. La ocasión ó achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prendería, y querer apoderarse de Méjico y de su imperio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar á Motezuma. Leyólas, y metióselas en la faltriquera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun á él mismo le parecía temerario, pero necesario para su intento. Andando así paseando, vió una pared de la sala más blanca que las otras; llegóse á ella, y conoció que estaba recién encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormían. Hízola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro que lo espantó, y tantas gentilezas, que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fué sin tocar á cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar á Motezuma, no se estorbaba por eso su prisión, y porque aquello en casa se estaba. Otro día por la mañana vinieron

á él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallán, á decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querían quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas ó verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y á los demás dice que de dos en dos, y tres á cuatro, ó como mejor les pareciere, se vayan á palacio muy disimuladamente, que quiere hablar á Motezuma sobre cosas que les va las vidas. Ellos lo hicieron así, y él fué derecho á Motezuma con armas secretas, que así iban los que las tenían. Motezuma lo salió á recibir, y metiólo en una sala donde tenía su estrada. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron á la puerta y en el patio. Saludóle Cortés según acostumbraba, y luego comenzó á burlar y tener palacio, como otras veces solía. Motezuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenía, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversación, dió á Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta á Motezuma si no lo hiciera así; mas díjole que era casado y no la podía tomar por mujer; ca su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una sola mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello. Después de todo esto, mostróle las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, é hizoselas declarar, quejándose de Cualpopoca, que había muerto tantos españoles, y de él mismo, que lo había mandado, y de que los suyos publicasen que querían matar los españoles y romper las puentes. Motezuma se disculpó reciamente de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego á la hora, con la saña que tenía, ciertos criados suyos, mandóles que fuesen á llamar á Cualpopoca, y dióles una piedra, como sello, que traía al

brazo y que tenía la figura de Vitcilopuchtli. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: «Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo á mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen, y traigan á Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengáis pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propia mía ó por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, ca no puedo hacer al; que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarían de mí, que no los amparo y defendo. Así que mandad á los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere los pagaré vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente.»

Mucho se turbó Motezuma, y dijo con toda gravedad: «No es persona la mía para estar presa, y ya que lo quisiese yo, no lo sufrirían los míos.» Cortés replicó, y él también, y así estuvieron ambos más de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iría, pues había de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fué allí con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusieronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el Rey iba preso en poder de los españoles, comenzóse de alborotar toda. Mas él consoló á los que lloraban, y mandó á los otros cesar, diciendo que no estaba preso ni contra su voluntad, sino muy á su placer. Cortés le puso guarda española con un capitán, que la quitaba y ponía cada día, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenían y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversación, y les daba siempre algo. Era servido allí, como en palacio, de los suyos mismos, y de los españoles también, que no veían placer que no le diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de continuo no tuviese pena,

y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernación de sus reinos como antes, y hablar pública y secretamente con todos cuantos querían de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nación, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender á Motezuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

La caza de Motezuma

No sólo tenía Motezuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas también le dejaba Cortés salir siempre que quería á caza ó al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salía á cazar, iba en andas á hombros de hombres; llevaba ocho ó diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mejicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenía grandísimo número; unos para montar, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanas; tiraban á venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar á ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que á manos, palos, redes y arcos hacían de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan como gatos. Mucho es tomar un león, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque más vale maña que fuerza; empero mucho más es tomar las aves que van volando por el aire, á ojeo, como hacen los cazadores de

Motezuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, según aconteció un día de estos, que estando con Motezuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un gavián, y dijo uno de ellos: «¡Oh qué buen gavián! ¡Quién lo tuviese!» Entonces llamó ciertos criados, que decían ser cazadores mayores, y mandóles que siguiesen aquel gavián y se lo trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dió á los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Motezuma, mandar tal cosa, y necedad de los otros obedecerle, si no lo pudieran ó supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostración de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavián bravo, y jurasen ser aquel mismo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes loaría yo á quien lo tomó que no al que lo mandó. El mayor pasatiempo de estas salidas era la caza de altanería, que hacían de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapiña, suyas y nuestras, que volaban á las nubes, y algunas que matan liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban á volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Motezuma tiraba bien con arco á fieras, y con cerbatana, de que era muy gran tirador y certero, á pájaros. Las casas á do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacía fiesta y banquete allá á los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche á dormir á casa de Cortés, ni de dar algo á los españoles que le habían acompañado aquel día; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacía mercedes, dijole que los españoles eran traviosos, y habían escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras; que viese lo que

mandaba hacer de ello; y era lo que él descubrió. Él dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si más queréis, más os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los idolos de Méjico

Cuando Motezuma iba al templo, era las más veces á pie, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en bajando de ellas; y si á pie, creo que la llevaba siempre, como cetro. Era muy ceremonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo más sustancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Motezuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Motezuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los idolos delante de él y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase de ello; que se alborotarían y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religión y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Motezuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los idolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Motezuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy

mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Motezuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. Él lo dejó, ca le pareció que aún no era sazón ni tenia el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero dijoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los idolos

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier otra parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razón y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guien á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto más el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habéis dado. Á vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun quere-

mandaba hacer de ello; y era lo que él descubrió. Él dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomadlo para vos y para ellos; y si más queréis, más os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los idolos de Méjico

Cuando Motezuma iba al templo, era las más veces á pie, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en bajando de ellas; y si á pie, creo que la llevaba siempre, como cetro. Era muy ceremonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo más sustancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros días que los españoles llegaron, y siempre que Motezuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenían de ir allá con él, avisó Cortés á Motezuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si quería que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo quería derribar los idolos delante de él y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase de ello; que se alborotarían y tomarían armas en defensa y guarda de su antigua religión y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Motezuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los idolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Motezuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy

mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Motezuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. Él lo dejó, ca le pareció que aún no era sazón ni tenia el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero dijoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los idolos

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquier otra parte, que vivan de él, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mismo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualdad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no sólo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun también parientes en sangre; empero acontece, por la providencia de aquel mismo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razón y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guien á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvación por la vereda de la verdadera religión. Yo pues, y mis compañeros, vos deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto más el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habéis dado. Á vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun quere-

mos; el alma solamente buscamos para su salvación; á la cual ahora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, ó no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. Él solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adoráis; él mismo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegameamente vosotros tenéis por dioses. Él asimismo, con sus propias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y á sí mismo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y hechura de Dios, y aun hijos; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, inocentes y corregibles; lo que no podéis vosotros ser si adoráis estatuas y matáis hombres. ¿Hay hombres de vosotros que querría le matasen? No por cierto. Pues ¿por qué matáis á otros tan cruelmente? Donde no podéis meter alma, ¿para qué la sacáis? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaría ninguno sin hijos, y todos tendrían cuántos quisiesen y cómo los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y á quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habéis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, no los frios metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos

hacen con sus manos sucias estas imágenes y estatuas feas y espantosas, que vanamente adoráis. ¡Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos! Adoráis lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan ó tocan. ¿Creéis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para qué tener más aquí estos ídolos, ni se hagan más muertes ni oraciones delante de ellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Queréis conocer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun á los animales de agua y pan. Á este Dios pues, que ahora imagináis allá dentro en vuestros corazones, á ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devoción y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá.»

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos; otorgando Motezuma que no tornasen á los poner, y que barriesen y limpiasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen más hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imagen de santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Motezuma y los suyos prometieron de no matar á nadie en sacrificio, y de tener la cruz é imagen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aún derribados no estaban, en pie; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, á lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen; y pusieron cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos entre ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho

tiempo. Más honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

Quema del señor Cualpopoca y de otros caballeros

Veinte días andados después que Motezuma fué preso, volvieron aquellos sus criados que habían ido con su mandado y sello, y trajeron á Cualpopoca y á un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, según hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en Méjico acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traían á hombros criados y vasallos suyos; y luego que habló á Motezuma, fué entregado á Cortés con el hijo y los quince caballeros. Él los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habían muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Motezuma, respondió: «¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?» Casi diciendo de no. Cortés le dijo: «Muy mayor es el rey de los españoles que vos matastes sobre seguro y á traición; y aquí lo pagaréis.» Examináronse otra vez con más rigor, y entonces todos á una voz confesaron cómo ellos habían muerto dos españoles, tanto por aviso é inducimiento del gran señor Motezuma, como por su motivo; y á los otros en la guerra que le fueron á dar en su casa y tierra, donde lícitamente les pudieron matar. Cortés, por la confesión que de la culpa hicieron con su propia boca, los sentenció y condenó á quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningún escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veían ejecutar en señor tan principal y en reino de Motezuma, á hombres extranjeros y huéspedes.

La causa de quemar á Cualpopoca

Mandó Cortés á Pedro de Hircio que procurase de poblar donde ahora es Almería, porque Francisco de Garay no entrase allí, pues ya lo habían echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios á su amistad, para que se diesen al Emperador. Cualpopoca, señor de Nahuatlán, ó cinco villas que ahora llaman Almería, envió á decir á Pedro de Hircio cómo él no iba á darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas que iría si le enviase algún español para le asegurar el camino; pues nadie osaría enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenía gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahuatlán, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos á dar la nueva en la Veracruz. Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fué contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallán, y llevó dos caballos que tenía y dos tirillos. Cualpopoca, desde que lo supo, salió con gran ejército á echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallaneses; mas al cabo fué vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cautivos. Éstos dijeron cómo por mandado del gran señor Motezuma había hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que también lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa á los de Méjico. Esto escribió Pedro de Hircio á Cortés á Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender á Motezuma, según ya se dijo.

Cómo Cortés echó grillos á Motezuma

Antes que los llevasen á la hoguera, dijo Cortés á Motezuma cómo Cualpopoca y los otros habian dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo había hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respeto al amor que le tenía, que de otra suerte pasara el negocio; y echóle unos grillos, diciendo: « Quien mata, merece que muera, según ley de Dios. » Esto hizo por ocuparle el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Motezuma se puso como muerto y recibió grandísimo espanto y alteración con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenía culpa ni sabía nada de aquello. Y así, luego aquel día mismo, ya que la quema fué hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fué á palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradeció el comedimiento, y no quiso irse, ó porque le pareció, como ello debía ser, todo palabras y cumplimento, ó porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decia que si se iba de allí le harian rebelar, y matar á él y á sus españoles. Hombre sin corazón y de poco debía ser Motezuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés y rogándose los suyos; y siendo tal, era tan obedecido, que nadie osaba en Méjico enojar á los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con sólo decirle que el señor le llamaba, y con mostrarle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacían todos todo lo que quería y mandaba.

De cómo envió Cortés á buscar oro en muchas partes

Tenía Cortés mucha gana de saber cuán lejos llegaba el señorío y mando de Motezuma, y cómo se habian con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar á España del quinto al Emperador, con entera relación de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó á Motezuma le dijese y mostrase las minas de dónde él y los suyos habian el oro y plata. Él dijo que le placía, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conocedores del minero, y los cuatro que sabian la tierra á do los quería enviar; y mandóles que de dos en dos fuesen á cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dió, á saber los ríos y mineros de oro y traer muestra de ello. Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Motezuma. Á los que fueron á Zuzolla, que está ochenta leguas de Méjico y son vasallos suyos, les mostraron tres ríos con oro, y de todos les dieron muestra de ello, mas poca, porque sacan poco, á falta de aparejos é industria ó codicia. Éstos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamacolapán, es de mucha razón y más bien vestida que la mejicana. Los que fueron á Malinaltepec, setenta leguas lejos, trajeron también muestra de oro que los naturales sacan de un gran río que atraviesa por aquella provincia. Á los que fueron á Tenich, que está el río arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razón de lo que buscaban, el señor de ella, que dicen Coatelicamatl, porque ni reconoce á Motezuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los

mejicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mandado á que venían, para que llevasen recado á su capitán. Como esto vieron los de Méjico, pusieron mal co-razón á los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataría. Algo dudaron los nuestros de hablar á Coatelicamatl, aunque ya tenían licencia, con lo que sus compañeros decían, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinticinco palmos, y aun algunos con de á treinta. Mas al cabo entraron, por-que fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coatelicamatl los recibió muy bien, hizoles mostrar luego siete ú ocho ríos, de los cuales saca-ron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores á Cortés ofreciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro. Cortés se holgó más de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Motezuma deseaban su amistad. Á Motezuma y los suyos no les placía mucho, porque Coate-licamatl, aunque no es gran señor, tiene gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron á Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, vol- vieron con la muestra del oro de dos ríos que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés á Mote- zuma que le hiciese allí una á nombre del Emperador. Él mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas al rededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelan muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y aderezos de entre casa en todas ellas, que valía veinte mil castellanos.

Había asimismo sesenta fanegas de centli sembradas, diez de frisoles, y dos mil pies de cacauath ó cacao, que nace por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narváez y con la re-

vuelta de Méjico, que siguieron luego. Rogóle también que le dijese si en la costa de su tierra, que está á esta mar, había algún buen puerto en que las naves de España pu- diesen estar seguras. Dijo que no lo sabía, mas que lo pre- guntaría ó lo enviaria á saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodón toda aquella costa, con cuantos ríos, ba- hias, ancones y cabos había en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parecía puerto ni cala, ni cosa se- gura, sino un grande ancón que está entre las sierras que ahora llaman de San Martín y San Antón, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir á los Malucos y Especiería. Mas em- pero estaban muy engañados, y creían lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen, con los que Motezuma daba, pues hacía tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Motezuma, y fueron á dar á Chalchicocca, donde habían desembarcado, que ahora se dice San Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de cos- ta sin hallar ancón ni río, aunque toparon muchos, que fuese hondable y bueno para naos. Llegaron á Coazacoalco, y el señor de aquel río y provincia, llamado Tuchintlec, aunque enemigo de Motezuma, recibió los españoles por- que ya sabía de ellos desde cuando estuvieron en Poton- chán, y dióles barcas para mirar y sondar el río. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde más hondo. Su- bieron por él arriba doce leguas. Es la ribera de él de grandes poblaciones, y fértil á lo que parecía. Sin esto, Tuchintlec envió á Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodón, de pluma, de cuero, y trigués, y á decir que quería ser su amigo y tri- butario del Emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra. Mucho placer tuvo Cortés con esta mensajería y de que se hubiese hallado aquel río; ca decían marineros que del río de Grijalba has- ta el de Pánuco no había río bueno; mas creo que también

se engañaron. Tornó á enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintlec, y á que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá á Juan Velázquez de León por capitán de ciento cincuenta españoles, para que poblase é hiciese una fortaleza.

La prisión de Cacama, rey de Tezcuco

La poquedad de Motezuma, ó amor que á Cortés y á los otros españoles tenía, causaba que los suyos no solamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelión, especialmente su sobrino Cacamacin, señor de Tezcuco, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prisión del tío, y como vió que iba muy á la larga, rogóle que se soltase y fuese señor, y no esclavo. Y viendo que no quería, amotinóse, amenazando de muerte á los españoles; unos decían que por vengar la deshonra del Rey, su tío; otros por hacerse el señor de Méjico, otros que por matar los españoles; sea por lo uno ó sea por lo otro, ó por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Motezuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir á sacar de cautiverio á Motezuma y á echar de la tierra los españoles, ó matarlos y comérseles. Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propia casa y pueblo, sino que Motezuma se lo estorbó, diciendo que Tezcuco era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenía todos los de Culúa, como señor de Culucán y Otumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parecía mejor llevarlo por otra vía; y así, guió Cortés el

negocio todo á consejo de Motezuma, y envió á decir á Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que había entre los dos desde que lo salió á recibir y meter en Méjico, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haría gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenía él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer quería era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religión; y primero que dejase las armas, vengaría á su tío y á sus dioses; y que él no sabía quién era el rey de los españoles, ni lo quería oír, cuanto más saber. Cortés tornó á le amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Motezuma que le mandase lo que él le rogaba. Motezuma le envió á decir que se llegase á Méjico para dar un corte á las diferencias y enojos entre él y los españoles, y á ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agriamente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaría preso ni cautivo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenían hechizado y usurpado el reino; ni la religión mejicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de pies de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religión, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iría de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habían hecho á la nación de Culúa. En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder á Méjico como las vidas, si no se atajara esta guerra y motín, porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenía mucha y buena gente de guerra; y porque también andaban en Méjico ganosos de revuelta para cobrar á Motezuma, y matar los españoles ó echarlos de la ciudad. Mas remediólo muy bien Mo-

tezuma, que conociendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se había de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcuco con Cacama, que le prendiesen y se lo entregasen. Ellos, ó por ser Motezuma su rey y estar aún vivo, ó porque le habían siempre servido en las guerras, ó por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un día estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en acalles que para ello tenían á punto y armadas, le metieron, y trajeron á Méjico, sin otras muertes ni escándalos, aunque fué dentro en su propia casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen á Motezuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbra los reyes de Tezcuco, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de Méjico. Motezuma no le quiso ver, y entrególo á Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso á recado y guarda. Y á voluntad y consejo de Motezuma hizo señor de Tezcuco y Culhuacán á Cucuzca, su hermano menor, que estaba en Méjico con el tío y huído del hermano. Motezuma le intituló é hizo las ceremonias que suelen á los nuevos señores, como en otra parte diremos; y en Tezcuco le obedecieron luego por mandado suyo, y porque era más bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. De esta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacía reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mejicano. Y á la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; ca luego se le encajó que había de ganar á Méjico y señorear el estado de Motezuma.

La oración que Motezuma hizo á sus caballeros dándose al rey de Castilla

Motezuma hizo llamamiento y cortes tras la prisión de Cacama, á las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de Méjico. Y de su albedrío, ó por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascrito razonamiento:

«Parientes, amigos y criados míos: bien sabéis que há diez y ocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre vos he sido buen señor, y vosotros á mi buenos vasallos y obedientes; y así, confío que lo seréis ahora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debéis tener, que ó vos lo dijeron vuestros padres, ó lo habréis oído á nuestros sabios adivinos y sacerdotes, como ni somos naturales de esta tierra, ni nuestro reino no es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de lejos tierras, y su rey ó caudillo que traían, se volvió á su naturaleza, diciendo que enviaría quien los rigiese y mandase si él no viniese. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años há, es el que ahora envía estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias á los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis á este capitán por vasallos del Emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoos mucho que desde en adelante le obedezcáis bien y así como hasta aquí habéis hecho á mí, y le deis y paguéis los tributos, pechos y servicios que me soléis dar, ca no me podéis dar mayor contentamiento.»

No les pudo más hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo

responder. Dieron grandes suspiros, dijeron muchas lástimas, que aun á los nuestros enternecieron el corazón. En fin, respondieron que harían lo que les mandaba. Y Motezuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fué á su casa con el corazón que Dios sabe y vosotros podéis pensar. Fué cosa harto de ver llorar Motezuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron al hacer, así porque Motezuma lo quería y mandaba, como porque tenían pronósticos y señales, según que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, á señorear á aquella tierra; y también porque entre ellos se platicaba que en Motezuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culúa, más también el señorío; y por eso decían algunos no fuera él ni se llamara Motezuma, que significa enojado, por su desdicha. Dicen también que el mismo Motezuma tenía del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarían en él los emperadores mejicanos, y que no le sucedería en el reino hijo ninguno suyo, y que perdería la silla á los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra á los españoles, creyendo que le habían ellos de suceder; bien que por otro cabo le tenía por burla, pues había más de diez y siete años que era rey. Fuese pues por esto, ó por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Motezuma hizo aquello, y amaba mucho á Cortés y españoles, y no sabía enojarlos. Cortés dió á Motezuma las gracias cuán más cumplidamente pudo, de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre sería rey y señor, y mandaría como hasta allí y mejor; y no sólo en sus reinos, más aun también en los que él más ganase y atrajese al servicio del Emperador.

El oro y joyas que Motezuma dió á Cortés

Pasados algunos dias después que Motezuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el Emperador tenía en guerras y obras que hacía, y que sería bien contribuyesen todos y comenzasen á servir en algo; por ende que convenía enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y á ver qué hacían y daban los nuevos vasallos, y que diese también él algo si tenía. Motezuma dijo que le placía, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza, no quisieron ó no osaron tocarla sin que primero Cortés la viese; y así, lo llamaron, y él fué allá, tomólo, y llevólo todo á su aposento. Dió asimismo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodón y pluma, tejidas á maravilla; no tenían par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las habían visto; dió más doce cerbatanas de fusta y plata con que solía él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles.

Y todo tan perfecta y menudamente, que bien tenían qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con más primor y sutileza que la pintura. La red para bодоques y turquesas eran de oro, y algunas de plata. Envió también criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía á sus provincias, y á tierras de señores, ochenta y cien leguas de Méjico, á coger oro por los tributos acostumbrados, ó por nuevo servicio para el Emperador. Cada señor y provincia dió la medida y cantidad que Motezuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y

perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peón, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de montón lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al rey de su quinto más de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salsillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, según que después muy por entero diremos.

Cómo rogó Motezuma á Cortés que se fué de Méjico

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veía rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Motezuma, pues lo tenía á él preso, y tenía á su devoción á los de Tlaxcallán, á Coatelicamatl y Tuchintlec, y sabía que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacán

eran enemiciísimos de mejicanos, y le ayudarían si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y más principal. Que magüer no asoló los idolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacía á los clérigos y frailes que dijesen misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejecida religión, ó porque los nuestros atendían á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. Él oía misa todos los días, y mandaba que todos los españoles la oyesen también, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Motezuma volvía la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden. La vuelta de Motezuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fué de su tierra, si quería que no le matasen como los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban á que saliese de prisión, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón á Motezuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría, y no le hablaría

perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos días, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundieronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento sesenta mil pesos, y aún más, y de plata más de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno según era. Al de caballo, doblado que al peón, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de montón lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al rey de su quinto más de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salsillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valía allende de esto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundición, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cerbatanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran peces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenían par; mas no se envió, y todo ó lo más se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, según que después muy por entero diremos.

Cómo rogó Motezuma á Cortés que se fué de Méjico

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veía rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Motezuma, pues lo tenía á él preso, y tenía á su devoción á los de Tlaxcallán, á Coatelicamatlh y Tuchintlec, y sabía que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacán

eran enemiciísimos de mejicanos, y le ayudarían si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y más principal. Que magüer no asoló los idolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágenes de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacía á los clérigos y frailes que dijese misa cada día, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenían recio en su envejecida religión, ó porque los nuestros atendían á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. Él oía misa todos los días, y mandaba que todos los españoles la oyese también, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Motezuma volvía la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo Narváez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contaremos por su orden. La vuelta de Motezuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fué de su tierra, si quería que no le matasen como los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y continuo que los suyos siempre le daban á que saliese de prisión, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debía ser pobre; y que si él quería, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no quería ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparecía, puso muchas veces en corazón á Motezuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacía, se iría, y no le hablaría

más, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. Él le decía que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaría que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataría. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haría grandísimo placer; ó se tenía de ir él ó los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religión á la suya, ca no se compadecian juntas entrambas. La tercera razón, y que no se publicaba, era, según sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanecen en un ser y voluntad, así Motezuma se arrepintió de lo que habia hecho, y le pesaba de la prisión de Cacamacin, que algún tiempo quiso mucho, y que á falta de sus hijos, le habia de heredar, y porque conocia ser como le decian los suyos, y porque le dijo el diablo que no podia hacer mayor servicio, ni sacrificio más acepto á los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaria en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaria, ni dejarían de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deciochoeno de su reinado. Por estas causas pues, ó por ventura por otras que no sabemos, Motezuma apercibió cien mil hombres tan secretamente, que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen diciéndoselo, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar á Cortés. Y un día salióse disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, á quien debía dar parte, y envió llamar á Cortés. Cortés dijo: «No me agrada esta novedad; plega á Dios sea por bien.» Tomó doce españoles, que más á mano halló, y fué á ver qué le quería ó para qué le llamaba, que no lo solía hacer. Motezuma se levantó á él, tomóle de la mano, metiólo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y dijole: «Ruégovos que os vais de esta mi ciudad y tierra, ca mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aqui; pedidme lo que quisiéredes, y dár-

voslo he, porque os mucho amo; y no penséis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende cumple que así se haga en todo caso.» Cortés cayó luego en la cuenta, ca no le pareció que le recibia con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas ceremonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de declararle la voluntad de Motezuma, dijo á un español de los doce que fuese á avisar á los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habian dicho en Tlaxcallán, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazón para salir de aquella afrenta. Como acabó el intérprete, respondió Cortés: «Entendido he lo que decís, y agradézcovoslo mucho; ved cuándo mandáis que nos vamos, y así se hará.» Replicó Motezuma: «No quiero que os vais sino cuando quisiéredes, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré á vos dos cargas de oro, y una á cada uno de los vuestros.» Entonces le dijo Cortés: «Ya, señor, sabéis cómo eché al través mis naos luego que á vuestra tierra llegamos; y así, tenemos ahora necesidad de otras para nos volver á la nuestra; por tanto, querria que llamásedes vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos iremos si nos dais lo que prometido habéis, y decidlo así á vuestros dioses y á vuestros vasallos. Contentamiento grande mostró de esto Motezuma, y dijo: «Sea así.» Y luego hizo llamar muchos carpinteros Cortés proveyó de maestros á ciertos españoles y marineros; fueron á unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron á labrarlos. Motezuma, que no debía ser muy malicioso, creyólo; empero Cortés habló con sus españoles, y dijo á los que le enviaba: «Motezuma quiere que nos vamos de aqui porque sus vasallos y el diablo le andan al oído; cumple que se hagan navios; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y re-

medio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongáis toda dilación, pareciendo que hacéis algo, no sospechen esos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estáis allá, y qué hacen ó dicen esos.»

El miedo de ser sacrificados que tuvieron Cortés y los suyos

Ocho días después que fueron á cortar madera, llegaron á la costa de Chalchicoeca quince navios. Las personas que por allí estaban en gobernación y atalaya avisaron á Motezuma de ello con mensajeros, que en cuatro días caminaron ochenta leguas. Temió Motezuma, de que lo supo, y llamó á Cortés, que no temía menos, recelándose siempre de algún furor del pueblo y antojo del rey. Cuando le dijeron á Cortés que Motezuma salía al palacio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y dijoles: «Señores y amigos, Motezuma me llama; no es buena señal, habiendo pasado lo del otro día; yo voy á ver qué quiere; está alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendaos mucho á Dios, acordaos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéramos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propia espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedaremos vencedores, pues habremos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas.» Respondieronle: «Haremos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben; ca menos estimamos la muerte que nuestro honor.» Con esto se fué Cortés á Mo-

tezuma, el cual le dijo: «Señor capitán, sabed que ya tenéis naves en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandáredes.» Respondióle Cortés: «Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré.» «Once navios, dice Motezuma, están en la playa á par de Cempoallán, y presto tendré aviso si los que en ellos vienen han salido á tierra, y entonces sabremos qué gente es y cuánta.» «¡Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias á Dios por las mercedes que nos hace á mi y á todos estos hidalgos de mi compañía!» Un español saltó á decirlo á los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron á Dios, y abrazáronse unos á otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Motezuma, llegó otro correo de á pie, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venían pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantóse Motezuma entonces, abrazó á Cortés, y dijole: «Ahora os amo más que nunca, y quíerome ir á comer con vos.» Cortés le dió las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés, el cual dijo á los españoles ne mostrasen alteración, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas. Motezuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irían los que no podían ver en su tierra. Á Motezuma le pesaba, según dicen, aunque no lo mostraba; y un su capitán, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así tendría menos que matar en los que venían, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarian llegar, muertos éstos. Con esto llamó Motezuma á consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parecer de aquel capitán. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyóse que dejasen llegar á los españoles que venían, pensando que cuantos más moros más ganancia, y que así

matarían más y á todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarian los otros á las naos, y no podrían hacer el sacrificio de ellos que sus dioses querían. Con esta determinación pasaba Motezuma cada día con quinientos caballeros y señores á ver á Cortés, y mandaba servir y regalar á los españoles mejor que hasta entonces, pues habian de durar poco.

De cómo Diego Velázquez
envió contra Cortés á Pánfilo de Narváez con mucha gente

Estaba Diego Velázquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco ó ninguno habia hecho, quanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas de él porque no le habia dado cuenta ni parte, como á teniente de gobernador de Cuba, de lo que habia hecho y descubierto, sino enviádola á España al rey, como si aquello fuera mal hecho ó traición; y donde primero mostró la saña, fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenía descubierto y hecho, al rey y á su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernández Portocarrero en una nao; ca luego armó una ó dos carabelas, y las despachó corriendo á tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una de ellas fué Gonzalo de Guzmán, que después fué teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron, y después, como quanto más prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto más le creciese la saña y malquerencia, no hacia sino pensar cómo deshacer y destruirle. Estando pues en este pensamiento, avino que llegó á Santiago de Cuba Benito Martín, su capellán, que le trajo cartas del Emperador y el título de Adelantado, y cédula de la gobernación de todo lo que hubiese descubierto, po-

blado y conquistado en tierra y costa de Yucatán, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de Méjico á Cortés, quanto por el dictado y favores que el rey le daba; y así, trajo luego esta armada, que fué de once naos y siete bergantines, y de nuevecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narváez que viniese capitán general de ella y su teniente de gobernador; y porque más afina partiese, anduvo él mismo por la isla, y llegó á Guaniguanico, que es lo postrero de ella al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velázquez á Santiago y Pánfilo de Narváez á Méjico, llegó el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancillería y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, á requerir, so graves penas, á Diego Velázquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, ca sería causa de muertes, guerras civiles, y otros muchos males entre españoles, y se perdería Méjico, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el rey. Díjoles que si enojo tenía con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al Emperador pertenecía conocer y sentenciar la causa, y no que él mismo hiciese justicia en su propio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogóles, si querían servir al rey y á Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen á conquistar nuevas tierras, pues habia hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenían tan buena gente y armada. No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllón, para que Diego Velázquez y Narváez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinación en ellos y tan poca reverencia á la justicia, acordó irse con Narváez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando que lo acabaría mejor allá con él solo que no estando presente Diego Velázquez, y también por tratar entre Cortés y Narváez si rompiesen. Embarcóse con tanto Pánfilo en Guani-

guanico, y fué á surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allá á un clérigo, á Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara á los requerir que le tuviesen por capitán y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron á Méjico á Cortés para que se informase de ellos. Sacó luego á tierra la gente, caballos, armas y artillería, y fué á Cempoallán. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Motezuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era de Cortés.

Lo que Cortés escribió á Narváez

Más que nadie piensa dió qué pensar esta nueva y grande armada á Cortés, antes que supiese cuya era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venían á le ayudar, tenía por ganada la tierra; si contra él, por perdida. Si venían de España, creía que le traían buen despacho; si de Cuba, temía guerra civil con ellos. Parecíale que de España no podían venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debía de venir allí Diego Velázquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traía en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Motezuma ó enérganos; estorbábanle de poblar los lugares que comenzado tenía, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debía ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del rey y á provecho de nuestra nación. Temía que por desviar un inconveniente se le podían seguir muchos; si dejaba llegar á Méjico á Pánfilo de Narváez, capitán que venía de aquella flota por Diego Velázquez, estaba cierta

su perdición; si salía contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Motezuma, y ponía en condición su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir á estos extremos, arriñóse á los medios. Lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velázquez de León, que iba á poblar á Cozacacoalco, para que luego, en viendo su carta, se tornase á Méjico, y dióle noticia de la venida de Narváez, y de la necesidad que había de él y de los ciento y cincuenta españoles que consigo llevaba. El otro á la Veracruz á traerle razón enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decía. El Juan Velázquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narváez, que como á cuñado suyo, y deudo de Diego Velázquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á Méjico veinte españoles con aviso de lo que Narváez publicaba, y llevaron presos un clérigo y á Alonso de Guevara y á Juan Ruiz de Vergara, que habían ido á la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban á requerirla con cédula del rey. Lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, á ofrecer su amistad á Narváez, y si no la quería, á requerirle de parte del rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en Méjico, que entrase callado si traía provisiones del rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del Emperador, ni la conversión de los indios; y si no las traía, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narváez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenía cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conocimiento viejo

que entre ellos había, y que se viesen solos si mandaba, para dar orden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traía provisiones del rey y se las mostraba á él ó al cabildo de la Veracruz, que se obedecerían, como era justo, y si no, que tomarían otro buen asiento. Narváez, como venía tan pujante, nada ó muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velázquez, que le enviaba, estaba mal enojado é indignado.

Lo que Pánfilo de Narváez dijo á los indios y respondió á Cortés

Pánfilo de Narváez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Méjico, que eran sus mozos, y que él venía á cortarle la cabeza y á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creyó que de ligeros ó medrosos; con esto le servían y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. También se congració con Motezuma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le quería matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y á le restituir cuanto aquellos malos le habían tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prendería y mataría ó echaría en prisión; por eso, que estuviere alegre, pues presto se verían, y no había de hacer más de restituirle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decía públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecían muy mal á los de su ejército; y muchos no las

podieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dió una buena reprehensión, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllón, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuése á Méjico; que sería grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, deservicio del Emperador y estorbo del bautismo. Enojado de ello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllón, oidor del rey, y á un secretario de la Audiencia y á un alguacil. Metiólos en otra nao, y enviólos á Diego Velázquez; mas él se supo dar tan buena maña, que, ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del rey, se volvió libremente á su chancillería, donde contó cuanto le aviniera con Narváez á sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velázquez y mejoró los de Cortés. Como prendió Narváez al licenciado, luego pregonó guerra á fuego, como dicen, y á sangre contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés y á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval, y á otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa á los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas harto livianas y fanfarronas. Muchos españoles de Narváez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllón, ó por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis ó siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, á lo que algunos dicen, ofreciéndosele si venía para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombres de cuyas eran, á los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y á quitarles la hacienda y tierra. Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narváez con un su criado, y que

publicaba tener en Cempoallán doscientos españoles. Todo pudo ser, ca el uno era tibio y descuidado y el otro era cuidadoso y ardía en los negocios. Narváez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo sustancial de la carta era, que fuése luego, vista la presente, adonde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del Emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velázquez, y que ya tenía hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió á Bernaldino de Quesada y á Alonso de Mata á le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, ó porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, ó porque no les dieran lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del rey no siéndolo ó no mostrando el título.

Lo que dijo Cortés á los suyos

Viendo pues Cortés que hacían poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada día iban y venían de Narváez á él, y de él á Narváez, y que nunca se habían visto ni mostrado las provisiones del rey, acordó verse con él, que barba á barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó á Rodrigo Álvarez Chico, veedor, y á Juan Velázquez y Juan del Río, que tratasen con Narváez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se viesen solos ó tantos á tantos; que Narváez dejase á Cortés en Méjico, y él se fuese con los que traía, á conquistar á Pánuco, que estaba en paz, con personas de allá muy principales que tenía, ó á otros reinos; y Cortés, que pagaría los gastos y socorrería los españoles que traía, ó que se estuviese Narváez en Méjico, y le diese á Cortés cua-

trocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del rey traía, y las obedecería.

Narváez no vino á ningún partido, solamente al concierto de que se viesen con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Álvarez Chico avisó á Cortés de la trama que Narváez urdía para le prender ó matar en las vistas. Como entendía en el negocio, entendió la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no quería mal á Cortés. Deshechos los conciertos, determina Cortés ir á él con decir: «Algo será.» Primero que se fuése habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuánto él por ellos y ellos por él habían hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velázquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narváez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habían hecho en servicio de Dios y del Emperador, y porque acudieron al Rey como buenos vasallos, y no á él, no siendo obligados, y que Narváez les tenía ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes de ellos á otros, y los cuerpos condenados á la horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacía; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrían disimular y dejar sin el castigo que merecían, y aunque la venganza él y ellos la debían dejar á Dios, que da el pago á los soberbios y envidiosos, que le parecía no dejasen á lo menos gozar de sus trabajos y sudores á otros, que con sus manos lavadas venían á comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que los servían como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Sila, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar á Méjico,

pues era mejor Dios os salve que no quién está allá; y que si eran muchos, que valía más á quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazón quebranta mala ventura, como el suyo de ellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él seguían las armas y guerra; asimismo que de los de Narváez había muchos que se pasarían á él, por eso que les daba cuenta de lo que pensaba y hacía, para que los que quisiesen ir con él, que se aperciesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora á guardar á Méjico y á Motezuma, que tanto montaba. Hizoles también muchos ofrecimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo harían. Mucho les indignó con esta plática, y á la verdad temían la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narváez, y por otra parte á los indios, que ya tomaban alas con ver disensión entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

Ruegos de Cortés á Motezuma

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo, habló á Motezuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que había en él, y dijole semejantes razones que estas:

«Señor, conocido tenéis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y á mis compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crecidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagáis en estaros siempre aquí, y miréis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro y joyas que les queda y que vos nos disteis; ca yo me parto á decir á aquellos que poco há llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo á vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se estén

en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; y si entre tanto que voy y vuelvo, algún vuestro, de mal criado ó necio ó atrevido, quisiere enojar á los míos que en vuestra guarda quedan, mandaréisles que estén quedos.»

Motezuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacían lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaría gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si quería, le daría guías que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaría que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática. Mas no conoció de lo que entendía, ó porque aún no le habían dicho nada de parte de Narváez, ó porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allí tenía más cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

La prisión de Pánfilo de Narváez

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querían ir con él; y así, pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron doscientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Juan Velázquez de León. Dejó á los demás, que serían otros doscientos, en guarda de Motezuma y de la ciudad. Dióles por capitán á Pedro de Alvarado. Dejóles la artillería y cuatro fustas que había hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente á que Motezuma no se les fuese á Narváez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles y con ocho ó nueve caballos que tenía, y muchos indios de servicio. Pasando por Chololla y Tlaxcallán fué

bien recibido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, antes de llegar á Cempoallán, donde Narváez estaba, topó dos clérigos y á Andrés de Duero, su conocido y amigo, á quien debía dineros, que le prestó para acabar de fornir la flota, que venían á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narnáez, y á entregarle la tierra y fuerzas de ella; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecución de muerte; y si lo hacía, que le daría sus naos para irse, y le dejaría ir libre y seguramente con las personas que quisiese. Á esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que había él ganado y pacificado por sus puños é industria, sin mandamiento del Emperador; y si á gran tuerto le quería hacer guerra, que se sabría defender; y si vencía, como esperaba en Dios y en su razón, que no había menester sus naves, y si moría, mucho menos. Por eso, que le mostrase las provisiones y recaudo que del Rey traía; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaría partido ninguno; y pues no se las había mostrado ni mostraba, que era señal como no las traía ni tenía; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, si no, que le prendería y enviaría á España con grillos, al Emperador, que lo castigase como merecían sus deservicios y alborotos; y así, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poderes y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase más los hombres y tierra, que á más andar se le levantaban, y se fuese antes que más muertes ó males se recreciesen; donde no, que para el día de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres días, sería con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mojó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venía haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Juan Velázquez de León, y Juan de Río y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopete-

ros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun dijoles: «¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no hacéis lo que queremos?» Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mismo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenía Motezuma le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narváez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Motezuma y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venía cerca, salía á correr el campo, y el día de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traía, le burlaban, y tornóse á su real casi ya de noche, y durmióse. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallán, á Gonzalo de Carrasco y Alonso Hurtado. Cortés anduvo el día de Pascua más de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese á Narváez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narváez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenía repartido Pánfilo de Narváez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á más correr, y entró por el patio del aposento de Narváez, diciendo á voces: «Arma, arma, que viene Cortés.» Á este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media

noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narváez, estando poniéndose una cota: «Catad, señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó según otros dicen, diecisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por más que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y arrastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» Él le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los más principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron diez y seis de la parte de Narváez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el ar-

tillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narváez, que tanto mal había dicho de él, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

Mortandad por viruelas

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velázquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no á hierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narváez salió á tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallán, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos males, bañábanse con ellas, y tullíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo.

Sobrevinóles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen

noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas por bien que caminó, ya se sabía su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narváez, estando poniéndose una cota: «Catad, señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenía Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó según otros dicen, diecisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por más que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y arrastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» Él le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los más principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron diez y seis de la parte de Narváez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasión los vencidos para decir que Cortés tenía sobornado el ar-

tillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narváez, que tanto mal había dicho de él, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velázquez, que venía por mayordomo de Narváez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitán de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nación; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

Mortandad por viruelas

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velázquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narváez, y muchas vidas de indios que murieron, no á hierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narváez salió á tierra, salió también un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenían en Cempoallán, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormían y comían juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las más casas morían todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos males, bañábanse con ellas, y tullíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños fríos saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo.

Sobrevinóles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni tahonas, no hacen

otro las mujeres sino moler su grano de centli entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perecieron muchos de hambre. Hedían tanto los cuerpos muertos, que nadie los quería enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios á este mal huizauatl, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Parece que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, según en otro capítulo tengo dicho.

Rebelión de Méjico contra los españoles

Conocía Cortés casi á todos aquellos que venían con Narváez. Hablóles cortésmente. Rogóles que olvidasen lo pasado, que así haría él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Méjico, que era el más rico pueblo de Indias. Volvióles sus armas, que las habían perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narváez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venían sino á gozar la tierra, holgaron de ello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizo la guarnición de la Veracruz, y envió allí los navíos de la flota. Despachó doscientos españoles al río de Garay, y tornó á enviar á Juan Velázquez de León con otros doscientos á poblar en Coazacoalco. Envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á Méjico, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensajeros de Narváez á Motezuma. El español que fué con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó á decir á Cortés cómo los indios estaban rebelados y con armas, y que habían

quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que mataran ó prendieran los españoles si Motezuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente aflojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, ca le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros; y si un poco más tardara, no los hallara vivos, sino muertos ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Motezuma. Hizo reseña en Tlaxcallán de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, ca llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcuco, donde no vió los caballeros que conocía, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló la tierra, ó despoblada ó alborotada. Á Tezcuco le vino un español que Alvarado le enviaba á le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida aflojaría la ira. Vino asimismo con el español un indio de parte de Motezuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traía enojo de él, que lo perdiese, y se fuése al aposento de primero, donde él se estaba, y los españoles también vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro día, que fué San Juan Bautista, entró por Méjico á hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallán, Huexocineo y Chololla. Vió poca gente por las calles, no recibimiento, algunos puentes desbaratados y otras ruines señales. Llegó á su aposento, y los que no cupieron en él, fuéronse al templo mayor. Motezuma salió al patio á recibirle, penado, á lo que mostraba, de lo que los suyos habían hecho. Disculpóse, y entróse cada uno en su cámara. Pedro de Alvarado y los otros españoles no se veían de placer con su

llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenían medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse cómo estaban y venían, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

Las causas de la rebelión

Quiso Cortés por entero saber la causa del levantamiento de los indios mejicanos. Preguntólo á todos juntos. Unos decían que por lo que Narváez les enviara á decir, otros que por echarlos de Méjico para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navios, pues peleando les voceaban: «¡Ios, ios de aquí!» otros que por libertar á Moctezuma, que en los combates decían: «Soltad nuestro dios y rey si no queréis ser muertos;» quien decía que por robarles el oro, plata y joyas que tenían, y que valían más de setecientos mil ducados; pues oían á los que llegaban cerca: «Aquí dejaréis el oro que nos habéis tomado;» quien por no ver allí á los tlazcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creían que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decirselo el diablo. Cada cual de estas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto más todas juntas. Pero la principal fué porque pocos días después de ido Cortés á Narváez, vino cierta fiesta solemne que los mejicanos celebraban, y quisieronla celebrar como solían, y para ello pidieron licencia á Pedro de Alvarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, á lo que ellos decían, que se juntaban para matar los españoles. Alvarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse más de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen más de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas,

huesos hendidos, con que silban muy recio. Hicieron su fiesta, y desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir merecimiento con trabajo, y así dicen mazauali por labrador. Este baile es como el netoteliztli, que dije; ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al són de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua ó grano, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los prácticos de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al netoteliztli, así con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifestaban sus conceptos, malos ó buenos, sucios ó loables. Á este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mejicanos en el patio del templo de Vitcilopuchtli, fué allá Pedro de Alvarado. Si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos no lo sabría decir; mas de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí á concertar el motín y rebelión que después hicieron; otros, que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían á cuestras, y así tomó las puertas con cada diez ó doce españoles, y entró él dentro con más de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar á los que lo hicieron; ca estaba en tiempo que los había bien menester, ó para contra los indios ó porque no hubiese novedad entre los suyos.

Las amenazas que hacían los de Méjico á los españoles

Sabida la causa de la rebelión, preguntóles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez días arreo, en los cuales habían hecho los daños que ya sabía, y que por no dar lugar que Motezuma se saliese y se fuese á Narváez, como algunos decían, no habían ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar á Motezuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo á credo se remudaban, que no sólo se causaban, mas que desmayaban, y si á los primeros rebatos no subía Motezuma á una azotea y mandaba á los suyos que estuviesen quedos, si lo querían vivo, ya estuvieran todos muertos; ca luego en viéndole cesaban. Dijeron también que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Motezuma les mandó, y ellos quisieron aflojar y no pelear; no, según era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen á todos juntos; mas empero que arrepentidos, y conociendo que venido Cortés con tantos españoles, tendrían más que hacer, volvieron á las armas y batería como de primero, y aun con más gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Motezuma. Contaron asimismo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco más, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios á quitar la imagen de Nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un día de recio comba-

te el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grito, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrían la casa y calle, diciendo: ahora redimiremos nuestro rey, libertaremos nuestras casas y nos vengaremos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar más ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenía perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles Santa María y Santiago en un caballo blanco, y decían los indios que el caballo hería y mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo á pelear, se iban á sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvían á combatir la casa, decían: «Si nouviésemos miedo á una mujer y al del caballo blanco, ya estaría derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, ca no sois buenos de comer; que el otro día lo probamos y amargáis; mas echarvos hemos á las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltáis á Motezumacín y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Motezumacín nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osaste prender y tocar con vuestras robadoras manos, y á vosotros, que tomáis lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religión profanastes, os darán vuestro merecido; y si no lo hacen presto, nosotros vos mataremos y despojaremos luego, y á esos hi de ruines y apocados de Tlaxcallán, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo á quien pechaban.» Estas y tales

cosas braveaban y baladreaban aquellos mejicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprendían de semejantes boberías que se dejaban decir cerca de Motezuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente de ellos; que sus dioses eran vanos y su religión falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mismo Cristo, venido del cielo á defender aquellos poquitos españoles y á matar tantos indios.

El estrecho en qué los mejicanos pusieron á los españoles

En oír esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intención estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solían, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Alvarado que hiciese del enojado con él, y como que le quería prender y castigar por lo que hizo, ca le remordía la conciencia, pensando que así Motezuma y los suyos se aplacarían y aun rogarían por él.

Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, á lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no había necesidad de cumplimiento, y mandó luego á un principal caballero mejicano que allí estaba que en todas maneras hiciesen mercado. El indio conoció que hablaban mal de ellos, teniéndolos en poco más que bestias, y enojóse también él, y desdeñado, fué como que á cumplir lo que Cortés mandaba, y no fué sino á pedir libertad y á publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos á una dieron sobre los

españoles y cercáronles la casa con tanta grita, que no se oían. Tiraban tantas piedras, que parecía pedrisco; tantas flechas y dardos, que henchían paredes y patio á no poder andar por él. Salió Cortés por una parte y otro capitán por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron á otros muchos de los nuestros, y no murieron de ellos sino pocos, por tener la guarida cerca ó en las casas, ó tras las puentes y albarradas. Si arremetían los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si á las casas, recibían mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que de ellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego á la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin poderlo amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran á escala vista, si no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el día, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran más de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro día, si menester fuese. Como fué día, fueron sobre ellos más indios y más recio que el día antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacían en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre disparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parecía no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el día de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendían; mas eran tantos los indios, que ni se descubría el daño ni se sentía; y eran pocos los nuestros, que con pelear todas las horas del día, no bastaban á defenderse, cuanto más á ofender. No fué muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra ó saeta, que tuvieron bien qué curar

aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no recibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabía cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás de ellos habían de ir azadoneros para derrocar casas y albarradas, ó para regir y ayudar á ir el ingenio.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

La muerte de Motezuma

Entre tanto que se hacían estos ingenios no salían los nuestros á pelear, ocupados en la obra; solamente resistían; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos á más no poder, y aun les decían denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Motezuma, que les darian la más cruda muerte que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban á entrar la casa, que rogó Cortés á Motezuma se subiese á una azotea alta y mandase á los suyos cesar é irse. Subió, púsose al pretil para hablarles, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abajo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienas le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer más que sacarse los ojos; ni lo vieron, cómo le tenía un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por más señas y voces que les daban. Luego Cortés publicó la herida y peligro de Motezuma; mas unos lo creían, y otros no; empero todos peleaban á porfia. Tres días estuvo Motezuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar á cuestras á dos caballeros mejicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudada-

nos; los cuales á la sazón estaban combatiendo la casa; mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningún respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al rey en Chapultepec. De esta manera murió Motezumacín, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, según dice, por Carnestolendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solemnidad que requería tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narváez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Motezuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, á quien mucho amaba. También hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendían el lenguaje, ni después hallaron vivo á ninguno con quien Motezuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Dicen los indios que fué el mejor de su linaje y el mejor rey de Méjico. Y es gran cosa que cuando los reino más florecen y más encumbrados están, entonces se caen y pierden ó truecan señor, según historias cuentan, y como lo hemos visto en este Motezuma y en Atabaliba. Más perdieron nuestros españoles con la muerte de Motezuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió á los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey. Fué Motezuma reglado en el comer; no viejo, como otros indios, aunque tenía muchas mujeres. Fué dadivoso y muy franco con españoles, y creo que también con los suyos; ca si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana, mucho

descubren el corazón. Cuentan que fué sabio: á mi parecer, ó fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, ó muy necio, que no las sentia. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno á uno. Reinó diecisiete años y algunos meses.

Los combates que unos á otros se daban

Muerto que fué Motezuma, envió á decir Cortés á sus sobrinos y á los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les quería hablar. Vinieron y él les dijo desde aquella misma azotea que le mataran, que pues era muerto Motezuma, dejasen las armas y atendiesen á elegir otro rey y enterrar el difunto; que se quería hallar á las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Motezuma, que se lo rogaba, no les había ya derribado y asolado la ciudad, como á rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenía á quien tener respeto, les quemaría las casas y los castigaría si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarían las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrían tomar el rey que por derecho les venía, pues los dioses les habían llevado á su querido Motezuma. Que del cuerpo harían lo que de otros reyes muertos. Y si él quería ir á morar con los dioses y tener compañía á su amigo, que saliese, y matarlo hian. Y que más querían guerra que paz, si había de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que tendría dos males; ca ellos no eran como otros, que se rendían á palabras. Que también ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenían quemadas las casas y á ellos asados y comidos, le matarían si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarían de amistad. Cortés,

como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decían que se fuése para tomarlo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recibía como por el que hacía. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistían en los puños y tener buen corazón, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con más de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, á pelear con los enemigos, á derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios á unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir á las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron á combatir las; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera á los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver más de á paso en poco tiempo. Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastillaron quinientos principales hombres. Metieron muchos bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con hierros de pedernal, anchos y agudos. Y á la verdad con ninguna arma hacían tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, según ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacía muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, y siempre iba delante á las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufría su corazón, toma trescientos españoles, y va á combatir aquella torre. Acometióla tres ó cuatro veces y otros tantos días; mas nunca la pudo subir, como era alta y había muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venían rodando las gradas abajo

heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, seguían los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando más, y muchos murmurando. Estaba su corazón con estas cosas cual pensar podéis. Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban más bravos que nunca, así por obras como de palabras determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atóse la rodela al brazo que tenía herido; fué, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos á socorrerla, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar á unos pretilos ó andenes que tenía la torre al rededor, un paso anchos ó más; los cuales eran tres, y uno más alto que otro dos estados. ó conforme á los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban á los pretilos y aun de uno en otro, por matarlos ó echar al suelo; y así, no dejaron á ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían. No se halló la imagen de nuestra Señora, que al principio de la rebelión no podían quitar; y Cortés puso fuego á las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con el cual, y por la quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacían muchas arremetidas á la casa fuerte de los nuestros.

Rehusan los de Méjico las treguas que Cortés pidió

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfia, y ya que los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejaran, tornó á requerir con la paz y á rogar á los mejicanos por treguas, diciéndoles que morían muchos y no mataban ninguno, y que las demandaba para que conociesen su daño y mal consejo. Ellos, más endurecidos que nunca, le respondieron que no querían paz con quien tanto mal les había hecho, matándoles sus hombres y quemándoles sus dioses, ni menos querían treguas, pues no tenía agua ni pan ni salud; y que si morían, que también mataban y herían; ea no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecía por las azoteas, torres y calles, sin tres tanta que estaba en las casas, y hallaría que más aún se acabarían sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil á mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veía, vendrían luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos, que no vendrían más españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se morirían de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrían, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua.

En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumía, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban á tales horas, quemaron fácilmente trescientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que

les hacian daño. Los otros medio españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacian tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganando asimismo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mismos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro día, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querian paz; por eso que fuése allá, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallán dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las puentes perdidas, y muerto los más españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que más á punto estaban, y algunos de á pie; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. Á la vuelta, como los españoles de pie estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron

sostener el impetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincharon tanto la calle, que aún no pudieron tornar á su aposento; y no sólo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entristeció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. Á la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, y fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertos puentes de ella, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del día; aunque no acostumbran ellos, según de suso dije, pelear de noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas

les hacian daño. Los otros medio españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacian tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganando asimismo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podían. Cegáronlas con los mismos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban. Luego otro día, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella misma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huían; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querian paz; por eso que fuése allá, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos de ella. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenían los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallán dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habían cobrado las puentes perdidas, y muerto los más españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que más á punto estaban, y algunos de á pie; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. Á la vuelta, como los españoles de pie estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron

sostener el impetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincharon tanto la calle, que aún no pudieron tornar á su aposento; y no sólo estaba llena la calle de gente, mas aun había por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habían muerto, que no poco entristeció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. Á la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venían detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, y fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertos puentes de ella, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del día; aunque no acostumbran ellos, según de suso dije, pelear de noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no había casi ninguno que herido no fuese. Tenían miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenían tanto pan, que se osasen hartar; no tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas

para desamparar á Méjico y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temían el pasar los ojos de la calzada por donde entraron, que tenían quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otros quebrantos. Acordóse pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumía de astrólogo, ó, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos días antes que si se salían de Méjico á cierta hora señalada de noche, que era ésta, se salvarían, y si no, que no. Ora lo creyesen, ora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron más de doscientos españoles en el mismo patio y real, sin saber de la partida; á quien después mataron, sacrificaron y comieron los de Méjico; pues de la ciudad no se pudieron salir, cuánto más de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó Cortés á Juan de Guzmán, su camarero, que abriese una sala do tenía el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese ó pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narváez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque á la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos de ellos, arrastraron y comieron. También los de caballo tomaron de ello á las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que más había de setecientos mil dueados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacían gran volumen. El que menos tomó, libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos

digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió cargo Cortés á ciertos españoles que llevasen á recado á un hijo y dos hijas de Motezuma á Cacama, y otro su hermano y á otros muchos señores grandes que tenía presos. Mandó á otros cuarenta que llevasen el pontón, y á los indios amigos la artillería y un poco de centli que había; puso delante á Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dió la rezaga á Pedro de Alvarado, y él acudía á todas partes con hasta cien españoles; y así, con esta orden salieron de casa á media noche en punto, y con gran niebla, y muy callandito, por no ser sentidos, y encomendándose á Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopán, que habían entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos á los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!» Y así, cuando Cortés llegó á echar el pontón sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendían peleando; pero, en fin, hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando á nado los canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo á llevar los demás, y á darles prisa que caminasen; pero cuando llegó á ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de cómo lo dejó y sacó del real. Recogió lo que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó á Pe-

dro de Alvarado á esforzar y recoger los que quedaban; mas Alvarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podía él escapar si atendía, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caídos, y oyendo muchas lástimas. Llegó á la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; de este salto quedaron los indios espantados y aun españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron. Cortés á esto se paró, y aun se sentó, y no á descansar, sino á hacer duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad de Tlaxcallán; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó á Tlacopán, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbaraté de esta triste noche, que fué á 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quien dice más, quien menos; pero esto es lo más cierto. Si ésta cosa fuera de día, por ventura no murieran tantos ni hubiera tanto ruido; mas, como pasó de noche oscura y con niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto; ca los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caídos y mataban los que en pie se defendían. Los nuestros, como vencidos, maldecían su desastrada suerte, la hora y quién allí los trujo. Unos llamaban á Dios, otros á santa María, otros decían: «Ayuda, ayuda; que me ahogo.» No sabría decir si murieron tantos en agua como en

tierra, por querer echarse á nado ó saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo apear con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban á las barcas y donde querían, ó los desbarrigaban. También andaban muchas acalles á raíz de la calzada, peleando; que, como tiraban á bulto, daban á todos, aunque algo divisaban el vestido de los suyos, que parecía encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos á otros en agua y á la tierra; y así, ellos se hicieron á sí mismos más daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caídos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto más morían, cuanto más cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante ó sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos. Acabada que fué de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no osaron pelear en lugar anchuroso, ó por se poner á llorar los hijos de Motezuma, que aun hasta entonces nunca los habían conocido ni sabido que fuesen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

La batalla de Otumpan

No sabían en Tlacopán, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venía detrás para llevar todos los suyos delante, les dió prisa que saliesen al campo á lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con más de cuarenta mil mejicanos que, acabado el llanto, venían ya picándole.

Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que ahora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que había quedado, y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinticuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habían parado ni comido. En aquel templo, que tenía razonable aposento, se fortaleció. Bebieron, pero no cenaron nada ó muy poco, y estuvieron á ver qué harían tantos indios que por al rededor estaban como en cerco, gritando y arremetiendo, y porque no tenían de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hacia la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabían el camino, iban á tienta, sino que un tlaxcalteca los guió y dijo que llevaría á su tierra si no lo impedían los de Méjico; y con tanto, comenzaron á caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que había, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieran las escuchas que cerca estaban; las cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el día. Cinco de caballo, que iban delante á descubrir, dieron con ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venían, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fué más

el temor que el daño. Partieron de allí, y fueron á un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron á otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella noche y otra noche siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provisión, aunque no mucha, ca no había quién. Partidos dende, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometían recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallán que guiaba no sabía bien el camino, iban fuera de él. Al cabo llegaron á una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. Á la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el día. Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascós, ó por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó de él su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuviéronla por buena cena, aunque no tuvieron harto para entre tantos. No había español que de hambre no pereciese. Dejó aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna, y estos de Cortés más que todos, que tiempo aún no tenían para coger yerbas de que comer basto. Luego otro día con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenía temor de la mucha gente que parecía, mandó Cortés que los de caballo tomasen á las ancas los más dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, ó hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querían quedarse á dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó á otro á cuestas, y lo salvó así. Á una

legua andada, en un llano salieron tantos indios á ellos, que cubrían el campo y que los cercaron á la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel día el último de su vida; ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo á brazo y pié con pié; y aunque gentilmente se los llevaban arrastrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar á los españoles y oír las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba á una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendóse á Dios, llamó á san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traía el estandarte real de Méjico, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos á caballo, y mataron infinitos de ellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran doscientos mil, según afirman, y el campo de esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni victoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día á Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró á todos.

El acogimiento que hallaron los españoles en Tlaxcallán

Habida la victoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles á dormir á una casa puesta en

llano, de la cual se parecían ciertas sierras de Tlaxcallán, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serían amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el venido que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal ó al revés lo que piensa y há menester. Cortés aquella noche fué atalaya de los suyos; y no tanto por estar más sano ó descansado que los compañeros, sino porque siempre quería que fuese igual el trabajo á todos, como era común el daño y pérdida. Siendo de día caminaron por tierra llana derecho á las sierras y provincia de Tlaxcallán. Pasaron por una fuente muy buena, do se refrescaron, que según los indios amigos dijeron, partía términos entre mejicanos y tlaxcaltecas. Fueron á Huacilipán, lugar de Tlaxcallán y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recibidos fueron, y proveídos tres días que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los más muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatl, Acxotecatl, y otros muchos señores de Tlaxcallán y Huexocinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban á Méjico á socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venían destrozados y huyendo, los salieron á consolar y á convidar á su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlo así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decían: «Buenos lo dijimos y avisamos, que mejicanos eran malos y traidores, y no lo creísteis; pésanos de vuestro mal y desastre. Si queréis, vamos allá, y vengamos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, id vos con nosotros, que en nuestras casas os curaremos.» Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra: lo que venía dudando. Agradecióles, como era razón, su venida y voluntad; dióles de las joyas que queda-

ron, algunas; díjoles que tiempo habría para emplearlos contra los de Méjico, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no quería tornar á Méjico, les dejase salir á combatirse con los de Culúa, que aún andaban muchos por allí, dicen que más por robar que por otra cosa. Él les dió algunos españoles que sanos ó poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos de ellos, y de ahí adelante no parecieron más los enemigos. Luego se partieron muy alegres y victoriosos á su ciudad, y tras ellos los nuestros. Sacáronles al camino de comer, á lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres, pienso que los más salieron por verlos; tanto era el amor y afición que les tenían; ó por saber de los suyos que habían ido á Méjico, mas pocos tornaban. En Tlaxcallán fueron bien recibidos y tratados; ca Maxixca dió su casa y cama á Cortés, y á los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto más gozaron, cuánto más destrozados venían; y creo que no habían dormido en camas quince días atrás. Mucho se debe á los de Tlaxcallán por su lealtad y ayuda, especialmente á Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor á Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con mejicanos; é hizo dos oraciones, una á los hombres y otra á las mujeres, diciendo que no habían comido sal ni vestido algodón en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. También se preciaban mucho ellos mismos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron á Cortés en Teoacacincó; y así, cuando hacen fiestas ó reciben algún virrey, salen al campo sesenta ó setenta mil de ellos á escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

El requerimiento que los soldados hicieron á Cortés

Habia Cortés dejado allí en Tlaxcallán, al tiempo que se partió á Méjico á verse con Motezuma, veinte mil pesos de oro, y aun más que, después de sacado y enviado el quinto al Rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesias que hubo entre él y los compañeros. Dejó también las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejólo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquellos; y á efecto que, si en Méjico no le faltasen dineros, de enviarlos á la Veracruz á repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razón darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la victoria de Narváez, escribió al capitán que enviase por aquella ropa y oro, y lo repartiase entre sus vecinos, á cada uno como merecía. El capitán envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales á la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos á manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos días. Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algún semejante mal ó guerra á los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero, el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban de él diciendo: «¿Qué piensa Cortés? ¿Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que no nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos

lentos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos; vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caímos. Harto locos sandios seríamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto más la nuestra, y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse de estos de Tlaxcallán, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá más á los de Culúa que á los de España; y que si bien ahora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mejicanos sobre sí, nos entregarán vivos á que nos coman y sacrifiquen; ca cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religión, traje y lenguaje.» Tras estas quejas, hicieron un requerimiento á Cortés en forma, de parte del Rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilación saliese luego de allí, y se fuese á la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podía tener allá para rehacerse si quería tornar sobre Méjico, ó para embarcarse si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requerimiento, y con la determinación que tenían, conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer de él lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondióles así:

Oración de Cortés en respuesta del requerimiento

«Yo, señores, haría lo que me rogáis y mandáis, si os cumpliese; ca no hay ninguno de vosotros, cuanto más todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo há menester, pues á ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penséis que no haciendo esto que ahincadamente pedís, disminuyo ó desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputación; porque yéndonos se acabaría, y quedando, no sólo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nación de las que mandaron el mundo no fué vencida alguna vez? ¿Qué capitán, de los famosos digo, se volvió á su casa porque perdiese una batalla ó le echasen de algún lugar? Ninguno ciertamente; ca si no perseverara, no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen ó temen. Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán más nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y así, no nos temerán, que sería harto menoscabo de nuestra estimación. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijese que huyó? Pues cuantos más somos tanta mayor vergüenza sería. Maravíllome de la grandeza de vuestro invencible corazón en batallar, que soléis ser codiciosos de guerra cuando no la tenéis, y bulliciosos teniéndola; y ahora que se vos ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusáis y teméis; cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condición. ¿Por ventura la dejáis porque á ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo-Mundo,

que españoles atrás un pie tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿queréis que digan: «Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro?» Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallán, á despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir á enojaros? Por donde podéis conocer cómo estáis aquí más seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallán tenéis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medicinas necesarias y convenientes á vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada día es de mejoría, que callo, y que donde nacistes no los tendríades tales. Yo llamaré á los de Cozacoalco y Almería, y así seremos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningún amigo teníamos; y como bien sabéis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. Y yo he visto que uno de esta compañía ha desbaratado un ejército, como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, según David contra los filisteos. Caballos presto me vendrán de las islas; armas y artillería luego traeremos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto más que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como haremos nosotros con los caballos. Por los de esta ciudad, yo soy fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que así me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo tendrán que han tenido estos días, que yacíamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decís, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero también os servirán como criados; que más quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mejicanos: tanto odio les tienen, y á vosotros tanto amor. Y

porque veáis ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros días doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedís; y si bien, haréis lo que os ruego.»

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallán á la Veracruz tenían, y dijeron que harían cuanto mandase. La causa de ello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; ó mejor diciendo, porque nunca el español dice á la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

La guerra de Tepeacac

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querían, nunca recobrará á Méjico, y ellos fueran muertos por el camino, ca tenían malos pasos de pasar, y ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fuéranse, como tenían la intención, á las islas; y así Méjico se perdiera de veras, y Cortés quedara destruído y con poca reputación. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habemos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros también de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado á los principios las llagas, dejándolas sucias ó sin atar, y de flaqueza y trabajo, según cirujanos decían. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los más, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte días que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra á los de Tepeacac, pueblo grande y no lejos, porque habían muerto doce españoles que venían de la Veracruz á Méjico, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mejicanos, y

hacían daño en tierra de Tlaxcallán, como decía Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron más de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no acogiesen más en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razón, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallán si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos había de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos.

por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, y aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, había otros treintamil para defenderle la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban á ganar tierra y reputación más de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor,

hacían daño en tierra de Tlaxcallán, como decía Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron más de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no acogiesen más en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razón, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallán si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos había de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos.

por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, y aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, había otros treintamil para defenderle la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban á ganar tierra y reputación más de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor,

honró los mensajeros, dióles más de trescientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de las otros indios amigos que tenía en su ejército, y enviólos. Ellos fueron á Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí los españoles que iban vendidos; porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allá en su lugar, que era fuerte, por contentar á los de Culúa, con quien estaban recién confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes, ó por miedo, ó por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse á Chololla, y de allí enviaron los presos á Cortés con Domingo García de Alburquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos. Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habían mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenían de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar á los de Culúa, entendieron que querían matar á los españoles, ó aquel les engañó que se lo dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fué con ellos, porque no aconteciese algún desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer día fué á Chololla, y el segundo á Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde había de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y más presto los prendiesen ó matasen. Ellos se partieron aquella noche, é hicieron lo prometido, ca engañaron las centinelas, cercaron á los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese, y á las diez del día ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron á él muchos vecinos con más de cuarenta prisioneros de

Culúa, en señal que habían cumplido su palabra, y llevaronlo á una gran casa donde estaban cerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenían cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hacia los otros de su guarnición, que ya venían treinta mil de ellos á socorrer sus capitanes; los cuales llegaron á poner fuego á la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió á ellos con los españoles. Rompiólos con los caballos, y retrájolos á una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podían rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo de puro cansados y sin herida ninguna, y se ahogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de refresco á pelear, en chico rato estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fué de ver el aparato y vituallas que en ellas tenían, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traían lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y á la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este día en campo más de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre. Huacacholla es lugar de cinco mil y más vecinos. Está en llano y entre dos ríos, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir á caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su pretil para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y

de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardarán los de Culúa, si aviso tuvieran. Á la una parte tiene muchos cerros har-to ásperos, y á la otra gran llanura y labranza. En el tér-mino y jurisdicción habrá otra tanta vecindad. Tres días estuvo Cortés en Huacacholla, y allí le enviaron ciertos mensajeros de Ocopaxuín, que está á cuatro leguas y junto al volcán que llaman Popocatepec, á dársele, y á decir cómo su señor se había ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. Él los recibió en nombre del Emperador, y les dejó tomar al que pedían por señor, y partióse.

La toma de Izcuzán

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzán, cuatro leguas de allí, había gente de Culúa que lo amenazaba y que hacía daño á sus amigos; fué allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiólos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un río que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaron muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenía ciento y veinte mil combatientes, y más gente, que con la fama y victoria concurrían á su ejército de muchas ciudades y provincias. Izcuzán es lugar de trato, especial de fruta y algodón. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un río que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y al rededor, hay una pared de piedra con su pretil, en que tenían mu-

chos ruegos. Está cerca un buen valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas á mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habían ido todos á lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres. Soltó dos presos que fuesen á llamar al señor y vecinos, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver á sus casas, pues españoles no hacían enojo á quien se les daba, vinieron al tercer día ciertos principales del pueblo á darse y á pedir perdón por todos. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos días estaba Izcuzán tan poblada como antes, y los presos sueltos; salvo es que el señor no quiso venir, de temor, ó por ser pariente del señor de Méjico; y á esta causa hubo debate entre los de Izcuzán y de Huacacholla sobre quién sería señor, que los de Izcuzán querían que lo fuese un hijo bastardo de un su señor que Motezuma matara. Los otros decían que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese éste, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Motezuma por vía de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de Méjico, aunque tenga otros mayores; y como era niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzán y uno de Huacacholla. Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claixtomacán, que está lejos de allí cuarenta leguas, á ofrecer gente á Cortés y á dársele, diciendo que no habían muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corría por muchas tierras, y todos lo tenían por más que hombre; y así, le venían á porfia de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como ésta, no se cuentan.

La mucha autoridad que Cortés tenía entre los indios

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés á Segura, y cada indio á su casa, sino los que sacó de Tlaxcallán; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de Méjico ni ocasión en las demás, pues le sucedían tan prósperamente, despachó un criado suyo á la Veracruz, que con cuatro navios que allí estaban de la flota de Pánfilo, fué á Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y munición; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobre ello y á la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que habia hecho después que echado fué de Méjico, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto. Envió asimismo veinte de caballo y doscientos españoles y mucha gente de amigos á Zacatami y Xalacínco, tierras sujetas á mejicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban días habia en armas, y habian muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestas y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron á Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, á dárselo, pidiendo perdón, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. Él los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí á doce días, en Tlaxcallán, dejó un capitán con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, á guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fué con veinte de caballo á dormir á Colunán, ciudad amiga y que tenia deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de

los que habian muerto de viruelas. Estuvo en ella tres días, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro día llegó á Tlaxcallán, que hay seis leguas, donde fué triunfalmente recibido. Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narváez, de que hizo sentimiento con luto, á fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que sería de doce años, nombró por señor del estado del padre, á ruego también de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen ó temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dió prisa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese á Tepeacac. Envió á la Veracruz por velas, jarcia, clavazón, sogas y las otras cosas necesarias que allá habia de los navios que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó á ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

Los bergantines que hizo labrar Cortés, y los españoles que juntó contra Méjico

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenia en su poder á Motezuma, y con la victoria de Pánfilo de Narváez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban á él de veinte en veinte y como podían, aunque muchos fueron que les costó la vida; ca en el camino los mataron hombres de Tepeacac y Xalacínco, según dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de Méjico, se les atrevían. Todavía llegaron á Tlax-

callán tantos, que se rehizo mucho su ejército, y que le dieron ánimo de apresurar la guerra. No podía Cortés tener espías en Méjico, que luego conocían allá á los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenían mucha guarda y pesquisa sobre ello; y así no sabía las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le había dicho un capitán de Culúa, que fué preso en Huacacholla, cómo por muerte de Motezuma, era señor de Méjico su sobrino Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, hombre astuto y valiente, y el que le había hecho la guerra y echado de Méjico; el cual se fortalecía con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnición de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por más el tiempo que la guerra durase, á todos los señores y pueblos á él sujetos, si matasen los españoles ó los echasen de sus tierras; cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender á los españoles. Y no fué mal aviso el de las lanzas, si los que las habían de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas á los caballos. Todo era verdad lo que el cautivo dijo, sino que Cuetlauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimocín, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Motezuma; hombre muy valiente y guerrero, según después diremos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos á quitar los tributos á sus vasallos, y otros á dar y prometer grandes cosas á los que no lo eran, diciendo cuán más justo era seguir y favorecer á él que no á Cortés, ayudar á los naturales que á los extranjeros, y defender su antigua religión que acoger la de los cristianos, hombres que se querían hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendían luego la tierra, no se contentarían con la ganar toda, mas que tomarían la gente por esclavos,

y la matarían; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimocín los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; empero muchos de ellos no curaron de aquello; y ó acostaban á los nuestros y á Tlaxcallán, ó estaban quedos, por miedo ó por fama de Cortés, ó por odio que á mejicanos tenían. Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de Méjico, antes que se resfriasen los indios que le seguían, ó los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas: tanto puede una buenandanza. Hizo alarde de los suyos segundo día de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de á pie, los ochenta con ballestas ó escopetas, y nueve tiros con no mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, á diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, á sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y á todos juntos les habló así.

Cortés á los suyos

« Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre Méjico y vengar la muerte de nuestros compañeros y á cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallán y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que imos á publicar. Los de Tlaxcallán y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros; ca en ello no sólo les va la hon-

ra, mas la libertad y aun la vida también; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que á nosotros, por nos haber recogido en su tierra, á cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos á nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron y yo vos lo certifiqué; ca tienen á punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuistes; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como ahora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos, no éramos más, ni al presente somos más menester por los muchos amigos que tenemos; y ya que los no tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistariades toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan; pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son más ni mejores que hasta aquí, según lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuzán y Xalacínco, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por más que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlán. Y mal contada nos sería la muerte de Motezuma si Cuahutimoc quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo al si á Méjico no ganamos; y nuestras victorias serían tristes si no vengamos á nuestros compañeros y amigos. La causa principal á que venimos á estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas

veces caben en un saco. Derrocamos los idolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos á convertir indios aquellos pocos dias que estuvimos en Méjico. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos á do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende de esto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Ca pues vamos ya, sirvamos á Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de Méjico. Mañana, Dios mediante, comenzaremos.»

Todos los españoles respondieron á una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarian. Y tanto hervor tenían, que luego se quisieran partir, ó porque son españoles de tal condición, ó arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes á la buena gobernación y orden del ejército, que tenía escritas, entre las cuales eran éstas:

Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.

Que no riñese un español con otro.

Que no jugasen armas ni caballo.

Que no forzasen mujeres.

Que nadie tomase ropa ni cautivase indios, ni hiciese

correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

Cortés á los de Tlaxcallán

Otro día siguiente llamó Cortés á todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla, Chalco, y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farantes les dijo:

«Señores y amigos míos, ya sabéis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que vos ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habéis estado, y como de vosotros publico y confío; y porque no podría yo acabar tan presto esta guerra, según mis deseos ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que tratéis á los españoles que dejo labrándolos, con el amor que soléis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el Emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placía, y en pocas palabras respondieron los señores que no sólo harían lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarían á Méjico y se irían todos con él á la guerra.

Cómo se apoderó de Tezcuco Cortés

Día de los Inocentes partió Cortés de Tlaxcallán con sus españoles muy en ordenanza. Fué la salida muy de ver, porque salieron con él más de ochenta mil hombres, y los más de ellos con armas y plumajes que daban gran lustre al ejército; pero él no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado Méjico, y aun también por amor de las vituallas; que tenía por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierra de enemigos. Todavía llevó veinte mil de ellos, y más los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fué á dormir á Tezmoluca, que está seis leguas, y es lugar de Huexocinco, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro día durmió á cuatro leguas de allí en tierra de Méjico, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerían de frío los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de día comenzó á subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo á descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaría así, y por traer buena relación, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron á decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y otros árboles, y que en ninguna manera podrían pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habían visto gente, y como dijeron que no, adelantóse con todos los de caballo y con algunos españoles de pie, y mandó á los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó á quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y

troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso, de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iría por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusieron en otros pasos más llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallán á Méjico, y Cortés escogió el más áspero, pensando lo que fué, ó porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él. En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias á Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero á Méjico ó perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar á lo llano y raso, porque ya los enemigos hacían muchas ahumadas, y comenzaban á darles grita y apellidar toda la tierra, y habían llamado á los que guardaban los otros caminos, y querían tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadrón; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alcanzaron y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron á Cuahutepec, que es jurisdicción de Tezcuco, do aquella noche durmieron. En el lugar no había persona, pero cerca de él estaban más de cien mil hombres de guerra, y aún más, de los de Culúa, que enviaban los señores de Méjico y Tezcuco contra los nuestros; por lo cual Cortés hizo ronda y vela de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos. Otro día por la mañana salió de allí para Tezcuco, que está á tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron á él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocín, su señor, los enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, y á ofrecérsele, y á que se

fuese con todo su ejército á aposentarse á la ciudad; que allá sería muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno de ellos, que lo conocía, y respondiéndoles que no venía para hacer mal, sino bien, y que él recibiría y tendría por amigo al señor y á todos ellos con tal que le volvieran lo que habían tomado á cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas que mataran días había, y que las muertes, pues no tenían remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Motezuma los mandara matar, y se había tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron. Cortés se fué á Cuahutichán y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcuco, donde fueron él y todos los suyos bien proveídos. Derribó los ídolos; fuése luego á la ciudad, y posó en unas grandes casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no había visto mujeres ni muchachos, sospechóse de traición. Apercibióse, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles á repartir y aderezar sus aposentos, y á la tarde subieron ciertos de ellos á las azoteas á mirar la ciudad, que es tan grande como Méjico, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus hatos, unos camino de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil ó más barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fué el primero que se salió á Méjico. Cortés entonces llamó á muchos de Tezcuco, y dijoles cómo don Fernando era hijo de Nezaualpícutli, su amado señor, y que le hacía su rey, pues Coacnacoyocín estaba con los enemigos, y había muerto malamente á Cucuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y á persuasión de Cuahutimocín, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcuco comenzaron de venir á ver su nuevo señor y á poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recibían daño

de los españoles, servían en cuanto les era mandado, y el don Fernando fué siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fué su padrino de pila. De allí á pocos días, vinieron los de Cuahutichán, Huaxuta y Autenco á darse, pidiendo perdón si en algo habían errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen á sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que también ellos se eran idos á la sierra y á Méjico. Cuahutimoc, Coachacoyo y los otros señores de Culúa enviaron á reñir y reprender á estos tres pueblos porque se habían dado á los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros á Cortés, y él se informó de ellos de las cosas de Méjico, y los envió á rogar á sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, ca estaban muy determinados en la guerra. Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velázquez por amotinar la gente para volverse á Cuba y deshacer á Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesión que hicieron condenó á muerte á Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motin.

FIN DEL TOMO PRIMERO

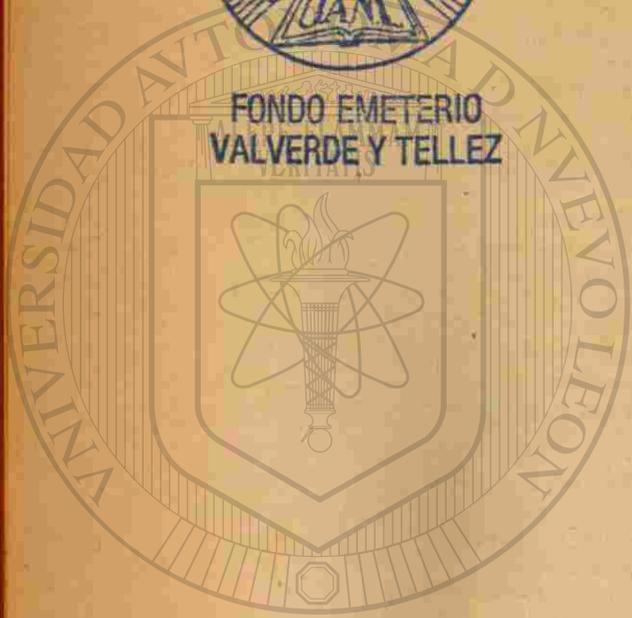
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

Quevedo: El Gran Tacaño.
 Avellaneda: El Quijote.
 P. Isla: Cartas familiares.
 Fray Luís de León: La perfecta casada.
 Moratín: Comedias.
 Autores varios: Extravagantes (opúsculos amenos y curiosos).
 Feijoo: Obras escogidas.
 Huarte: Examen de ingenios.
 Jovellanos: Obras escogidas (I, II y III tomo).
 Novelistas del siglo XVII.
 Rojas Zorrilla: Comedias.
 Rivadeneira: Tratado de la tribulación.
 Cadalso: Obras escogidas.
 Liñán y Verdugo: Guía y avisos de Forasteros.
 Melo: Guerra de Cataluña.
 Romancero general.
 Zabaleta: El día de fiesta.
 Larra: Artículos escogidos.
 Cervantes: Novelas ejemplares (I y II tomo).
 Guevara: Epístolas escogidas.
 Rojas: La Celestina, tragi-comedia.
 Jorge de Montemayor y Gil Polo: La Diana.
 Alarcón: Comedias escogidas (tomo I y II).
 Le Sage: El Bachiller de Salamanca.
 Juan C. de Olóriz: Molestias del trato humano.
 Yepes: Vida de Santa Teresa (tomo I y II).
 A. de Castillo Solorzano: La Garduña de Sevilla.
 Diego de Saavedra Fajardo: Corona Gótica.
 Francisco López de Gómara: Conquista de Méjico (tomo I). 

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 EN PRENSA

Conquista de Méjico (tomo II).



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

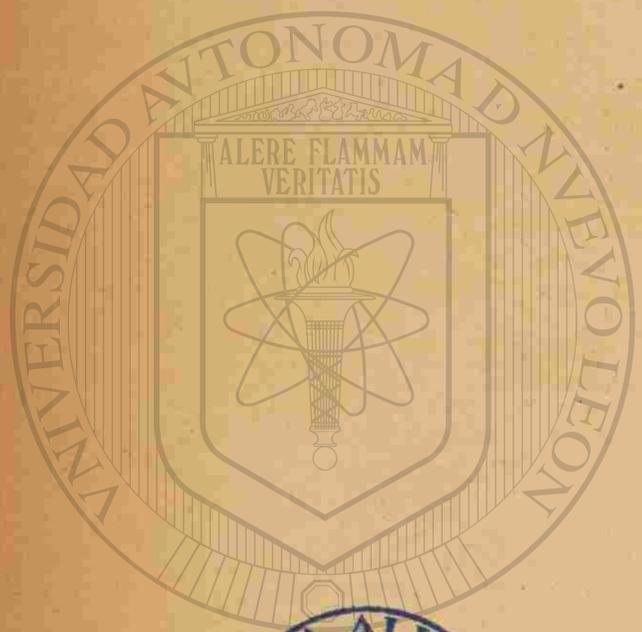
267

972.02

F1230
L6
v.1

FEVT
38126

AUTOR
LOPEZ DE GOMARA, Francisco
TITULO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HEMET
E

